

LA VIDA: CAMINO DE MISIÓN

Reflexiones al hilo
de una peregrinación a
Santiago de Compostela



Ex libris 4 de
HUMBERTO VELÁZQUEZ MUÑOZ

ÍNDICE

(Mapa temático)

Introducción. (<i>Prolegómenos</i>)	pag. 05
Etapas preliminares: La Creación. (<i>El origen</i>)	11
1.- La naturaleza inerte.	11
2.- La naturaleza viva.	13
3.- La naturaleza humana.	13
4.- La naturaleza racional.	14
5.- Los fenómenos naturales.	15
6.- La historia.	16
7.- La experiencia de otros.	17
8.- Los acontecimientos y situaciones personales.	17
9.- La historia personal.	18
10.- El sufrimiento.	19
11.- La propia impotencia.	21
12.- La coherencia de todo.	22
Etapas prólogo o inicial:	
La vocación de Abrahán. (<i>La llamada</i>)	23
Primera etapa: La alianza. (<i>la amistad</i>)	25
Segunda etapa: Los patriarcas y Egipto. (<i>La búsqueda de seguridades y sus esclavitudes</i>)	29
Tercera etapa: El éxodo. (<i>La propia identidad</i>)	33
Cuarta etapa: La tierra prometida. (<i>El lugar en la vida como primera seguridad</i>)	37
Quinta etapa: El rey. (<i>El prestigio como segunda seguridad</i>)	40
Sexta etapa: El templo. (<i>Las devociones como tercera seguridad</i>)	44
Séptima etapa: El cisma y los profetas. (<i>La discordia</i>)	48
Octava etapa: El destierro. (<i>El fracaso como fallo de todas las seguridades</i>)	51
Novena etapa: El regreso. (<i>La vuelta en sí</i>)	55
Décima etapa: La influencia pagana – el helenismo. (<i>El poder del medio</i>)	60
Undécima etapa: La teocracia. (<i>El reinado de Dios como nueva seguridad</i>)	65

Duodécima etapa: La integración en el Imperio – la conquista romana. <i>(La impotencia como camino de encarnación en el mundo)</i>	68
Décima tercera etapa <i>(Décimo-tercera etapa)</i> : Jesucristo. <i>(La Esperanza se hace vida)</i>	74
Etapa final: La misión. <i>(El nuevo comienzo)</i>	79
Epílogo. <i>(Relectura)</i>	83
Anexo. <i>(El aprendizaje de la experiencia)</i>	85
Recomendaciones finales. <i>(Para el camino y la vida)</i>	88
Notas sobre el Camino de Santiago. <i>(La práctica)</i>	90
Apéndice. <i>(El tiempo se ha cumplido)</i>	93

INTRODUCCIÓN (PROLEGÓMENOS)

Este título: «LA VIDA: CAMINO DE MISIÓN», lema de la peregrinación de julio de 1997 a Santiago de Compostela, concentra en sí toda la intención y el sentido de este escrito, que no es otro que el de dar constatación a la conocida frase evangélica «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (*Jn 14, 6*) señalando a Cristo como origen, camino y destino; historia, vida y misión.

La idea surgió al tener que preparar, a encargo de Don Jesús, la primera peregrinación a pie de la Parroquia Nuestra Señora del Pilar de Campamento a Santiago; para lo que tuve que apoyarme en mi experiencia caminante de los años 1994 y 1995, que me había llevado a conocer los lugares y situaciones propias del peregrino a Santiago por el llamado camino francés; así como también utilizar toda esa experiencia interior de caminante por la vida, que va aprendiendo de lo que Dios quiere escribir en ella a través de sus acontecimientos y avatares. Y todo ello unido a la comprobación bíblica de cómo el pueblo hebreo o Pueblo de Israel había ido aprendiendo de los acontecimientos y situaciones vividos a lo largo de su historia, me llevó a plantearme el utilizar una cotejación (que ya tenía elaborada) entre la historia del Pueblo de Israel, la historia de la Iglesia, y la historia personal de cada creyente, para así buscar en ella, en la historia en general, la constante pedagogía de Dios, y alcanzar de esta manera, una visión de la historia como verdadera pedagogía divina que aplicar a nuestro particular "Camino de Santiago".

El 21 de abril de 1998, el mismo Don Jesús (a más señas párroco de la mencionada parroquia), me pidió que pusiera por escrito los temas tratados y vividos en aquella experiencia, para mejor aprovechamiento por parte de todos. Y aquí están.

Pero antes de ir viendo cómo Dios nos va educando como un padre o una madre lo hacen con sus hijos, paulatina y progresivamente, desde bebés hasta que llegan a adultos, vamos a detenernos a considerar algunos detalles que conviene tener en cuenta:

Cuando hablamos de peregrinaje o de peregrinos, nos referimos a seguir un camino que tiene un destino concreto, un lugar, una meta. Destino, que al iniciar la peregrinación, la andadura del camino, sólo se sabe de oídas, pero al que se espera confiadamente llegar, para conocerlo y experimentarlo en propia carne. Así que todo viajero que pretenda llegar a un lugar determinado, se informa lo más posible de cómo llegar a él por el camino mejor, qué rutas hay, qué incidencias puede encontrarse, qué lugares ha de atravesar, qué podrá necesitar, etc., etc., etc. Y si puede conseguir un plano lo más detallado posible... tanto mejor.

Esto le diferencia claramente de lo que sería un vagabundo, que "vaga sin rumbo", y que al no tener meta ni destino determinado, tampoco sigue ruta o sendero prefijado. ¡Qué más da!

Así, el peregrino de la vida sabe que su vida, su camino, tiene un sentido, y se informa de cómo realizar ese camino más adecuadamente, de la mejor manera posible; mientras que el vagabundo de la vida vaga por ella sin rumbo, no sabe dónde va, ni se informa de cómo llegar mejor, porque no ha encontrado el sentido de la misma, y posiblemente, tampoco le importe, ya que si así fuera, procuraría informarse.

Nuestro animoso y anhelante peregrino puede leer en la Carta a los Hebreos (12, 1-2): «Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro una tan grande nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que continuamente nos asedia, y corramos con perseverancia en la carrera que se abre ante nosotros, fijos los ojos en el autor y perfeccionador de la fe, Jesús, el cual, en vez del gozo que le fue propuesto, soportó la cruz, menospreciando la ignominia, y está sentado a la diestra del trono de Dios.»

“Fijos los ojos”, sin desviarnos del destino final, del objetivo de la peregrinación, del “autor y perfeccionador de la fe, Jesús”, del que se ha mostrado camino, verdad y vida.

El objetivo es Jesucristo, no el camino en sí al margen de Jesús: Él es el camino. El objetivo no es nuestra vida al margen de Jesús: Él es la vida. No busquemos la verdad al margen de esa senda, porque Él es la verdad. Por eso el peregrino se diferencia también del senderista y del turista.

El senderista tiene como objetivo el deporte, la competición (y no hay nada menos cristiano que la competición), el recorrer una determinada senda por el hecho de recorrerla, como una superación personal al margen de un destino en la misma. En la vida, el senderista, es el perfeccionista que la recorre buscándose a sí mismo, superando pruebas por la mera realización personal, coleccionando puntos y medallas que adornen su “pureza”, su “heroísmo autocomplaciente”. Que como el peregrino, pregunta a Dios, al igual que Moisés (Ex 33, 13): «Si, pues, he hallado gracia a tus ojos, hazme conocer tu camino, para que yo te conozca y halle gracia a tus ojos.» O pregunta a Jesús como Felipe (Jn 14, 5): «¿Cómo vamos a conocer el camino?» O repite con el salmo (119 [118], 5.19.105): «¡Ojalá mis caminos sean firmes en la observancia de tus normas! Peregrino soy en esta tierra, no me ocultes tus mandatos. Tu palabra es antorcha para mis pasos, y luz para mis sendas.» Y al que también Dios le responde como a Abrahán (Gn 18, 17-19): «¿Cómo voy a ocultarle a Abrahán lo que pienso hacer? Él se convertirá en un pueblo grande y fuerte, y por él serán bendecidas todas las naciones de la tierra, porque le he escogido para que enseñe a sus hijos y a su familia a mantenerse en el camino del Señor, haciendo lo que es justo y recto; para que, de este modo, el Señor cumpla a Abrahán todo lo que le ha prometido.» O como a Felipe, Jesús le responde (Jn 14, 6): «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí.» Pero que, en definitiva, lo convierte todo en triunfo personal y no en gracia de Dios, que es quien allana los senderos, abaja las colinas y eleva los valles, para que ese camino, el camino de la vida, pueda ser recorrido por todos sin excepción: «Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, y los pobres son evangelizados; y feliz quien no se escandalice en mí.» (Mt 11, 4-6) «Éste es mi mandamiento: amaos los unos a los otros como yo os he amado.» (Jn 15, 12). Consiguiendo de esta manera, que lo imposible se haga posible y al alcance de cualquiera: «Vosotros, pues, sed perfectos como vuestro Padre

celestial es perfecto.» (Mt 5, 48). Perfección regalada con sólo la recta intención, y no conseguida con el propio esfuerzo.

En resumen: el peregrino es humilde, el senderista no.

El turista, sin embargo, anda más preocupado por todo lo que rodea al camino que por el camino en sí. Su objetivo es "llenarse y disfrutar" durante el camino y, si puede ser, también al final; pero no lleva "fijos los ojos" en ese camino y destino que es Jesús, sino en todo lo demás. Es el hedonista de la vida. No sabe que Jesús es el camino y que es, a su través, como el peregrino disfruta de la verdad y de verdad de todas las cosas. Así pues, el turista de la vida cree llenarse con las cosas, pero la insatisfacción que éstas le producen le demuestra que se encuentra en una mentira, y que sigue tan vacío como estaba. Le dice Jesús a la Samaritana (Jn 4, 14): «El que beba del agua que yo le daré, ya no volverá a tener sed, pues el agua que yo le dé, se convertirá en él en una fuente que mana para la vida eterna.»

El turista utiliza el camino, se vale de él, pero no lo sigue. El turista de la vida utiliza a Cristo, a la vida, según le conviene, pero no le sigue. Si Cristo le lleva a sus propósitos: ¡estupendo!; pero cuando no le acerca a sus pretensiones: lo abandona tranquilamente.

En definitiva, el turista se busca a sí mismo, pero en el mercantilismo y la molicie, por lo que contemporiza con el mundo, mientras que el peregrino no, al hacer como Jesús, que "en vez del gozo que le fue propuesto, soportó la cruz, menospreciando la ignominia."

Nos hemos entretenido un poco en detallar la diferencia del senderista y el turista con el peregrino, porque aquéllos parecen tener un destino o meta común con éste, y eso podría dar lugar a confusiones y equívocos, si no se aclara de antemano que sus objetivos son totalmente distintos.

Se podrían encontrar otros tipos de caminantes, pero creo que éstos son lo suficientemente emblemáticos como para, a través de ellos, obtener todas las mezclas y misceláneas que se deseen. Resultando, al fin y al cabo, que en la vida cotidiana, el peregrino vendría a equivaler al creyente, el vagabundo al no creyente, el senderista al estoico de la vida o de la religión, y el turista al liberal de lo mismo.

Otro asunto a plantearse antes de iniciar la marcha es el equipaje y el atuendo que nos acompañará por el camino. Es algo que tendremos que llevar a cuestas durante todo el trayecto, así que habrá que pensárselo muy bien, y reducir al mínimo su peso, tanto como aumentar al máximo su utilidad. ¿A qué llamaremos superfluo y a qué no? ¿Qué cargaremos a lo largo de toda nuestra vida que no pueda acabar por hacérnosla insoportable?

El buen peregrino se fía de Jesucristo y sigue sus indicaciones (Mc 6, 7-11): «Y llamando a los doce, comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus inmundos; y les ordenó que no tomasen para el camino cosa alguna, más que un bastón: ni pan, ni alforja, ni dinero en la faja, sino calzados con sandalias; y no vistáis dos túnicas. Díceles también: En la casa que entréis, quedaos hasta que dejéis aquel lugar. Y donde no os acogieren ni os escucharen, saliendo de allí, sacudid el polvo de la planta de vuestros pies, en testimonio contra ellos.» Lucas y Mateo, en sus respectivas versiones paralelas,

dicen que no lleven ni siquiera bastón o cayado, y Mateo aclara sobre los dones recibidos: «gratis lo recibisteis: dadlo gratis» (Mt 10, 8).

¿Por qué tanto desapego y desapropiación? ¿Por qué ir tan ligeros de equipaje ante tanta incertidumbre? Eso puede que nos lo responda la historia de Caín y Abel (Gn 4, 2-5): «Abel se hizo pastor, y Caín agricultor. Pasado algún tiempo, Caín presentó al Señor una ofrenda de los frutos de la tierra. Abel le ofreció también los primogénitos de su rebaño y hasta su grasa. El Señor se fijó en Abel y su ofrenda, más que en Caín y la suya.» Ser pastor implica ser nómada, desplazándose con el rebaño de un sitio a otro, situación que propicia el desapego de las cosas y los lugares. Ser agricultor significa ser sedentario, estar apegado a la tierra que se cultiva, para poder recoger sus frutos, circunstancia que, a su vez, favorece el apego a las cosas y a las "obras de nuestras manos". Quien no está apegado, a la hora de ofrecer, da lo mejor que tiene, sus primicias, los "primogénitos de su rebaño"; sin embargo, quien está aferrado a las cosas, da también, pero de lo que le sobra, reservándose lo selecto para sí. El texto, delicadamente elude explicar directamente la ofrenda de Caín, pero lo indica indirectamente por comparación con la de Abel.

En resumen: Quien está apegado a las cosas es muy difícil que se preocupe por Dios, mientras que quien "ha sacudido todo lastre", como dice el texto de Hebreos, queda libre para Dios, para buscarle y para encontrarle siguiendo sus caminos, «porque todo el que pide recibe, el que busca halla, y al que llama se le abrirá.» (Mt 7, 8)

Y continúa el texto sobre Caín y Abel (Gn 4, 5-10): «Entonces Caín se enfureció mucho y andaba cabizbajo. El Señor le dijo: ¿Por qué te enfureces? ¿Por qué andas cabizbajo? Si obraras bien, llevarías bien alta la cabeza; pero si obras mal, el pecado acecha a tu puerta y te acosa, aunque tú puedes dominarlo.» (Dios da las fuerzas para vencer al pecado, siempre que se quiera cogerlas. Nunca hay tentación más poderosa que las fuerzas que Dios da para vencerla, si es que Dios quiere que se venza). «Caín propuso a su hermano Abel que fueran al campo» (al margen de Dios, sacando a Dios de en medio para solventar sus diferencias sin su presencia) «y, cuando estaban allí, se lanzó contra su hermano Abel y lo mató. El Señor preguntó a Caín: ¿Dónde está tu hermano?» (Como a cada uno de nosotros nos pregunta: ¿Dónde está tu hermano?) «Él respondió: No lo sé; ¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?» (Que es lo que nosotros solemos responder cuando Dios nos pregunta por nuestros semejantes) «Entonces el Señor replicó: ¿Qué es lo que has hecho? La sangre de tu hermano me grita desde la tierra.»

El aferrarnos a las cosas, el apropiarnos de personas y circunstancias, nos aleja del camino de Dios, del camino del amor, y acarrea nuestra desgracia.

Ni siquiera nos podemos aferrar al pasado, especialmente cuando se ha salido de una situación de pecado, cuando "hemos sacudido el lastre y el pecado que continuamente nos asedia", y como Lot, salimos de Sodoma (Gn 19, 17): «Ponte a salvo, no mires hacia atrás ni te detengas en parte alguna; huye a la montaña para que no perezcas.» Ya que, en caso contrario, nos podría ocurrir como a la mujer de Lot (Gn 19, 26): «La mujer de Lot se volvió para mirar atrás y se convirtió en una estatua de sal.» Quien mira hacia atrás, pierde el rumbo al añorar otro destino, y con ello, la vida que le anima hacia Dios, quedando paralizado, estatua inmóvil, fósil que no avanza ni evoluciona en la vida.

En cuanto a la indumentaria del peregrino, Jesús nos dice que llevemos la justa; la justa para tapar nuestras desnudeces y nuestras vergüenzas, y darnos abrigo y protección. No hay que llevar de sobra.

En la vida cotidiana también debemos tener cierto pudor y cuidado con nuestras intimidades, mostrándonos con sinceridad y sobriedad, pero siendo «astutos como serpientes y sencillos como palomas» (*Mt 10, 16*). Porque si exponemos imprudentemente nuestras desnudeces a las inclemencias del tiempo, podremos sufrir las consecuencias de su efecto (que nos manipulen y esclavicen, y nos lleven a donde no queremos ir). O si hacemos lo contrario: podemos aislarnos de tal modo en nuestra coraza, que impidamos la comunicación con los otros y la ayuda mutua, y que, en definitiva, el compartir y el amor no se lleven a cabo.

Las sandalias del siglo XX son las botas de caminante. Hay que elegir las bien, puesto que ellas nos acompañarán todo el camino, y si no son adecuadas, nos pueden hacer la peregrinación insostenible. Hay que probarlas con tiempo y domarlas para que se adapten al propio pie. El calzado impide que nuestros pies se hieran con el roce constante con el suelo, con la tierra.

En la vida de todos los días, ese roce constante con la tierra, con el suelo, con la materialidad de este mundo, puede herir nuestros pies (aquella zona de nosotros que está en constante contacto con esa materialidad diaria), por eso el calzado que usemos, nuestras defensas más externas, nuestras pautas y modos de relación y comportamiento, han de ser “sandalias” sencillas y flexibles que nos defiendan, pero que no entorpezcan ni encorseten nuestra vida. Probemos bien nuestras normas de conducta antes de adoptarlas como definitivas, y si nos “aprieta el zapato”, seamos libres para cambiarlas y adaptarlas.

En cuanto al bastón (el apoyo externo), podemos llevarlo o no llevarlo, siempre y cuando, eso, no nos esclavice ni sirva para aferrarnos a ello. Podemos apoyarnos en personas, instituciones, grupos, etc., mientras que nos ayuden a caminar y no nos entorpezcan el camino. Cuando los apoyos se convierten en impedimento y dificultad para progresar hacia Dios, quedan muy bien abandonados a la vera del camino, porque la amistad verdadera no es sólo un bastón, es aquél que camina a tu lado.

También son importantes los cuidados de uno mismo para poder llevar la andadura de la mejor manera posible:

En primer lugar, el entrenamiento previo, ya que quien está entumecido por no moverse o no está acostumbrado a grandes marchas, puede sufrir mucho o no aguantarlas si las realiza de golpe. Por eso ha de ir acomodando sus músculos a tales ejercicios. Y en la vida de fe, ese entrenamiento lo da la oración: «Levantaos y orad, para que no entréis en tentación.» (*Lc 22, 46*)

En segundo lugar, el cuidado de los pies. El roce con el mundo, las fricciones, las suciedades del polvo del camino... ensucian y dañan nuestros pies cansados, nuestro aguante, nuestro buen hacer, nuestros valores y buenas costumbres, minándolas y corrompiéndolas; por eso hay que lavarlos y curarlos, y en la medida de lo posible, cada uno a sí mismo, para no ser una carga sobreañadida a la de éstos que nos acompañan en nuestro caminar, y con la suficiente humildad, como para, si no podemos solos, rogar su ayuda; ayuda, que en la vida de fe, siempre hay que pedir a Jesús, para que nos lave los pies, porque «si no te lavo, no tendrás parte conmigo» (*Jn 13, 8*), nos dice, y añade:

«Quien se ha bañado, no necesita lavarse sino los pies: está totalmente limpio» (*Jn 13, 10*), aludiendo claramente, a esa limpieza de intención de quien se ha librado de las suciedades que se nos van pegando en nuestro discurrir por el mundo. La conversión o reconciliación, y nuevamente la oración, se muestran como la mejor medicina para nuestros males: «Velad y orad, para que no entréis en tentación. El espíritu es fervoroso; pero la carne, débil.» (*Mc 14, 38*)

Y en tercer lugar, debemos reponer nuestras gastadas fuerzas, con el alimento y el descanso. Y por tercera vez, la oración es el descanso y el alimento del alma: «Velad y orad, para no caer en tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es débil.» (*Mt 26, 41*). Pero el peregrino, además, posee un alimento exquisito e inigualable, a Jesús mismo: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida, el que come mi carne y bebe mi sangre mora en mí y yo en él» (*Jn 6, 54.56*). Es el final de la peregrinación anticipado, porque convierte al que lo come en otro Cristo. La Eucaristía es el alimento por excelencia del peregrino de la vida, y lo es, porque el alimento básico que lo sustenta todo es hacer la Voluntad de Dios, por eso contesta Jesús al ser tentado (*Mt 4, 3*): «Escrito está: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.» Y en otro lugar: «Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado. Si alguno quiere cumplir su voluntad, verá si mi doctrina es de Dios o si hablo de mi cuenta. El que habla de su propia cuenta busca su gloria, pero el que busca la gloria del que lo envió, es veraz; no hay impostura en él.» (*Jn 7, 16-18*)

Así pues, el peregrino es voraz de esa voluntad de Dios, y trata de encontrarla en todas las cosas; y ésta es la razón por la que camina expectante y abierto para aprender de todo y disfrutar de todo y con todo, ya que ha descubierto que Dios quiere la felicidad para él, y que la felicidad no la dan las cosas, sino que brota de dentro y lo llena todo.

Y es, la inquietud por ese descubrimiento, ese anhelo profundo, el que hace al peregrino levantarse, ponerse en marcha, y lanzarse a buscar la verdadera vida.

ETAPAS PRELIMINARES

- LA CREACIÓN - (EL ORIGEN)

Como un bebé cuando nace, así comienza la vida del creyente. Para él se abre un mundo nuevo y desconocido que descubrir. Todo es sorprendente y desconcertante. Todo está por aprender. Pero a la par, sin que él sea verdaderamente consciente de ello, es cuando los cuidados de sus padres son más exquisitos y constantes. Es cuando Dios muestra sus atenciones de una forma más primorosa y patente, pero el creyente sólo caerá en la cuenta de ello bastantes años más tarde, cuando alcance un grado de conciencia mucho mayor y en la medida en que se vaya transformando en adulto en la fe.

Es el momento de contemplar el mundo con ojos nuevos, con ojos de búsqueda que llaman y piden. Que como María Magdalena exclaman: «Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto» (*Jn 20, 13*); y que a las preguntas del supuesto hortelano: «¿por qué lloras? ¿A quién buscas?», responden: «Señor, sí lo has cambiado tú, dime dónde lo has puesto y yo iré a tomarlo.» (*Jn 20, 15*). Pero que hallan su objetivo al oír pronunciado su nombre: «María». Y la luz del verdadero y trascendental descubrimiento transforma su apreciación del mundo al reconocer ante sí a quien busca: «Maestro.» (*Jn 20, 16*)

Busquemos, busquemos con interés al Amado, porque cuando menos lo esperemos, oiremos pronunciado nuestro nombre, ése que nadie sabe decir como Él, y nos cambiará la visión del mundo y la apreciación de las cosas. Habitualmente les preguntamos a las cosas, a la superficialidad y mera apariencia de las mismas, por Él, y no nos lo saben mostrar; pero si escuchamos atentamente lo que nos responden, averiguaremos que buscamos de manera equivocada: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (*Lc 24, 5*).

Contemplemos el mundo paso a paso, pero buscando no lo muerto en él, sino al que vive. Ése será el propósito para estas etapas preliminares: Valorar el mundo en el que vivimos, lo bueno y lo malo de él, lo que a cada uno gusta o disgusta, y si verdaderamente nos importa (y que cada uno hable por sí) que cambie; planteándose: ¿Qué haría yo si fuese Dios? y ¿qué consecuencias tendría eso?

1.- La naturaleza inerte:

Cuando miramos la naturaleza física, química, cosmológica, geográfica, etc. de las cosas, solemos apreciar, en principio, solamente lo que nos informan nuestros sentidos: lo inmediato; y es en un momento posterior, cuando esos datos recogidos los sometemos a nuestra inteligencia y nuestros sentimientos. Es entonces cuando puede aparecer ese "más allá" en la mirada, ese "más allá" en nuestra apreciación del mundo y de las cosas; hasta ese momento, las cosas, el mundo, estaba fuera de nosotros, como en nuestra superficie;

mientras que a raíz de irlo interiorizando, comienza a ser más nuestro, más nosotros, hasta llegar a fundir lo que somos y sabemos, con lo que vemos y apreciamos. Alcanzado este punto, podemos, indistintamente, mirar el mundo desde lo que somos, o ver lo que somos desde el mundo. Pero ambas visiones pueden llegar a confundirse de tal manera que no seamos capaces de distinguir una de otra, por lo que existe una tercera visión que podríamos llamar neutra, que permite diferenciar entre ambas al ser distinta de ellas, visión que también podría denominarse de comparación o de cotejación.

Así las cosas, cuando ya hemos sometido a nuestra inteligencia lo observado, y sólo entonces, es cuando podemos preguntarnos sobre ese "más allá" de las mismas. ¿Por qué? ¿para qué? ¿de qué? etc., etc. Y del resultado de este análisis (de si se hace, no se hace o cómo se hace) dependerá, nada menos, que nuestra vivencia del mundo y toda nuestra vida.

En consecuencia: en la visión que una determinada persona tenga del mundo, se verá proyectado lo que esa persona es; y viceversa: en la visión que de sí misma tenga, se verá proyectado el mundo. Y sólo al final, al comparar ambas visiones, es cuando podremos delimitar cada cosa y ponerla en su lugar.

Y lo dicho no es sólo aplicable a personas, sino a grupos de personas, sociedades, culturas, épocas, etc.

Sabiendo esto, veamos como comienza la Biblia: «Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era una soledad caótica y las tinieblas cubrían el abismo, mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas. Y dijo Dios: "Que exista la luz". Y la luz existió. Vio Dios que la luz era buena y la separó de las tinieblas. A la luz la llamó día y a las tinieblas noche. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día primero.

Y dijo Dios: "Que haya una bóveda entre las aguas para separar unas aguas de otras". Y así fue. Hizo Dios la bóveda y separó las aguas que hay debajo de las que hay encima de ella. A la bóveda la llamó cielo. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día segundo.» (*Gn 1, 1-8*)

En estos dos momentos creadores están representados dos estratos de la naturaleza física que hoy denominamos: de la física pura, de los elementos o de las dimensiones físicas, y de la física de los cuerpos o de las estructuras físicas.

Pero lo más importante figura en los versículos iniciales, en los que se dice que el espíritu de Dios estaba sobre todo, organizándolo todo.

La visión física del mundo que nos ofrece la sociedad "oficial" del siglo XX, aun considerándose a sí misma mucho más prepotente que la bíblica, en el fondo no difiere tanto de ella, ya que sigue siendo tan interpretación de la realidad como lo era la bíblica; compartiendo con ella, incluso, la visión progresiva y en estratos superpuestos (proyección de lo que las personas son y viceversa, como ya dijimos). Pero elude hábilmente el enfrentarse a ese principio creador, para no enfrentarse a ese espíritu de Dios, cuyo reconocimiento le obligaría a cambiar tantas cosas!

Ese reconocimiento es el que hace cambiar al creyente, y con ello, su visión del mundo. Es el que permite escuchar lo que le dicen las cosas por el mero hecho de estar ahí, porque le hablan a su inteligencia y a su corazón, no sólo a sus ojos o a sus oídos. Él se ve en ellas y las reconoce dentro de sí,

pasando de ser algo ajeno, a ser algo propio. Así puede descubrir la vida en todo, y su profundo hálito divino.

2.- La naturaleza viva:

«Y dijo Dios: "Que las aguas que están bajo los cielos se reúnan en un solo lugar y aparezca lo seco". Y así fue. A lo seco lo llamó Dios tierra y al cúmulo de las aguas lo llamó mares. Y vio Dios que era bueno.

Y dijo Dios: "Produzca la tierra vegetación: plantas con semillas de su especie". Y así fue. Brotó de la tierra vegetación: plantas con semillas de su especie y árboles frutales que dan fruto con semillas de su especie. Y vio Dios que era bueno. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día tercero.» *(Gn 1, 9-13)*

Aquí tenemos el paso de la naturaleza inerte a la viva: en el mismo día. También hoy resulta difícil separar las sustancias químicas o bioquímicas inanimadas, de las que comienzan a tener una vida propia al modo de los ácidos nucleicos.

«Y dijo Dios: "Que haya lumbreras en la bóveda celeste para separar el día de la noche, y sirvan de señales para distinguir las estaciones, los días y los años; que luzcan en la bóveda del cielo para alumbrar la tierra". Y así fue: Hizo Dios dos lumbreras grandes, la mayor para regir el día y la menor para regir la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que era bueno. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día cuarto.» *(Gn 1, 14-19)*

Esta sorprendente inclusión de un fenómeno físico, cuando ya ha hecho irrupción la vida, y que nosotros colocaríamos en un momento anterior a dicho acontecimiento, en realidad, si releemos atentamente, no se refiere a dicho fenómeno en sí (al día y la noche que ya se habían mencionado), sino a un nuevo orden en las cosas; y es la vida biológica la que marca ese nuevo orden. Lo animado marca el orden, "rige" a lo inanimado. Eso mismo lo veremos cuando lleguemos al hombre.

«Y dijo Dios: "Rebosen las aguas de seres vivos, y que las aves aleteen sobre la tierra a lo ancho de la bóveda celeste". Y creó Dios por especies los cetáceos y todos los seres vivientes que se deslizan y pululan en las aguas; y creó también las aves por especies. Vio Dios que era bueno. Y los bendijo diciendo: "Creced, multiplicaos y llenad las aguas del mar; y que también las aves se multipliquen en la tierra". Pasó una tarde, pasó una mañana: el día quinto.» *(Gn 1, 20-23)*

La vida, efectivamente, es otra cosa. En ella, los seres vivos nos acercan aún más a ese "más allá", a ese "plus ultra". Nos interpelan más directamente, porque se encuentran más altos en esa jerarquía de estratos, con un orden mucho más sorprendente y maravilloso, conteniendo en sí los estratos o niveles organizativos inferiores al suyo; por lo que se aprecia mejor en ellos ese "aleteo" del espíritu de Dios que va organizándolo todo.

3.- La naturaleza humana:

«Y dijo Dios: "Produzca la tierra seres vivientes por especies: ganados, reptiles y bestias salvajes por especies". Y así fue. Hizo Dios las bestias

salvajes, los ganados y los reptiles del campo, según sus especies. Y vio Dios que era bueno.

Entonces dijo Dios: "Hagamos a los hombres a nuestra imagen, según nuestra semejanza, para que dominen sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, las bestias salvajes y los reptiles de la tierra". Y creó Dios a los hombres a su imagen; a imagen de Dios los creó; varón y hembra los creó.» (Gn 1, 24-27)

Al igual que en el día tercero se engloba en el mismo día el paso de la naturaleza inerte a la viva, aquí se pasa, en el mismo día sexto, de los animales terrestres al hombre.

Para la ciencia actual, el hombre, no es sino un animal más evolucionado. Visión no tan lejana a la bíblica. Sin embargo ésta, resalta lo fácil que es aquí vislumbrar ese "más allá" al que nos referimos, y recalca por tres veces que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza. ¿No dicen que es el ejemplo de vida de las personas el que puede conmover los corazones? ¿No dicen que la influencia de los otros consigue modelar voluntades? ¿No dicen que la amistad y el amor engrandecen a las personas, y que la mejor compañía para una persona es otra?

La cantidad de ejemplos, personales y familiares, en que podemos ver el "aleteo" del espíritu de Dios en los otros, puede ser ingente. El abrirse al corazón y a la vida de otra persona, es abrirse a un mundo nuevo y enriquecedor que nos interpela tan apremiantemente sobre ese "más allá", que sólo siendo ciego de alma puede no verse.

4.- La naturaleza racional:

«Y los bendijo diciéndoles: "Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven por la tierra". Y añadió: "Os entrego todas las plantas que existen sobre la tierra y tienen semilla para sembrar; y todos los árboles que producen fruto con semilla dentro os servirán de alimento; y a todos los animales del campo, a las aves del cielo y a todos los seres vivos que se mueven por la tierra les doy como alimento toda clase de hierba verde". Y así fue. Vio entonces Dios todo lo que había hecho, y todo era muy bueno. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día sexto.» (Gn 1, 28-31)

Y como en el día cuarto, un nuevo orden se inaugura: en este caso, es la racionalidad del hombre la que lo hace, la que comienza a dar razón de todas las cosas; "rigiendo", tanto a lo animado, como a lo inanimado. "Dominando" todos los estratos o niveles organizativos inferiores al suyo, ya que se encuentran, asombrosa y perfectamente integrados todos ellos, en el propio cuerpo y ser del mismo hombre.

Todos los niveles organizativos están en él: Las dimensiones y las estructuras de la materia, los átomos, las moléculas, los conjuntos moleculares o cuerpos moleculares, los cuerpos moleculares con propiedades vitales como son los ácidos nucleicos, los orgánulos (más o menos independientes) que los contienen, las células (que contienen organizadamente todo lo anterior), los conjuntos celulares (tejidos, órganos y aparatos) que constituyen su parte vegetativa, la parte anímica que está en un nivel superior, y la parte racional o

espiritual que, a su vez, se encuentra por encima de todo. Todo tiene su orden y su lugar, su función y vida, su forma y aspecto, constituyendo un todo único en perfecta armonía. Y en esa mirada de conjunto, vio Dios que todo era muy bueno.

Pero a la racionalidad del hombre le ocurre lo mismo que a los otros órdenes (físico y biológico), que también tiene sus estratos progresivos; estratos que se van consiguiendo a medida que se avanza en la capacidad de relación (al igual que le ocurre a la Humanidad, que cuanto más se relaciona y comunica, más rápidamente progresa). Relación que consigue constituir niveles organizativos de la visión del mundo de cada uno, cada vez más superiores. Es un avance individual, pero que influye en la colectividad, porque es una función cualitativa, no cuantitativa. Es decir: Nadie puede recorrer este camino por nosotros, pero sí nos pueden ayudar.

Siguiendo a las matemáticas podríamos establecer unos niveles de relación progresivos, por ejemplo: puntuales, de agregación, de adición, multiplicativos, exponenciales, infinitesimales o de límites, y universales. Pero teniendo bien presente, que se trata de grados o niveles de organización interna de la persona y de su visión del mundo, no de un modo de cientificismo puramente intelectual; así que puede coexistir perfectamente en una misma persona, ser científico de pro y estar en el nivel integrador más bajo, o viceversa, ser tenido por débil mental o poco menos, y estar en un estrato alto de organización interior. Esa es la diferencia entre los intelectuales y los santos.

5.- Los fenómenos naturales:

Esa capacidad de relación e integración a la que nos acabamos de referir, es la que permite al hombre buscar ese "plus ultra" en todo lo que acontece, e integrar en su visión del mundo y en su vida, esos fenómenos que ocurren en la naturaleza. Fenómenos sin significado, para quien no es capaz, no sabe, o no quiere integrarlos en sí; pero tremendamente significativos para quien va por el mundo y por la vida con mirada atenta, abierta y expectante.

Este tipo de visión integradora es el propio de la Biblia y de los santos. Como ejemplo detengámonos en el caso del profeta Elías cuando está en el monte Horeb:

«El Señor le dijo: "Sal y quédate de pie ante mí en la montaña. ¡El Señor va a pasar!"

Pasó primero un viento fuerte e impetuoso, que removía los montes y quebraba las peñas, pero el Señor no estaba en el viento. Al viento siguió un terremoto, pero el Señor no estaba en el terremoto. Al terremoto siguió un fuego, pero el Señor no estaba en el fuego. Al fuego siguió un ligero susurro. Elías, al oírlo, se cubrió el rostro con su manto y, saliendo afuera, se quedó de pie a la entrada de la gruta. Y una voz le preguntó: ¿Qué haces aquí, Elías?»
(1Re 19, 11-13)

O en este otro de la incorporación de San Matías al grupo de los apóstoles:

«Presentaron a dos: a José, apellidado Barsabás, por sobrenombre Justo, y a Matías. Y oraron así: "Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, señala a cuál de estos dos has elegido para ocupar, en este ministerio

apostólico, el puesto del que se apartó Judas para irse al lugar que le correspondía.”

Echaron suertes, y le tocó a Matías; y quedó asociado al grupo de los once apóstoles.» (Hech 1, 23-26)

También parece darse este tipo de visión del mundo en los esquizofrénicos o paranoicos, pero a éstos les falta la completa coherencia de visión e integración personal que tienen los primeros (y de la que trataremos más adelante); aunque para ciertas personas, poco avezadas, les resulte difícil distinguir a un santo de un loco.

6.- La historia:

Dice la carta a los Hebreos (Heb 11, 3): «La fe es la que nos hace comprender que el mundo ha sido formado por la palabra de Dios, de modo que lo visible proviene de lo invisible.»

Y continúa repasando la historia bíblica desde el principio:

«Por la fe ofreció Abel a Dios un sacrificio más perfecto que el de Caín; ella lo acreditó como justo, atestiguando Dios mismo en favor de sus ofrendas, y por ellas, aun muerto, habla todavía.

Por la fe fue Enoc arrebatado de la tierra sin pasar por la muerte, y nadie lo encontró, porque fue arrebatado por Dios. Antes de ello, en efecto, se dice que había agradado a Dios. Ahora bien, sin fe es imposible agradarle, porque para acercarse a Dios es preciso creer que existe y que no deja sin recompensa a los que lo buscan.

Por la fe Noé, advertido de cosas que aún no veía, construyó con religioso temor un arca para salvar a su familia; por la fe puso en evidencia al mundo, y llegó a ser heredero de la salvación que sólo ella consigue.» (Heb 11, 4-7) Etc.

La historia es el camino de la Humanidad y del mundo, que progresa en esa vereda creadora que le conduce, desde su día primero, al definitivo día séptimo:

«Así quedaron concluidos el cielo y la tierra con todo su ornato. Cuando llegó el día séptimo Dios había terminado su obra, y descansó el día séptimo de todo lo que había hecho. Bendijo Dios el día séptimo y lo consagró, porque en él había descansado de toda su obra creadora.

Esta es la historia de la creación del cielo y de la tierra.» (Gn 2, 1-4)

Y la historia se muestra llena de acontecimientos salvíficos, que nos sirven para aprender de ellos y de las situaciones y “pruebas” que nos plantean:

«Acuérdate del camino que el Señor tu Dios te ha hecho recorrer durante estos cuarenta años a través del desierto, con el fin de humillarte y probarte, para ver si observas de corazón sus mandatos o no.» (Dt 8, 2)

Precisamente la historia, tomada como camino educativo de Dios, es la que nos va a servir de guía a lo largo de este escrito. Y al igual que en la Creación, en la que primero acontecen los fenómenos físicos para marcar el camino, luego aparecen los biológicos o vitales, repitiendo las sucesivas fases o estratos, pero en otro plano, para señalar dónde está la verdad; y en tercer

lugar surge la racionalidad o espiritualidad, con las mismas etapas, pero en un nuevo plano, que muestra dónde está la vida: Así, la historia del Pueblo de Israel, del Pueblo de Dios, nos marca a nosotros el camino, mediante sus acontecimientos físicos (sería la visión de la historia "sólo con la cabeza"). La historia de la Iglesia, de la Ciudad de Dios, nos enseña dónde está la verdad, a través de sus acontecimientos vitales (en este caso la visión sería desde "el corazón"). Y en tercer lugar, la historia individual de cada creyente, la historia del creyente como Templo de Dios, nos muestra dónde está la vida, gracias a sus situaciones y sucesos espirituales, racionales y existenciales (la visión, en esta ocasión, se diría desde "las entrañas").

Para llegar en nuestro día séptimo, a Cristo, destino de nuestro camino, verdad y vida.

7.- La experiencia de otros:

Aprender en cabeza ajena es algo que a todos nos cuesta mucho, porque requiere una gran dosis de humildad, sin embargo, quien no aprende, está condenado a cometer los mismos errores.

Dice el hombre rico de la parábola cuando habla desde el infierno con Abrahán: «"Entonces te ruego, padre, que lo envíes a mí casa paterna, para que diga a mis cinco hermanos la verdad y no vengan también a este lugar de tormento". Pero Abrahán le respondió: "Ya tienen a Moisés y a los profetas, ¡que los escuchen!" Él insistió: "No, padre Abrahán; si se les presenta un muerto, se convertirán". Entonces Abrahán le dijo: "Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco harán caso aunque resucite un muerto".» *(Lc 16, 27-31)*

Aunque luego, en definitiva, es la experiencia de los otros (el ejemplo) la que más arrastra.

«Estas palabras les llegaron hasta el fondo del corazón, así que preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: ¿Qué tenemos que hacer, hermanos? (...) Los que acogieron su palabra se bautizaron, y se les agregaron aquel día unas tres mil personas.» *(Hech 2, 37 y 41)*

Y eso ocurre, porque los otros son, al fin y al cabo, lo más parecido y cercano que tenemos. Y es su experiencia de Dios puesta por escrito, la que nosotros recibimos cuando leemos la Biblia, que es la palabra de Dios más cercana a nosotros (porque es más como la nuestra), y donde el "aleteo" del Espíritu de Dios se percibe más nítidamente.

8.- Los acontecimientos y situaciones personales:

Llevar los ojos bien abiertos para reconocer la presencia e intervención de Dios en los hechos de nuestra vida, es el punto crucial para poder avanzar y crecer en ella. Como puede ser el caso de Abrahán:

«El Señor se le apareció a Abrahán junto al encinar de Mambré, cuando estaba sentado ante su tienda a la hora del calor. Alzó los ojos y vio a tres hombres que estaban de pie delante de él. En cuanto los vio, corrió a su encuentro desde la puerta de la tienda y, postrándose en tierra, dijo: "Mi Señor, por favor, te ruego que no pases sin detenerte con tu siervo. Haré que os

traigan agua para lavaros los pies, luego descansaréis bajo este árbol. Voy a buscar un bocado de pan y así os repondréis antes de seguir adelante, ya que habéis pasado junto a vuestro siervo". Ellos respondieron: "Haz como has dicho". (...) El huésped le dijo: "Bien, dentro de un año volveré a verte y para entonces tu mujer Sara tendrá un hijo".» (*Gn 18, 1-5 y 10*)

O de San José, que se fía de lo que ha oído en un sueño, sabiendo reconocer en ello la voluntad de Dios:

«José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió separarse de ella en secreto. Después de tomar esta decisión, el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: "José, hijo de David, no tengas reparo en recibir a María por esposa tuya, pues el hijo que espera viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados". (...) Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado: recibió a su esposa y, sin tener relaciones conyugales, ella dio a luz a un hijo, al que José puso por nombre Jesús.» (*Mt 1, 19-21 y 24-25*)

¡Cuántas veces Dios interviene en los sucesos de nuestra vida para educarnos a su través!, aunque eso sólo lo descubriremos si pensamos que Dios está tras ellos y nos preguntamos: ¿Qué me querrá decir Dios con esto o aquello? ¿Qué debo aprender? Son cuestiones que brotan desde una visión integradora del mundo y de la propia persona, y nunca desde una puntualista o inconexa de todo ello. (La persona que no integra en sí sus experiencias, se vuelve incapaz para aprender de ellas.)

9.- La historia personal:

La visión integradora incluye la conexión e interrelación de todos esos acontecimientos aislados de la vida de cada uno. Es ver la vida como un camino unitario, para descubrir así, el efecto que la relación e intervención de Dios produce en ella, y cómo la va modulando y conduciendo. Ver, con el distanciamiento que produce la mirada retrospectiva, los acontecimientos y situaciones vividas, sin el embotamiento de los sentidos que conlleva la cercanía a los mismos, para poder distinguir los detalles y las intenciones profundas en ellos, y valorar así, lo que antes no se valoraba. Éste es el caso del hijo menor de la parábola:

«Entonces recapacitó y se dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra mientras yo aquí me muero de hambre! Me pondré en camino, volveré a casa de mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros". Se puso en camino y fue a casa de su padre.» (*Lc 15, 17-20*)

Ese "recapacitar" es releer la historia personal y valorar la experiencia acumulada en ella, la vivencia de la misma, para poder decidir sobre el camino a seguir. (Lo que, en cierto modo, es el fundamento, la intención y el desarrollo de este escrito.)

Especialmente, cuando sobreviene la "noche oscura" y el presente se convierte en un pozo sin salida, es cuando esta relectura de la historia personal adquiere toda su fuerza, y aporta luz suficiente para permitir atravesar esa agobiante oscuridad. Rememorar los cuidados que Dios nos ha prodigado, nos

permite establecer el siguiente planteamiento: "Y si Dios me ha cuidado siempre, ¿acaso no lo va a hacer ahora?"

10.- El sufrimiento:

El sufrimiento es parte de esa "noche oscura" que acabamos de comentar. Es el que nos fuerza a plantearnos cuestiones que hasta ese momento hemos rehuido o ignorado, o a las que hemos dado respuesta equivocada y probablemente interesada. Es el que nos "rompe los esquemas" y los artificios del autoengaño.

En la parábola anterior es el que consigue que el hijo pródigo llegue a recapacitar:

«Cuando lo había gastado todo, sobrevino una gran carestía en aquella comarca, y el muchacho comenzó a padecer necesidad. Entonces fue a servir a casa de un hombre de aquel país, quien le mandó a sus campos a cuidar cerdos. Habría deseado llenar su estómago con las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. Entonces recapacitó»... (Lc 15, 14-17)

Pero resulta difícil ver el sufrimiento en positivo, cuando tendemos a verlo en negativo como una carga insoportable. Contra esta visión nos advierte la Carta a los Hebreos, haciendo suyos dos versículos de los Proverbios (3, 11-12): «Hijo mío, no desprecies la corrección del Señor, ni te desalientes cuando él te reprenda; porque el Señor corrige a quien ama, y castiga a aquél a quien recibe como hijo. Dios os trata como a hijos y os hace soportar todo esto para que aprendáis. Pues ¿qué hijos hay a quien su padre no corrija? Si estuviéseis exentos del castigo que ha alcanzado a todos, seríais bastardos, no hijos.» (Heb 12, 5-8)

Pero del sufrimiento, no sólo hay que aprender del propio, sino también del ajeno, y no sólo para escarmentar en cabeza ajena, sino porque el sufrimiento de los otros también nos interpela a nosotros, invitando a preguntarnos: ¿Dios qué me quiere decir al poner este sufrimiento ante mí? ¿Será que me pide que intervenga para intentar solventarlo? ¿Será que me replantee actitudes ante determinados prejuicios, personas, situaciones...? ¿Será que reconsidere mi visión del mundo?

Porque la visión del mundo se ve tremendamente afectada por el pecado, cuyo efecto es como amputarse una parte de uno mismo, una parte de realidad, una parte de esa unidad y armonía que da la visión integradora (al romper ligaduras y relaciones), con lo que la visión se transforma en relativista y parcial, pero tomada como total, y eso produce sufrimiento.

Veamos cómo lo explica el Génesis:

«La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que había hecho el Señor Dios. Fue y dijo a la mujer: "¿Así que Dios os ha dicho que no comáis de ninguno de los árboles del huerto?" La mujer respondió a la serpiente: "¡No! Podemos comer del fruto de los árboles del huerto; sólo nos ha prohibido, bajo pena de muerte, comer o tocar el fruto del árbol que está en medio del huerto". Replicó la serpiente a la mujer: "¡No moriréis! Lo que pasa es que Dios sabe que en el momento que comáis se abrirán vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal".

La mujer se dio cuenta entonces de que el árbol era bueno para comer, hermoso de ver y deseable para adquirir sabiduría. Así que tomó de su fruto y comió; se lo dio también a su marido, que estaba junto a ella, y él también comió. Entonces se les abrieron los ojos, se dieron cuenta de que estaban desnudos, entrelazaron hojas de higuera y se hicieron unos ceñidores.» (Gn 3, 1-7)

El "se abrirán vuestros ojos" no es sino un cambio de visión del mundo, de la realidad, que en lugar de ampliarla, la estrecha; apareciendo el relativismo, el parcialismo, que les hace apreciar su desnudez y sentir vergüenza por ello, ocultando entonces su vergüenza con las hojas de higuera. Pero los efectos de su opción no han hecho más que empezar, porque el cambio de visión de la realidad no lo da el hecho en sí, sino la intención que motiva el hecho: la verdadera voluntad de hacerlo, que no es un engaño accidental.

«Oyeron después los pasos del Señor Dios que se paseaba por el huerto al fresco de la tarde, y el hombre y su mujer se escondieron de su vista entre los árboles del huerto. Pero el Señor Dios llamó al hombre diciendo: "¿Dónde estás?"» (Gn 3, 8-9) (Como a nosotros nos pregunta: ¿Dónde estás? ¿En qué situación te hallas con respecto a mí? ¿Tienes acaso que esconderte por algo?)

«El hombre respondió: "Oí tus pasos en el huerto, tuve miedo y me escondí, porque estaba desnudo". El Señor Dios replicó: "¿Quién te hizo saber que estabas desnudo? ¿Has comido acaso del árbol que te prohibí comer?" Respondió el hombre: "La mujer que me diste por compañera me ofreció del fruto del árbol y comí". Entonces el Señor Dios dijo a la mujer: "¿Qué es lo que has hecho?" Y ella respondió: "La serpiente me engañó, y comí".» (Gn 3, 9-13)

Y si llega a preguntar a la serpiente, ésta hubiese echado las culpas a otro. Excusas, excusas y más excusas: la culpa siempre la tienen los demás. Siempre poniendo por delante la hoja de higuera para que no se vea nuestra vergüenza.

«Entonces el Señor Dios dijo a la serpiente: "Por haber hecho eso, serás maldita entre todos los animales y entre todas las bestias del campo. Te arrastrarás sobre tu vientre y comerás polvo todos los días de tu vida".» (Gn 3, 14). (La seducción del mal queda obligada a arrastrarse por la materialidad de la tierra, sin poderse elevar al cielo). «"Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; él te herirá en la cabeza, pero tu sólo herirás su talón". A la mujer le dijo: "Multiplicaré los dolores de tu preñez, parirás a tus hijos con dolor; desearás a tu marido, y él te dominará". Al hombre le dijo: "Por haber hecho caso a tu mujer y haber comido del árbol prohibido, maldita sea la tierra por tu culpa. Con fatiga comerás sus frutos todos los días de tu vida. Ella te dará espinas y cardos y comerás la hierba de los campos. Con el sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste formado, porque eres polvo y al polvo volverás".» (Gn 3, 15-19)

Toda la relatividad tomada como absoluto, toda la parcialidad se desencadena sobre la unidad primitiva, y como una reacción en cadena tras romper la primera relación, se van rompiendo una tras otra, condenando a la persona a múltiples dependencias y esclavitudes, cosa que no se hubiera producido, si dicha persona hubiera permanecido abierta a la providencia de Dios.

«El hombre puso a su mujer el nombre de Eva (es decir, Vitalidad), porque ella sería madre de todos los vivientes. El Señor Dios hizo para Adán y su mujer unas túnicas de piel, y los vistió.

Después el Señor Dios pensó: "Ahora que el hombre es como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal, sólo le falta echar mano al árbol de la vida, comer su fruto y vivir para siempre".» (*Gn 3, 20-21*). (Áspera ironía de Dios ante la aparente autosuficiencia del hombre, que se cree ser como Dios, dueño y señor de su mundo y su vida.) «Así que el Señor Dios lo expulsó del huerto de Edén, para que trabajase la tierra de la que había sido sacado. Expulsó al hombre y, en la parte oriental del huerto de Edén, puso a los querubines y la espada de fuego para guardar el camino del árbol de la vida.» (*Gn 3, 22-24*)

Como consecuencia de su visión parcial, el hombre pierde la armonía en que vivía, el sentido y razón de todas las cosas, y la rechazada providencia de Dios. La catástrofe es apoteósica.

Éste es el fruto y la cosecha del pecado: ¡el pecado de cada uno de nosotros!, y que revierte en nosotros en el mismo momento de pecar (que es cuando se nos altera nuestra visión del mundo y de uno mismo).

11.- La propia impotencia:

Toparse con la propia desnudez, y ser capaz de asumirla sin ocultarla, significa haber alcanzado la suficiente honestidad y realismo como para reconocerlo, y a eso, es a lo que se llama humildad.

Reconocerse incapaz, desvalido, impotente ante las situaciones de la vida; aceptar que los sentidos te engañan, que no sabes nada en verdad, y que eres "bueno para nada" (que diría Santa Bernardita), es tocar fondo y tierra firme sobre la que comenzar a construir una nueva visión de la realidad, en la que Dios se hace presente.

Así nos lo explica el profeta Oseas en una analogía, en la que Dios habla por la boca de un marido traicionado, y los hombres aparecen como la mujer infiel:

«No me compadeceré más de sus hijos, porque son hijos de prostitución. Sí, su madre se ha prostituido, se ha deshonrado la que los concibió, diciendo: "Iré tras mis amantes, los que me dan el pan y el agua, la lana y el lino, el aceite y el licor". Por eso voy a cerrar con espinos su senda, y a ponerle delante una valla, para que no encuentre su camino. Perseguiré a sus amantes, pero no los alcanzaré; los buscaré, pero no los encontraré; entonces dirá: "Voy a volver a mi primer marido, pues entonces me iba mejor que ahora". Ella no reconocía que era yo quien le daba el trigo, el mosto y el aceite, quien multiplicaba la plata y el oro, con que hicieron los baales. Por eso recobraré mi trigo a su tiempo y mi mosto en su momento, y le quitaré la lana y el lino que le di para cubrir su desnudez. La desnudaré ante sus amantes, y nadie podrá librarla de mi mano. Haré cesar todo su alborozo, sus fiestas, novilunios, sábados, y todas sus solemnidades. Devastaré su viña y su higuera, de las que ella decía: "Son mi paga, la que me han dado mis amantes"; los convertiré en matorral que será devorado por animales salvajes. La castigaré por festejar a los baales, y haber quemado ofrendas en su honor; se adornaba con sortijas y collares, para ir junto a sus amantes, olvidándose de mí. Oráculo del Señor.

Pero voy a seducirla; la llevaré al desierto y le hablaré al corazón.» (Os 1, 6-16)

Los baales, los ídolos, los amantes... son todo aquello que nos aleja de Dios, y que tarde o temprano nos acaba fallando, dejándonos "en cueros" para vergüenza nuestra, mostrando nuestra ineptitud y nuestra "nonada" (que diría Santa Teresa de Jesús). Y Dios, que nos ha cuidado a pesar de todo, permite que sintamos la aridez y esterilidad del desierto en nuestra vida, como oportunidad que nos brinda de reconducir nuestro camino. No desaprovechemos la ocasión: El desierto es momento de conversión.

12.- La coherencia de todo:

«Vio Dios que la luz era buena» (Gn 1, 4). «Y vio Dios que era bueno» (Gn 1, 10.12.18.21.25). «Vio entonces Dios todo lo que había hecho, y todo era muy bueno» (Gn 1, 31).

Ver la coherencia de todo en la bondad, en la armonía, en el bien hacer, es reconocer a Dios en las cosas; es ver su sello, su impronta. Reconocer ese impulso creador que todo lo mueve y lo conduce, que lo anima y vivifica, es ser testigo del "aleteo" del Espíritu. Descubrir la luz en la oscuridad, la esperanza en el desierto, la paz en la tormenta, y la alegría en la impotencia, es experimentar la cercanía de Dios, su ternura y sus cuidados.

Todo es coherente, y aunque no lo parezca, la visión integradora nos advierte que debe serlo, que busquemos ese "más allá" que permite que lo sea. Valga como ejemplo lo que Jesús le dice a los saduceos:

«Se le acercaron unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron: "Maestro, Moisés nos dejó escrito: Si el hermano de uno muere y deja mujer, pero sin ningún hijo, que su hermano se case con la mujer para dar descendencia al hermano difunto. Pues bien, había siete hermanos. El primero se casó y al morir no dejó descendencia. El segundo se casó con la mujer y murió también sin descendencia. El tercero, lo mismo, y así los siete, sin que ninguno dejara descendencia. Después de todos, murió la mujer. Cuando resuciten los muertos, ¿de quién de ellos será la mujer? Porque los siete estuvieron casados con ella". Jesús les dijo: "Estáis muy equivocados, porque no comprendéis las Escrituras ni el poder de Dios. Cuando resuciten de entre los muertos, ni ellos ni ellas se casarán, sino que serán como ángeles en el cielo. Y en cuanto a que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, en el episodio de la zarza, lo que le dijo Dios: Yo soy el Dios de Abrahán y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? No es un Dios de muertos, sino de vivos. Estáis muy equivocados."» (Mc 12, 18-27)

Todo es siempre mucho mejor que lo que una visión mezquina de la realidad nos pueda decir. Dios sabe más.

En consecuencia: ¿Cuál es la causa del caos y la confusión del mundo actual?

ETAPA PRÓLOGO O INICIAL

- LA VOCACIÓN DE ABRAHÁN - (LA LLAMADA)

El propósito para esta etapa es revisar como anda nuestra relación con Dios, y para ello podemos intentar dar respuesta a las siguientes preguntas: ¿Qué pinta Dios en el mundo? ¿Y en mi vida? ¿Me siento querido por Dios?

La llamada de Dios a emprender el camino que conduce hasta Él, es el inicio de toda peregrinación; según sea la respuesta, afirmativa o negativa, comenzaremos a vivir en verdad y en plenitud, o no.

Cuantos problemas, excusas y dificultades hay para decir sí, y que fácil resulta decir no. Y en definitiva, sólo hay que dejar de ser vagabundo, senderista o turista de la vida, para convertirse en peregrino.

Esto es lo que le pidió Dios a Abrahán, y su respuesta fue el inicio de la andadura del Pueblo de Dios, de la historia de Israel, de la epopeya de "Dios y nosotros":

«El Señor dijo a Abrán: "Sal de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, y vete a la tierra que yo te indicaré. Yo haré de ti un gran pueblo, te bendeciré y haré famoso tu nombre, que será una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, y maldeciré a los que te maldigan. Por ti serán benditas todas las naciones de la tierra".

Partió Abrán, como le había dicho el Señor y Lot marchó con él.» (*Gn 12, 1-4*)

Salir de la casa de uno, de su lugar de origen y de su gente, conlleva salir de la costumbre, de la tradición, de los prejuicios, de los planteamientos previos, para encaminarse a donde Dios quiera llevarnos. Significa abrir nuestra mente a lo nuevo e inesperado, sin aferrarnos a "la tierra de nuestros padres", a nuestras seguridades y propósitos de vida. ¿Estamos dispuestos a confiar en Dios y "arriesgarnos"?

La llamada es individual y personal: No hay camino marcado ni reglas controladoras que nos permitan dominarlo o domesticarlo (como pueda ser el caso del mercantilismo de "yo te doy... si tú, a cambio, me das..."). Sólo cabe la espera confiada, abandonada en Dios, pero en movimiento hacia Él, haciendo camino al andar.

La respuesta afirmativa de Abrahán a Dios, el reconocerle en la llamada (como María Magdalena reconoce a Jesús en el hortelano), le supone a Abrahán oír su nombre pronunciado por aquél a quien busca. Nombre que ya no es Abrán sino Abrahán, ni el de su mujer Sarai sino Sara; y es que han cambiado en lo más profundo de su ser al alcanzar una nueva visión del mundo.

Y lo mismo le ocurre a María, al oír un nombre que le turba: "Llena de gracia". Ella también es invitada a salir de sus planteamientos y adentrarse por un camino desconocido. Su sí será el origen de un nuevo comienzo dentro de la

peregrinación de la fe, será el principio de la historia de la Iglesia, de la Ciudad de Dios, del "Dios con nosotros":

«Al sexto mes, envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una joven prometida a un hombre llamado José, de la estirpe de David; el nombre de la joven era María. El ángel entró donde estaba María y le dijo: "Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo". Al oír estas palabras, ella se turbó y se preguntaba qué significaba tal saludo. El ángel le dijo: "No temas, María, pues Dios te ha concedido su favor. Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. Él será grande, será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la estirpe de Jacob por siempre y su reino no tendrá fin". María dijo al ángel: "¿Cómo será esto, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?" El ángel le contestó: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios. Mira, tu pariente Isabel también ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que todos tenían por estéril; porque para Dios nada hay imposible". María dijo: "Aquí está la esclava del Señor, que me suceda según dices". Y el ángel la dejó.» *(Lc 1, 26-38)*

La incompreensión está servida (¿quién se va a creer esto?), pero la ayuda y el cuidado de Dios también.

Ahora Dios nos invita a cada uno de nosotros a responderle sí, e iniciar nuestra peregrinación personal, nuestra propia historia de Templo de Dios, del "Dios en nosotros". ¿Qué le respondemos?

En nuestra peregrinación parroquial de 1997, la llamada para salir de "nuestra tierra", junto con el "anuncio de la promesa", tuvieron su reflejo en el domingo 13 de julio, cuando fuimos a la Catedral de la Almudena, para recibir la bendición y el envío como peregrinación diocesana impartidos por el deán de la misma. Ocasión que aprovechamos para repartir, además de la credencial de peregrino, unos libritos de mano que habíamos confeccionado bajo el título: "Libro del Peregrino", conteniendo cantos de Iglesia, oraciones e indicaciones religiosas, y canciones tradicionales varias. Para esa fecha ya se sabía que dos de los apuntados no podían ir (Arancha y Álvaro), pero que había dos nuevos (David y Federico). Aún aparecería uno sorpresa (Pilar) el mismo día de la salida, y para quien, casualmente, había credencial, porque nos había sobrado una sin rellenar (la de Jorge, que hasta el último momento no sabía si podría ir).

El miércoles 16 de julio, festividad de Nuestra Señora del Carmen, víspera de la salida, nos reunimos por la tarde, para la última valoración logística y tratar este tema inicial.

PRIMERA ETAPA

- LA ALIANZA - (LA AMISTAD)

Esta etapa tiene como propósito tratarse con Dios y con los que nos acompañan en el camino, conocerse, saber del otro, relacionarse con él, establecer lazos, puentes... (Preguntando, por ejemplo: ¿Y tú, por qué peregrinas? ¿Cuál es tu objetivo o destino en la vida?)

Para poder decir que entre dos personas hay amistad debe haber amor mutuo, es decir, ha de ser una amistad correspondida y no sólo en una dirección, ya que, en ese segundo caso, habrá amor de una de ellas hacia la otra, pero no amistad entre las dos.

La alianza, la amistad con Dios requiere eso mismo, que haya correspondencia, que no sea sólo Dios el que ama, sino que Él también sea amado.

Romper la amistad, romper la alianza, sólo es posible cuando, al menos por una de las partes, no hay amor verdadero, amor desinteresado, amor sin condiciones, sino mucho de interés y utilización ("yo te doy si... o mientras tú me des").

Dios ya sabe nuestras verdaderas intenciones cuando nos acercamos a Él, pero nosotros, puede que no seamos plenamente conscientes de ellas y nos autoengañemos; por eso, la única forma que tenemos de conocer su autenticidad, y hasta donde estamos dispuestos a llegar, es cuando éstas son sometidas a prueba. Dios no necesita pruebas, pero sí nosotros, por eso Él nos ayuda poniéndolas en nuestro camino.

Una vez que hemos recibido la llamada, y con ella, nuestro nombre (nuestra función en la vida), y en consecuencia, la promesa de un destino en la misma: aparece la prueba que pone en entredicho la promesa. ¿Mantendremos la amistad, la alianza, a pesar del aparente incumplimiento de la otra parte?

Veamos lo que hizo Abrahán:

«Después de esto, Dios quiso poner a prueba a Abrahán, y lo llamó: "¡Abrahán!" Él respondió: "Aquí estoy". Y Dios le dijo: "Toma a tu hijo único, a tu querido Isaac, ve a la región de Moria, y ofrécemelo allí en holocausto, en un monte que yo te indicaré".

Se levantó Abrahán de madrugada, aparejó su asno, tomó consigo dos siervos y a su hijo Isaac, partió la leña para el holocausto y se encaminó hacia el lugar que Dios le había indicado. Al tercer día alzó Abrahán los ojos y alcanzó a ver de lejos el lugar. Entonces dijo a sus siervos: "Quedaos aquí con el asno, mientras el muchacho y yo subimos allá arriba para adorar al Señor; después regresaremos junto a vosotros".

Abrahán tomó la leña del holocausto y se la cargó a su hijo Isaac; él llevaba el fuego y el cuchillo, y se fueron los dos juntos. Isaac dijo a Abrahán,

su padre: "¡Padre!" El respondió: "Aquí estoy, hijo mío". Dijo Isaac: "Tenemos el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?" Abrahán respondió: "Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío". Y continuaron caminando juntos.

Llegados al lugar que Dios le había indicado, Abrahán levantó el altar; preparó la leña y después ató a su hijo Isaac poniéndolo sobre el altar encima de la leña. Después Abrahán agarró el cuchillo para degollar a su hijo, pero un ángel del Señor le gritó desde el cielo: "¡Abrahán! ¡Abrahán!" El respondió: "Aquí estoy". Y el ángel le dijo: "No pongas tu mano sobre el muchacho ni le hagas ningún daño. Ya veo que obedeces a Dios y que no me niegas a tu hijo único". Abrahán levantó entonces la vista y vio un carnero enredado por los cuernos en un matorral. Tomó el carnero y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. Abrahán puso a aquel lugar el nombre de: "El Señor provee", y por eso todavía hoy se llama "El monte del Señor provee".

El ángel del Señor volvió a llamar desde el cielo a Abrahán, y le dijo: "Juro por mí mismo, palabra del Señor, que por haber hecho esto y no haberme negado a tu hijo único, te colmaré de bendiciones y multiplicaré inmensamente tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena de las playas. Tus descendientes conquistarán las ciudades de tus enemigos. Todas las naciones de la tierra alcanzarán la bendición a través de tu descendencia, porque me has obedecido".» (*Gn 22, 1-18*)

Abrahán pensó, que ya que no podía tener hijos con Sara, su mujer, una solución "lógica" para que se pudiera cumplir la promesa del Señor de hacerle padre de un gran pueblo, sería tenerlo con la esclava de su mujer como si fuera ésta: y así nació Ismael, el primer hijo de Abrahán y su heredero según lo humano. Pero Dios le concedió un hijo de Sara, tal como le había prometido, para que fuera el heredero de la promesa: Isaac. Lo sorprendente es, que el mismo Dios que le ha concedido el regalo de la promesa, le venga a pedir ahora que se lo devuelva, y donde dijo "digo", ahora dice "diego", retractándose de lo prometido. Sin embargo, Abrahán, valora más la alianza, la amistad con Dios, que el beneficio que obtendría con la promesa (la amistad por encima del interés), y se lo devuelve con la intención (que no llega a hecho porque Dios le detiene). (Incluso le da tres días de marcha para que pueda pensarse bien su decisión y que no sea fruto de un primer impulso.)

En conclusión: La promesa es un regalo de Dios, no una compraventa, por lo que no nos la podemos apropiarnos. No podemos ser "amigos" de Dios por interés, por eso nuestras verdaderas intenciones afloran cuando nos vemos en la tesitura de perder la propia promesa. (La lógica de Dios va "más allá" y es más profunda que la nuestra.) Por eso hay que confiar en Dios a pesar de lo que nuestros sentidos puedan decirnos en contra, y esperar contra toda esperanza, lo que forzosamente queda expresado en obras.

«¿Acaso no alcanzó Abrahán, nuestro antepasado, el favor de Dios por sus obras, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? Ves como la fe cooperaba con sus obras y por las obras se hizo perfecta su fe. Así se cumplió la Escritura que dice: Creyó Abrahán a Dios, y ello le fue tenido en cuenta para alcanzar la salvación, y fue llamado amigo de Dios. Ved cómo por las obras alcanza el hombre la salvación y no sólo por la fe. (...) Como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.» (*Sant 2, 21-24 y 26*)

También María es colocada en situación equivalente: Le es prometido un hijo de la fe, un regalo de Dios, contra toda lógica humana, y ella lo acepta sin intentar "facilitar las cosas" por su cuenta. Pero debe contemplar cómo la promesa: "su reino no tendrá fin", sufre el mayor de los descalabros tras el fracaso oficial (humano) de la misión de su hijo (del Hijo del Altísimo), que es cargado con el madero (como Isaac la leña), y llevado al sacrificio de la cruz en el Gólgota ("Dios proveerá el cordero para el sacrificio" le dijo Abrahán a Isaac).

«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo a quien tanto quería, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Después dijo al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquel momento, el discípulo la recibió como suya.» (*Jn 19, 25-27*)

Y el Hijo desde la cruz, desde el altar del sacrificio, le confirma la promesa, nombrándola Madre universal. (Es Madre universal, pero quien realmente la tiene en su casa como suya, sólo es el discípulo, el creyente, porque es quien la ha acogido.)

Y la promesa se cumple "más allá" de toda lógica, más allá de la muerte. ¡Plus ultra! (Venciendo al "non plus ultra" de la increencia, que parecía ser el triunfador.)

En el peregrinar histórico, a partir de Abrahán, se establece una señal o signo propio de la alianza con Dios. En la etapa de los acontecimientos físicos que marcan el camino (visión "desde la cabeza"), el signo es la circuncisión (marca física). En la etapa de los acontecimientos vitales que nos enseñan la verdad (visión "desde el corazón"), el signo es el bautismo (signo y enseñanza vital). En la historia individual de cada creyente, de sus acontecimientos racionales o espirituales que nos muestran la vida (visión "desde las entrañas"), el signo demostrativo es su cambio de vida, su metanoia (cambio de mentalidad, que no es un cambio teórico sino vivencial).

En consecuencia, en nuestro peregrinar diario, debemos desprendernos incluso, de lo que esperamos obtener como resultado de la tal peregrinación. ¿Y si Dios quiere que quedemos tal cual partimos?

Y en nuestra particular peregrinación de 1997, esta etapa consistió, en salir de Madrid a primera hora de la mañana del jueves 17 de julio, y, en transporte público (autocar), llegar a Astorga (León) para comer allí. La decisión de peregrinar se había puesto por obra, y una variopinta representación de la parroquia (diecisiete personas), estaba ya en marcha para recorrer el camino. Y desde los sesenta y cuatro años de Don Jesús (el párroco), a los trece de nuestra intrépida benjamina (Maite), se desplegaba un amplio abanico de edades, fiel reflejo de sus equivalentes en la vida activa parroquial, y en consecuencia, de la de la Iglesia.

Encontrar albergue en Astorga no nos fue fácil, y las cosas no nos salieron como se habían previsto, en casi nada; pero al final, el suelo de una sala del Seminario nos sirvió de acomodo, y la misa en la capillita aneja (con las lecturas ya comentadas), también.

La sala la compartíamos con un nutrido grupo de peregrinos provenientes de Bilbao, que habían iniciado su caminar dos días antes en León, y que nos acompañaron también en la celebración de la Eucaristía, pero para los que su

“horario” de acostarse, o mejor dicho, de dormirse, era más tardío que el nuestro, con lo que tuvimos problemas para poder conciliar el sueño. Al final, algunos de los nuestros acabaron durmiendo en el patio, junto a los coches aparcados; otros prefirieron colocarse bajo una escalera, y el resto permaneció en la sala.

SEGUNDA ETAPA

- LOS PATRIARCAS Y EGIPTO - (LA BÚSQUEDA DE SEGURIDADES Y SUS ESCLAVITUDES)

El propósito para este día (esta etapa), es valorar la situación personal y el proyecto de vida de cada uno, preguntándose: ¿Me satisface? ¿Es bueno?

La historia que nos sirve de guía para esta ocasión es la de los patriarcas. Observar cómo Isaac es el único heredero de la promesa, a pesar de que Abrahán circuncidó a todos sus siervos, a su sobrino Lot, y a sus otros hijos (Ismael, su primogénito, nacido de la esclava Agar, y los hijos que tuvo de su segunda mujer tras morir Sara). Pues a pesar de eso, nadie acompañó a Isaac en su herencia.

Isaac tuvo dos hijos mellizos: Esaú, el primogénito, y Jacob. Pero Esaú tampoco heredó la promesa, porque un día prefirió cambiársela a su hermano por el plato de lentejas que éste se disponía a comer.

Esaú valoraba más lo material, cercano e inmediato, que la espiritualidad de la fe, mientras Jacob tenía una visión del mundo en la que lo más importante era la fe, por eso aprovechó la primera ocasión que tuvo para efectuar el cambio. Y Jacob, y sólo Jacob, fue quien heredó la promesa.

Jacob, para poderse casar con quien quería (con Raquel), tuvo que casarse también con Lía, la hermana de ésta, que era la mayor; y por razones similares a las de Abrahán, tuvo hijos también con las esclavas de sus dos mujeres. (La esclava era esclava hasta para dar los hijos que la mujer no podía concebir.) Al final, se encontró con doce hijos varones, de los cuales, sólo los dos últimos: José y Benjamín, eran hijos de su querida Raquel. Rubén era el mayor, el primogénito, y por tanto el heredero, pero Rubén tuvo relaciones carnales con una de las esclavas que había dado hijos a Jacob, así que éste, al enterarse, le desheredó de la primogenitura, junto a los dos hermanos que le habían encubierto, con lo cual, ésta pasó al cuarto de sus hijos, a Judá; y de nuevo, el primogénito según la carne no recibió la primacía de la promesa, aunque, ahora sí, todos mantuvieron la unidad del patriarcado, conservando su parte en la herencia.

Es curioso comprobar cómo, Abrahán, se esfuerza en circuncidar a todos para hacerlos herederos y miembros de la alianza con Dios, pero sólo es Isaac el que la recibe; y sin embargo, en el caso de Jacob, cuyas circunstancias son similares a las de Abrahán en lo referente a mujeres, esclavas e hijos, todos los hijos, sin distinción de madre, son los que la reciben, constituyendo el fundamento del Pueblo de Dios. En todo ello se advierte, que no es el hombre el que decide y controla a quien va a transmitir la herencia de la fe, ni cómo ni cuándo; sino que es Dios el que lo hace, saltándose todos los convencionalismos humanos (las prerrogativas y los derechos adquiridos no valen ante él).

La consecuencia para nuestra vida, es que tras la llamada a salir de nuestros planteamientos e ideas preconcebidas, aparecen una serie de posibilidades u opciones de vida, entre las cuales tenemos que encontrar el camino que Dios nos marca. Dios va señalando el camino a través de las diversas circunstancias y ocasiones; empeñarse en otra cosa, y en planteamientos guiados por nuestro interés, es no dejar a Dios ser Dios y buscarnos a nosotros mismos en vez de a Él. La promesa que Dios nos ha hecho se cumplirá a su tiempo y al modo de Dios, no al nuestro; y así llegaremos, casi sin darnos cuenta, a asentar nuestras bases, nuestros fundamentos (los patriarcas, los apóstoles) sobre los que construir nuestro plan de vida, nuestro Templo de Dios (como los patriarcas el Pueblo de Dios o los apóstoles la Ciudad de Dios).

En la historia de la Iglesia las situaciones son más o menos equivalentes: Si en la historia del pueblo hebreo, Ismael, aun siendo el primogénito, no es el hijo de la promesa, y al separarse de Isaac da origen al pueblo árabe; en la historia de la Iglesia son el pueblo judío los primogénitos, que al separarse de Jesús, el Hijo de la promesa, dan origen al judaísmo separado del cristianismo. Si Esaú, hermano gemelo de Jacob, vende su primogenitura por un plato de lentejas; Judas Iscariote, uno de los apóstoles, vende la suya por treinta monedas de plata, ocupando su lugar San Matías. Si los doce hijos de Jacob dan origen a las doce tribus de Israel, fundamento del pueblo de Israel; los doce apóstoles son el fundamento de la Iglesia. (Aunque bien mirado no son doce tribus sino trece, y no son doce apóstoles sino trece.)

Siguiendo con la historia de Israel (nombre nuevo que Dios le da a Jacob), José es vendido por sus hermanos a unos mercaderes que lo conducen a Egipto, allí acabará siendo un personaje principal, y tras la bonita historia del reencuentro, Jacob y toda su familia acabará instalándose en dicho país. En recompensa a José, Jacob nombra a los dos hijos de éste: Efraín y Manasés, coherederos y cabezas de tribu, al otorgarles su bendición; y aun siendo doce los hijos, las tribus son trece dada la porción doble de José.

En la historia de la Iglesia, Jesús mismo, en una aparición, elige a San Pablo como apóstol de los gentiles; con lo que el sitio de Judas Iscariote queda ocupado por dos apóstoles: San Matías y San Pablo. Y es San Pablo el que abre camino a la Iglesia entre los gentiles, entre los cuales ésta se instala (la gentilidad es el Egipto de la Iglesia).

Y los israelitas fueron esclavizados en Egipto, y los cristianos fueron perseguidos y martirizados entre los gentiles.

La búsqueda de seguridades (del alimento) es la que lleva a los patriarcas (Jacob y sus hijos) a dejar el nomadismo y hacerse sedentarios en Egipto, integrándose en la vida de este país del Nilo. Y algo similar ocurre a los apóstoles, que buscando una mayor comprensión que entre los judíos, se integran en la cultura grecolatina imperante en su tiempo.

En este punto sería bueno preguntarnos: ¿Cómo valoramos esta decisión?

Nosotros también nos integramos en la sociedad consumista y hedonista actual, buscando seguridades económicas, físicas, sociales, afectivas, espirituales, etc. ¿Cómo valoramos esa actitud? Andando el tiempo, al igual que a ellos, ese mundo actual sin valores acabará por perseguirnos y esclavizarnos. ¿Qué solución puede haber?

Pero Dios nunca abandona a su pueblo (ese pueblo que ha ido creciendo y desarrollándose en la esclavitud), y acude en su ayuda:

«Moisés pastoreaba el rebaño de Jetró, su suegro, sacerdote de Madián. Trashumando por el desierto llegó al Horeb, el monte de Dios, y allí se le apareció un ángel del Señor, como una llama que ardía en medio de una zarza. Al fijarse, vio que la zarza estaba ardiendo pero no se consumía. Entonces Moisés se dijo: "Voy a acercarme para contemplar esta maravillosa visión, y ver por qué no se consume la zarza". Cuando el Señor vio que se acercaba para mirar, le llamó desde la zarza: "¡Moisés! ¡Moisés!" El respondió: "Aquí estoy". Dios le dijo: "No te acerques; quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado". Y añadió: "Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob". Moisés se cubrió el rostro por que temía mirar a Dios. El Señor siguió diciendo: "He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arrancan sus opresores y conozco sus angustias. Voy a bajar para librarlo del poder de los egipcios. Lo sacaré de este país y lo llevaré a una tierra nueva y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel, a la tierra de los cananeos, hititas, amorreos, pereceos, jeveos y jebuseos. El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí. He visto también la opresión a que los egipcios los someten. Ve, pues; yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas."

Moisés dijo al Señor: "¿Quién soy yo para ir al faraón y sacar de Egipto a los israelitas?" Dios le respondió: "Yo estaré contigo, y ésta será la señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, me daréis culto en este monte". Moisés replicó a Dios: "Bien, yo me presentaré a los israelitas y les diré: El Dios de vuestros antepasados me envía a vosotros. Pero si ellos me preguntan cuál es su nombre ¿qué les responderé? Dios contestó a Moisés: "Yo soy el que soy. Explícaselo así a los israelitas: 'Yo soy' me envía a vosotros". Y añadió: "Así dirás a los israelitas: El Señor, el Dios de vuestros antepasados, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me envía a vosotros. Éste es mi nombre para siempre, así me recordarán de generación en generación."»
(Ex 3, 1-15)

De este denso episodio del que habría tanto para comentar, vamos a resaltar sólo algunos detalles: Dios utiliza medios humanos pero de forma sorprendente. Lo valioso a los ojos de Dios no es lo valioso a los ojos de los hombres. Dios encarga una misión, una tarea, que supera con creces las fuerzas de quien ha de realizarla, pero Él da las fuerzas para llevarla a cabo, y ésa es precisamente su señal. Dios se manifiesta como lo más profundo de la propia identidad ("Yo soy"), y en consecuencia, Dios es la Libertad ("donde" uno es plenamente, por eso es en ese monte donde hay que ir a darle culto). El mismo Dios que nos escogió y nos llamó es el que ahora nos libera.

Dios muestra a todo aquel que, queriendo escapar de la opresión de ese medio alienante, haya huido al desierto (a su desierto interior), que la verdadera identidad propia está en Él; que Él es el que da sentido a la vida, llenándola por completo. Y es ese descubrimiento el que lanza a la persona a pelear con las armas de Dios (que no son las de los hombres), para conseguir su liberación.

Al final, tras plagas varias y la muerte de los primogénitos (de la que los israelitas se salvan gracias a la cena de Pascua y a la sangre del cordero

sacrificado puesta en sus puertas); el faraón accede a dejarlos marchar para ir a dar culto a Dios en el Horeb (sabiendo que no van a volver). Luego se arrepentirá e irá tras ellos, pero no conseguirá alcanzarlos y su ejército acabará vencido por el mar de las cañas (o el mar Rojo); mientras que Israel lo atraviesa sin grandes problemas, con lo que se consuma su liberación de la esclavitud de Egipto.

De igual modo, el creyente que descubre su esclavitud, e intenta liberarse de la opresión de un medio sin valores, ve favorecida su pretensión por circunstancias varias de la vida que vienen en su ayuda, y que aun siendo tenidas por malas, pueden ser aprovechadas por éste para su propósito. Incluso la esterilidad y el fracaso de las primicias (los primogénitos): de todo lo que no va orientado a la liberación, y la pervivencia de las que sí: de las consagradas a Dios, actúan como acicate final para conseguir el éxito esperado. El que, en la huida final, la intención de seguir el camino de Dios prevalezca sorprendentemente, y sea capaz de atravesar las mayores dificultades con toda facilidad, frente a las prepotentes contrarias que se ahogan en ellas, es el punto decisivo final que lleva al encuentro de Dios y la propia identidad: a la nueva vida. Y Dios muestra su constante presencia en todo ello: ¡Es la gran Pascua de liberación que se recordará a lo largo de los años de toda la vida del creyente!

La Iglesia también tiene su momento de liberación, tras el que cesan todas las persecuciones. Persecuciones y martirios que han sido ocasión de crecimiento y propagación de la Iglesia en vez de lo contrario, constituyéndose las Iglesias particulares (el equivalente a las tribus de Israel). Al final, el año 313, el Edicto de Milán promulgado por el emperador Constantino, decreta la libertad de culto en el Imperio: La Iglesia ya no tiene que ocultarse, y puede ejercer libremente su ministerio, iniciando una nueva andadura.

Nosotros, los peregrinos a Santiago de 1997, en la medida de nuestra pequeñez, también experimentamos algunas de estas cosas en nuestra etapa de Astorga a Rabanal del Camino (nuestra primera etapa a pie): Las primeras ampollas y rozaduras, el primer esfuerzo con "la casa" a cuestas, la formación de los grupos o tribus según afinidades y cada cual con su signo identificador, la primera experiencia real del camino (comprobamos como Ángela se crecía subiendo las cuestas), los primeros inconvenientes, las primeras coladas; Humberto que pierde su insignia con la cruz de Santiago, y Beatriz que se la encuentra, horas más tarde, clavada en la suela de su calzado; el pastor, que tras guardar sus ovejas en el redil, se acercó a nosotros mientras tratábamos el tema del día para escucharlo, y nos lo acabó boicoteando, metiéndose con la Iglesia, en una discusión que no había forma de cortar (ni aun yéndonos la mayoría); la plaga de moscas de antes de cenar (que alguno cazaba, hasta de tres en tres, de un solo zarpazo); el dejarnos una sala para cenar, con una amplia mesa, y darnos cuenta en el último momento que no había sillas, con lo que tuvimos que cenar de pie, todos a su alrededor (la cena de Pascua)... En fin, pequeños momentos vistos con los ojos de la fe.

TERCERA ETAPA

- EL ÉXODO -

(LA PROPIA IDENTIDAD)

Alcanzar, en el desierto de la soledad interior, el monte de Dios, para encontrar el "yo soy" de cada uno, es el propósito para esta tercera etapa. Preguntarnos: ¿Cuál es el "yo soy" que Dios quiere para mí?, ¿qué puedo hacer para llegar a él?, y ¿dónde está mi auténtica libertad?, serán las cuestiones que nos guiarán en esta aventura interior hacia el centro de nuestro yo.

Israel llega al Sinaí para dar culto a Dios en el monte Horeb, y Moisés sube a la montaña para hablar con Dios: "Aquí estamos, ¿qué hacemos ahora?"

«Al amanecer del tercer día, hubo truenos y relámpagos; una densa nube cubría la montaña, y se oía un sonido creciente de trompeta. Todo el pueblo que estaba en el campamento temblaba. Moisés hizo salir al pueblo del campamento al encuentro de Dios, y la gente se quedó al pie del monte. Todo el monte Sinaí estaba envuelto en humo, porque el Señor había bajado sobre él en medio de fuego. Subía aquel humo como humo de horno y todo el monte trepidaba violentamente; y el sonido de la trompeta se iba haciendo cada vez más fuerte. Moisés hablaba y Dios le respondía con el trueno. El Señor bajó sobre el monte Sinaí, invitó a Moisés a subir a la cima y Moisés subió.» *(Ex 19, 16-20)*

«Entonces Dios pronunció estas palabras: "Yo soy el Señor, tu Dios, el que te sacó de Egipto, de aquel lugar de esclavitud.

No tendrás otros dioses fuera de mí. No te harás escultura, ni imagen alguna de nada de lo que hay arriba en el cielo, o aquí abajo en la tierra, o en el agua debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas, ni les darás culto, porque yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la maldad de los que me aborrecen, en sus hijos, hasta la tercera y cuarta generación, pero soy misericordioso por mil generaciones con los que me aman y guardan mis mandamientos.

No tomarás en vano el nombre del Señor, porque el Señor no deja sin castigo al que toma su nombre en vano.

Acuérdate del sábado para santificarlo. Durante seis días trabajarás y harás todas tus faenas. Pero el séptimo, es día de descanso en honor del Señor tu Dios. No harás en él trabajo alguno, ni tú, ni tus hijos, ni tus siervos, ni tu ganado, ni el forastero que reside contigo. Porque en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra, el mar y todo lo que contiene, y el séptimo día descansó. Por ello bendijo el Señor el día del sábado y lo declaró santo.

Honra a tu padre y a tu madre para que vivas muchos años en la tierra que el Señor tu Dios te va a dar.

No matarás.

No cometerás adulterio.

No robarás.

No darás falso testimonio contra tu prójimo.

No codiciarás la casa de tu prójimo, ni su mujer, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada de lo que le pertenezca."» (Ex 20, 1-17)

Se trata de los mandamientos, normas de conducta que son mandamientos de amor no de opresión (como reconoce el maestro de la ley a Jesús): «"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo". Jesús le dijo: "Has respondido correctamente. Haz eso y vivirás."» (Lc 10, 27-28)

Los mandamientos son el camino del creyente que le conducen a la vida, otorgándole identidad propia (y que van mucho "más allá" que su mera formulación material). Es la senda del amor que libera y da entidad a la persona, porque está al servicio del hombre y no al revés.

Y con los mandamientos comienza la historia de fidelidades e infidelidades de Israel, al no descubrir que los mandamientos están para servir al hombre en vez de para que el hombre les sirva. Y sobre este fundamento construyen todas sus leyes, y su culto, y sus tradiciones y fiestas, cobrando una personalidad única como pueblo. Pero todo esto ocurre en el desierto, en un lugar lleno de carencias materiales que les hacen añorar los tiempos de Egipto, y que Dios aprovecha para educarles y mostrarles que es Él el que colma sus necesidades y carencias, que les da el maná (el pan del cielo), las codornices, el agua que brota de la roca (como hoy en día en la gruta de Lourdes), el estandarte que cura a los mordidos de serpiente, etc., etc.

Dios es el que les enseña a peregrinar por la vida fiándose de Él.

«El día en que fue erigida la morada, la nube la cubrió por la parte de la tienda del testimonio y desde la tarde a la mañana estuvo sobre ella en forma de fuego. La nube la cubría permanentemente, tomando por la noche la apariencia de fuego. Cuando la nube se levantaba sobre la tienda, partían los israelitas; y donde se posaba la nube, allí acampaban. Partían por orden del Señor y por orden del Señor acampaban, y permanecían acampados todo el tiempo que la nube estaba sobre la morada.

Cuando la nube se posaba sobre la morada durante un largo tiempo, los israelitas, obedientes al Señor, no se movían. A veces la nube permanecía sobre la morada sólo durante unos días; en cualquier caso los israelitas permanecían acampados o se ponían en movimiento según lo que mandaba el Señor.

A veces la nube se posaba sólo desde el atardecer al amanecer, entonces los israelitas se ponían en movimiento tan pronto como la nube se levantaba, fuera de día o de noche, ellos se ponían en movimiento. A veces la nube permanecía sobre la morada dos días, un mes o un año; durante este tiempo los israelitas seguían acampados y no se movían; pero cuando se levantaba, partían. Por orden del Señor acampaban y por orden del Señor partían. Obedecían las órdenes que el Señor les había dado por medio de Moisés.» (Nm 9, 15-23)

Pero los hombres somos muy duros de cerviz, y a la mínima nos dedicamos a buscar otros caminos distintos al que nos conviene, con lo que el peregrinaje por el desierto duró cuarenta años.

La Iglesia también tuvo que atravesar su particular desierto a raíz de la libertad de culto en el Imperio: Tuvo que concretar sus actividades, ritos y costumbres, guiada por el pastoreo de los primeros Santos Padres de la Iglesia. Definir sus dogmas en la común unión de todas las Iglesias particulares, a través de los primeros concilios fundantes (Nicea en el año 325, Constantinopla en el 381, Éfeso en el 431 y Calcedonia en el 451). Combatir las herejías, que indirectamente servían de estímulo para la formulación de tales dogmas, al forzar la búsqueda de la verdad sobre el asunto. Y, en definitiva, encontrar su sitio, personalidad y función en el mundo.

Lo que en Israel era el camino, en la Iglesia es la verdad, y si los mandamientos muestran el camino, el Credo, inspirado por el Espíritu Santo, lo hace con la verdad. La vida, entonces, ha de ponerla el creyente, al llevar a la práctica ese camino y esa verdad, bajando su fe de la "cabeza" al "corazón", y de éste, a las "entrañas", convirtiéndola en vivencia en libertad. Sólo entonces, el creyente, puede alcanzar su identidad verdadera, su "yo soy" constituyente, que es puro don gratuito de Dios.

La liberación de ese medio, de esa visión del mundo, alienante que esclaviza al creyente, le lleva a un lugar intransitado en el que ha de construir su camino, su verdad y su vida. En su interior, a través de su encuentro personal con Dios, el creyente elabora su plan de vida y sienta las bases sobre las que construirlo. Dicta sus leyes y hace sus normas, pero que puestas a prueba por las diversas vicisitudes personales y el "aislamiento" interior, serán depuradas y mejoradas, hasta alcanzar la configuración personal tenida por más adecuada.

En la etapa de nuestra pequeña Iglesia, desde Rabanal del Camino hasta Ponferrada, también tuvimos nuestras minianécdotas susceptibles de ser vistas con los ojos de la fe:

En el alborar de la mañana del sábado 19 de julio salimos de Rabanal (de Egipto), envueltos en una densa niebla en la que no distinguíamos más que a las dos o tres personas inmediatas, y en cuanto aumentaba la distancia entre nosotros, ya no podíamos vernos; y así seguimos la senda, entre un alto matorral que nos cubría en altura, y que contribuía, aún más, al aislamiento. Salimos por fin a la carretera, y comenzamos a subir el monte Irago hacia Foncebadón y la Cruz de Ferro. Pero no fue hasta muy avanzado el ascenso, casi llegando a Foncebadón, cuando pudimos salir de la niebla y contemplar el impresionante mar de nubes que nos rodeaba y nos separaba del resto del mundo (por fin habíamos atravesado el mar de las cañas o el mar Rojo y subíamos al Horeb, al monte de Dios).

Llegamos por fin a la Cruz de Ferro, colocada sobre una muria territorial de origen prerromano y que nos avisa que entramos en el Bierzo, y allí se leyó la entrega de los mandamientos a Moisés, y nos fue entregada a cada uno, una tarjetita plastificada con los mandamientos por un lado y el credo por el otro, para que los guardásemos (en el bolsillo, en la cabeza, en el corazón, y en las entrañas).

Tras algunos coger agua en la fuente próxima, retomamos la marcha; pero a partir de aquí las distancias entre las personas y los minigrupos se hicieron enormes, y las lesiones y problemas físicos se prodigaron, y hasta tal extremo, que algunos tuvieron que bajar en coche desde El Acebo a Molinaseca,

para evitar todas las cuestas y dificultades del descenso. (Las pruebas en el desierto.)

Cuando llegaron los últimos a Molinaseca, los primeros ya estaban más que descansados, y dispuestos para proseguir hasta completar la etapa (la más larga de toda la peregrinación).

Hubo que dilucidar si nos quedábamos allí o continuábamos a Ponferrada, y al final se optó por continuar, pero en este caso, los descansados salieron "corriendo" y los cansados pararon un rato, para luego continuar renqueando.

La llegada a Ponferrada tuvo su momento dramático, cuando el guía de la peregrinación, que iba de "coche escoba" cuidando de no perder a los rezagados, cayó exhausto, a consecuencia de una posible insolación, junto al pretil del puente que da acceso a la ciudad, sin llegar a cruzarlo (al igual que Moisés, que murió avistando la Tierra Prometida, pero sin llegar a cruzar el Jordán). Tuvieron que ir a buscar ayuda para poderlo llevar al centro de la población. (Para este momento, Raúl, de forma espontánea, ya había adquirido por completo el papel de nuestro Josué particular.)

Esa tarde de sábado, la misa dominical en Nuestra Señora de la Encina, nos habló del pastoreo. La primera lectura (*Jer 23, 1-6*), anunciaba: «Yo mismo reuniré el resto de mis ovejas de todos los países por donde las dispersé y las traeré a sus praderas, donde crecerán y se multiplicarán. Pondré sobre ellas pastores que las apacentarán; no temerán ni se amedrentarán, ni volverá a faltar ninguna.» El Salmo 23 (22) repetía: «El Señor es mi pastor, nada me falta.» La segunda lectura (*Ef 2, 13-18*): «Cristo es nuestra paz.» (...) «porque gracias a él unos y otros, unidos en un solo Espíritu, tenemos acceso al Padre.» Y el Evangelio (*Mc 6, 30-34*) concluía: «sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas sin pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas.»

En resumen: Dios es nuestro guía, Cristo nuestro pastor. Él es el que da sentido a todo, colmando el sinsentido del mundo actual.

CUARTA ETAPA

- LA TIERRA PROMETIDA -

(EL LUGAR EN LA VIDA COMO PRIMERA SEGURIDAD)

Descubrir cual es el planteamiento de vida y el lugar en la misma (la Tierra Prometida), que Dios tiene dispuesto para cada uno en concreto, y cómo conseguirlo: es el propósito para esta etapa.

«Honra a tu padre y a tu madre para que vivas muchos años en la tierra que el Señor tu Dios te va a dar.» *(Ex 20, 12)*

«Después de la muerte de Moisés, siervo del Señor, el Señor dijo a Josué, hijo de Nun y colaborador de Moisés: (...) "Sé fuerte y valeroso, porque tú entregarás a tu pueblo en posesión la tierra que juré dar a sus padres. Sé, pues, fuerte y valeroso para cumplir fielmente todo lo que te ordenó mi siervo Moisés; no te desvíes ni a derecha ni a izquierda, y triunfarás en todas tus empresas. Ten siempre en tus labios las enseñanzas del libro de la ley; medítalo día y noche para cumplir exactamente todo lo que está escrito en él. Así prosperarás en todas tus empresas y tendrás éxito. Yo te he mandado que seas fuerte y valeroso. No temas ni te acobardes, porque el Señor tu Dios estará contigo dondequiera que vayas."» *(Jos 1, 1-9)*

«Cuando estaba cerca de Jericó, Josué levantó la vista y vio a un hombre delante de él con la espada desenvainada en la mano. Josué se acercó a él y le dijo: "¿Eres de los nuestros o de los enemigos?" Él respondió: "No, yo soy el jefe del ejército del Señor y acabo de llegar". Cayó Josué rostro en tierra, lo adoró y dijo: "¿Qué órdenes trae mi Señor para su siervo?" El jefe del ejército del Señor le contestó: "Descálzate, porque el lugar que pisas es santo". Y Josué se descalzó.» *(Jos 5, 13-15)*

Para quien nunca ha tenido nada suyo, recibir algo, una tierra, un lugar a qué poder llamar suyo, es algo crucial en su vida. El nómada, el peregrino de la vida, que no se aferra a nada, porque sus primicias son para Dios, recibe como regalo de éste, como puro don, ese lugar, esa tierra prometida con anterioridad: su propia entidad personal, su personalidad de creyente que responde a un nombre único.

Y como Moisés se descalza al pisar la Santidad del "Yo soy" de Dios, Josué se descalza al pisar la santidad del "yo soy" que Dios regala al pueblo de Israel, y así nosotros debemos acoger con humildad ese don gratuito de la santidad que Dios nos obsequia, si seguimos el camino que él nos ha trazado.

No olvidemos todo lo vivido anteriormente, para aprender de ello (honrar a nuestros padres, a nuestras etapas vitales anteriores) y poder llegar así, sin pérdida, a esta tierra de promisión. Habrá que luchar contra el medio alienante que trata de impedirnoslo, pero Dios está con nosotros en todo momento, y dondequiera que vayamos.

El problema empieza, si nos olvidamos que se trata de un don de Dios, y lo consideramos como una conquista nuestra: ("Yo me he hecho a mí mismo",

“yo me busco mis habichuelas o mis garbanzos”, “yo consigo mi realización personal”, “yo..., yo..., yo...”). La búsqueda de seguridades personales al margen de Dios, es uno de nuestros constantes problemas (la tentación que siempre nos amenaza). Contra eso nos advierte Jesús:

«Por eso os digo: No andéis preocupados pensando qué vais a comer o a beber para sustentaros, o con qué vais a cubrir vuestro cuerpo. ¿No vale más la vida que el alimento y el cuerpo que el vestido? Fijaos en las aves del cielo; ni siembran ni siegan ni recogen en graneros, y sin embargo vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Quién de vosotros, por más que se preocupe, puede añadir una sola hora a su vida? Y del vestido, ¿por qué os preocupáis? Fijaos cómo crecen los lirios del campo; no se afanan ni hilan; y sin embargo, os digo que ni Salomón en todo su esplendor se vistió como uno de ellos. Pues si la hierba que hoy está en el campo y mañana se hecha al horno, Dios la viste así, ¿qué hará con vosotros, hombres de poca fe? Así que no andéis preocupados diciendo: ¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Con qué nos vestiremos? Esas son cosas que inquietan a los paganos. Ya sabe vuestro Padre celestial que las necesitáis. Buscad ante todo el reino de Dios y lo que es propio de él, y Dios os dará lo demás. No andéis preocupados por el día de mañana, que el mañana traerá su propia preocupación. A cada día le basta su propio afán.» *(Mt 6, 25-34)*

Pues desde esta perspectiva, ¿cómo valoramos el afán que todos tenemos por conseguir un puesto en la sociedad, un lugar y una misión en la vida? ¿Nos apropiamos de ese “Isaac”, de ese regalo de Dios, o lo administramos para Dios?

La conquista de la Tierra Prometida fue llevada a cabo por Josué, el primero de los jueces de Israel, y se inició hacia el año 1220 antes de Cristo. A partir de su muerte, y de la desaparición de su generación, la dispersión de las tribus se hizo evidente; así como el olvido de los mandatos del Señor, cayendo en la idolatría. Surgieron otros líderes carismáticos (los llamados jueces, como Gedeón o Sansón), que influyeron en la vida del pueblo, aunque de manera parcial, dada la fragmentación en tribus. El último de los jueces fue Samuel, que pone fin a esta época más bien prosaica, belicosa y oscura, al consagrar al primer rey de Israel hacia el año 1030 antes de Cristo.

De forma similar, la Iglesia, tiene aquí su periodo prosaico, belicoso (evangélicamente hablando) y oscuro: El emperador Constantino cedió al Papa el palacio de Letrán y la ciudad de Roma, construyéndose él otra en Bizancio, sobre el Bósforo, que llamó Constantinopla, y al final de su vida se bautizó. Sus sucesores siguieron en esa línea, y en poco tiempo el Cristianismo era la religión oficial del Estado, quedando prohibido el culto pagano. El Cristianismo se difundió rápidamente por todo el Imperio, y tras sufrir las invasiones de los pueblos bárbaros, acabó por cristianizarlos también.

Es el periodo de la fundación del monacato por San Benito (480-543), de la importancia del papado con San Gregorio I, el Grande (540-604), de las Etimologías de San Isidoro (560-636), de la constitución del Ducado Romano con los terrenos donados al Papa, y posteriormente, de la República de los Romanos (y del surgimiento del Islam, en el año 622, fecha de la Hégira de Mahoma). Dos concilios ecuménicos (el V y el VI), se dan en esta época: el II y III concilios de Constantinopla. (Años 553 y 680, respectivamente.)

En resumen: La Iglesia también conquista su "tierra prometida" que es toda la gentilidad, pero a la par, comete los mismos errores que Israel; buscándose a sí misma un lugar social, un poder terrenal, y otras idolatrías varias. Incluso con una intención equivalente a la de Abrahán, que buscaba soluciones "lógicas", para que se pudiera llevar a cabo la promesa de Dios dentro de sus "esquemas mentales", sin llegar a fiarse del todo del poder de Dios, que va "más allá". (Actitudes que el creyente repite en su peregrinaje por la vida.)

Respecto a nuestra etapa de Ponferrada a Villafranca del Bierzo, la situación se desarrolló en términos muy parecidos a los descritos: El comienzo fue un tanto hostil, porque cierto mocerío ponferradino que iba de recogida de su farra nocturna, nos gritó e increpó machaconamente en inglés: "pilgrims go home!"; para acabar añadiendo: "¡hijos de p...!", por lo que uno de nosotros les tuvo que recordar que todos tenemos la misma Madre; pero la cosa no pasó de ahí. También hubo ocasión de heroicidades como la de David, que se resintió de su rodilla, pero no cejó en su empeño de llegar a destino por su pie, y aun el último y solo, lo alcanzó a las tres de la tarde. Ese día se marcaron mucho los grupitos: en la marcha, a la hora de comer, en las visitas, en las actividades..., incluso los lesionados estaban dudando si continuar o no. Ni siquiera en la Eucaristía, que celebramos en la iglesia del monasterio de la Anunciada, junto a la tumba de San Lorenzo de Brindis, y en la víspera de su festividad: estuvimos todos.

También ese día, Raúl, cumplía veinte años, así que se le bendijo colectivamente con la siguiente fórmula: «El Señor te bendiga y te guarde; el Señor haga brillar su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor te muestre su rostro y te dé la paz. El Señor te bendiga en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.» (*Nm 6, 24-26; Mt 28, 19*)

Los que habían planteado su regreso a Madrid, pensando que no podían resistir más el camino, gracias al buen hacer de Silvia, optaron por quedarse dos días más, recuperándose, en la base de acampada de Villafranca, para luego reunirse con el resto del grupo en Sarria (destino de la séptima etapa). Así, esa noche, nos despedimos de Gema, de su prima Nuria, de Silvia, de su amiga Yolanda, de David y de Luis; ya que al día siguiente, los demás nos levantaríamos aún de noche, para iniciar la marcha al alborar. (Salvo Gema, que contaba quince años, el resto de los que se quedaron andaba en la veintena bien cumplida.)

QUINTA ETAPA

- EL REY -

(EL PRESTIGIO COMO SEGUNDA SEGURIDAD)

Para conseguir el propósito pensado para esta jornada, cada uno habrá de procurar dar respuesta a las siguientes preguntas: ¿Por qué nos instalamos y buscamos prestigio? ¿En qué cosas lo hago yo concretamente? ¿En qué consiste el verdadero prestigio, la verdadera realeza?

«Cuando Samuel se hizo viejo, nombró a sus hijos jueces de Israel. Su hijo mayor se llamaba Joel, y el menor, Abías; actuaban como jueces en Berseba. Pero sus hijos no se comportaron como él, sino que se dejaron llevar por el afán de lucro, aceptando sobornos y violando la justicia. Por eso, todos los ancianos de Israel se reunieron, fueron a ver a Samuel a Ramá, y le dijeron: "Mira, tú ya eres viejo y tus hijos no se comportan como tú. Así que nómbranos un rey para que nos gobierne, como se hace en todas las naciones".

A Samuel le desagradó que pidiesen un rey para que los gobernara, y se puso a invocar al Señor. Pero el Señor le dijo: "Haz caso al pueblo en todo lo que te diga, porque no te rechazan a ti; es a mí a quien rechazan; no me quieren como rey. Así se han portado conmigo desde el día en que los saqué de Egipto hasta hoy; me han abandonado para dar culto a dioses extranjeros, y así hacen también conmigo. Atiende a su ruego, pero adviértelos bien y dales a conocer el estatuto del rey que va a reinar sobre ellos".

Samuel transmitió lo que le había dicho el Señor al pueblo, que le pedía un rey. Y les dijo: "Así gobernará el rey que va a regirnos: tomará a vuestros hijos y los pondrá al servicio de sus carros y sus caballos, haciéndolos correr ante su carroza; los empleará como jefes y capataces; les hará trabajar sus campos, segar sus mieses, fabricar sus armas de guerra y los arreos de sus carros. A vuestras hijas las tomará para perfumeras, cocineras y panaderas. Os quitará vuestros mejores campos, viñas y olivares para dárselos a sus servidores. Os exigirá los diezmos de vuestras mieses y vuestras viñas para dárselo a sus cortesanos y ministros. Se adueñará de vuestros siervos y siervas, de vuestros bueyes y asnos para emplearlos en sus trabajos. Os exigirá el diezmo de vuestros rebaños, y vosotros seréis sus esclavos. Entonces gritaréis contra el rey que vosotros mismos habéis elegido, pero el Señor no os responderá".

El pueblo no quiso escuchar a Samuel, e insistió: "No, queremos tener un rey. Así seremos como las demás naciones. Nuestro rey nos gobernará, y marchará al frente de nosotros para luchar en la guerra".

Samuel escuchó las palabras del pueblo y se las transmitió al Señor. El Señor le respondió: "Atiende a su ruego y nómbrales un rey".» (1 Sm 8, 1-22)

El querer ser "alguien" entre las naciones, tener seguridades de gobierno, el "prestigio" como pueblo, lleva a Israel a desear tener un rey, como las demás naciones, que estructure el estado.

Y en la historia de la Iglesia ocurre algo equivalente, y con todos los territorios donados al Papa que formaban la República de los Romanos, se constituyen, en el año 755, los Estados Pontificios; con lo que el Papa se convierte en jefe de estado: en rey; y queriendo emular las estructuras del Imperio Romano, en "emperador". Pero estando todavía amenazada esta situación por otros reinos temporales, el Papa decide consagrar un emperador que se ocupe de la defensa y los asuntos del mundo, con lo que funda el Sacro Imperio Romano, coronando a Carlomagno (nuestro rey David del año 800), como emperador de toda la cristiandad.

Nosotros también huimos de la humildad y nos buscamos a nosotros mismos, queriendo emular a tantos otros como se buscan a sí mismos en todo lo que hacen; con lo que perdemos nuestra verdadera identidad que nos viene de Dios. Preferimos la apariencia, el prestigio, el quedar bien, a la sencillez de la verdad. Queremos afianzar nuestra identidad, nuestro lugar en el mundo, nuestra misión, a toda costa; pero al margen de Dios (a la medida humana).

No hubo de pasar mucho tiempo para que las advertencias que Samuel hizo a su pueblo se cumplieran en Saúl, el primer rey de Israel; así que viendo los desmanes, Samuel recibió el encargo de Dios de nombrar otro rey, ungiendo a David, el hijo más pequeño de Jesé, de la tribu de Judá. Tras diversas vicisitudes y persecuciones por parte de Saúl, a la muerte de éste, David es aceptado como rey, por todas las tribus, en el año 1000 antes de Cristo. Conquistó Jerusalén a los jebuseos y la convirtió en la capital del estado, extendiendo el reino a límites no conseguidos hasta entonces (ni con posterioridad); pero, entre otras cosas, tuvo que sufrir la rebelión de su hijo Absalón y conocer la muerte de éste.

Jesús nos advierte contra este proceder:

«También se produjo entre ellos una discusión sobre quién debía ser considerado el más importante, Jesús les dijo: "Los reyes de las naciones ejercen su dominio sobre ellas, y los que tienen autoridad reciben el nombre de bienhechores. Pero vosotros no debéis proceder de esta manera. Entre vosotros, el más importante ha de ser como el menor, y el que manda como el que sirve. ¿Quién es más importante el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Pues bien, yo estoy entre vosotros como el que sirve. Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas. Y yo os hago entrega de la dignidad real que mi Padre me entregó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa cuando yo reine, y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel."» (*Lc 22, 24-30*)

La verdadera realeza es la que sirve, y no la que es servida. Cierto que nos asaltará la tentación, cuando miremos el mundo desde lo alto, para decirnos como a Jesús: «Todo esto te daré si postrado ante mí me adoras». Pero, también como Jesús, nos libraremos de ella si respondemos: «Adorarás al Señor tu Dios y a Él solo servirás». (*Mt 4, 9 y 10*)

En nuestra peregrinación parroquial, este día debíamos llegar a El Cebrero (O Cebreiro) desde Villafranca del Bierzo: una etapa de continua ascensión, suave al principio, pero de enorme dureza al final, y caminando por carretera hasta pasada la mitad del trayecto. En Vega de Valcarce compramos la comida, y a partir de aquí, empezaron a surgir las distancias entre grupos, y eso, a pesar de que los lesionados se habían quedado en Villafranca. En la fuente de

Herrerías se produjo el último contacto, ya que algunos prefirieron no pararse, al acercarse lo más duro del camino. Se quedó que nos reuniríamos en la base del ascenso a La Faba, pero cuando llegó el segundo grupo, el primero ya no estaba, temiendo no aguantar la empinada cuesta si se paraban. El segundo grupo decidió parar para comer allí mismo, en la sombra, para no realizar el ascenso a pleno sol de mediodía, y que no ocurriera lo mismo que a la entrada a Ponferrada.

El primer grupo esperó al segundo en La Faba, pero viendo que no aparecía, optó por continuar. Conchi y Ángela sintieron la ayuda de Dios en ese tramo: Cada vez que creían no aguantar más, abrumadas por el ardiente sol, una nubecilla acudía en su auxilio y les concedía nuevas fuerzas para un trecho más, y así consiguieron alcanzar la cumbre del Cebrero, donde comieron. Don Jesús, con sus "botas de siete leguas" parecía incombustible, y allí que llegó en el grupo de cabeza.

Sin embargo, los seis restantes que se quedaron al pie de la subida, estaban tan reposaditos en la sombra (eso sí, en pendiente, pero en la sombra), que hasta se echaron una siesta tras la comida, haciendo tiempo para que aflojara el sol; pero percatándose uno que no dormía de la tormenta que se aproximaba, puso a todos en marcha. Y la tormenta se acercaba, y se acercaba, pero no acababa de llegar, con lo que les dio tiempo a sobrepasar La Faba y salir de la arboleda, dando oportunidad al sol de ejercer de nuevo su acción.

Beatriz y María Jesús (Chus) iban hablando sobre lo poco que les estaba costando subir a pesar de los problemas que habían tenido antes, y de cómo Dios les ayudaba a ello y a soportar el calor reinante, mandando la brisita que les aliviaba en el momento oportuno, y parándose un momento, oyeron una voz salir de una retama de más adelante que les decía: "Pero qué hacéis ahí al sol, veníos a la sombra". Ellas se impresionaron mucho porque parecía una voz venida de "no se sabe donde", pero llegando hasta la retama pudieron ver los pies de Humberto que se guarecía del sol.

La tormenta parecía pasar de refilón, amenazante de nuevo no acababa de descargar (afortunadamente). Cristian, nuestro veloz peregrino, decidió coger su paso y se le perdió de vista. Unas gotas a la altura de la Laguna de Castilla fue todo lo que nos llegó de los nubarrones. Cuando alcanzamos El Cebrero nos dio la impresión que todas las amenazas de lluvia por fin se cernían sobre el tramo dejado atrás.

Desde la cresta se contemplaba, con sólo recorrer unos pasos, tanto una vertiente como la otra, con su extraordinario paisaje ("Todo esto te daré si postrado ante mí me adoras"); y resultaba curiosa por su simbolismo, la situación de la aldeíta como centro de peregrinación, ya que en su iglesia prerrománica del siglo IX se guardan las reliquias del milagro de la transformación, en carne y sangre visibles, de las especies de pan y vino, que ocurrió en aquel lugar en el siglo XIV; conservándose el cáliz y la patena originales (cáliz que preside el escudo de Galicia), y el relicario donado por los Reyes Católicos en 1486 conteniendo las especies sacramentales transformadas. («Adorarás al Señor tu Dios y a Él sólo servirás».)

Dado lo tarde de la llegada, ya no había cama para nuestro grupo de cola en el albergue, así que los del grupo de cabeza decidieron cederles las suyas y

ellos probar el duro suelo. (Además de la reprimenda por tenerles preocupados sin saber de ellos.)

Mostrada la ineficacia del guía de la peregrinación en cuanto a dotes de mando y conseguir la unidad del grupo, y como ese día había que elegir "rey" de la peregrinación, se votó a Raúl para tal función organizativa.

SEXTA ETAPA

- EL TEMPLO -

(LAS DEVOCIONES COMO TERCERA SEGURIDAD)

El propósito de la jornada consiste en valorar las seguridades espirituales a las que nos aferramos, preguntándonos: ¿Por qué y para qué tratamos de domesticar a Dios metiéndole en esquemas o lugares "seguros" donde encontrarle? ¿Cuándo trato yo de comprar a Dios o encasillarle o ponerle a mi servicio para que haga mi voluntad?

«Cuando David se estableció en su palacio y el Señor le dio paz con todos sus enemigos de alrededor, dijo al profeta Natán: "Yo vivo en una casa de cedro, mientras que el arca del Señor está en una tienda". Natán le dijo: "Haz lo que te propones porque el Señor está contigo".

Pero aquella misma noche el Señor dirigió esta palabra a Natán: "Ve a decir a mi siervo David: Esto dice el Señor: ¿Eres tú quien me va a construir una casa para que viva en ella? Yo no he habitado en una casa desde el día en que saqué de Egipto a los israelitas hasta hoy. He estado peregrinando de un sitio a otro en una tienda que me servía de santuario. Durante todo el tiempo que he caminado con ellos, ¿pedí yo acaso a uno solo de los jueces de Israel, a quienes mandé pastorear a mi pueblo Israel, que me edificaran una casa de cedro? Por tanto di a mi siervo David: Así dice el Señor todopoderoso: Yo te tomé de la majada, de detrás de las ovejas, para que fueras caudillo de mi pueblo, Israel. He estado contigo en todas tus empresas, he exterminado delante de ti a todos tus enemigos; yo haré que tu nombre sea como el de los grandes de la tierra. Asignaré un lugar a mi pueblo Israel y en él lo plantaré, para que lo habite y no vuelva a ser perturbado, ni los malvados lo opriman como antes, como en el tiempo en que yo establecí jueces sobre mi pueblo Israel; te daré paz con todos tus enemigos. Además, el Señor te anuncia que te dará una dinastía. Cuando hayas llegado al final de tu vida y descanses con tus antepasados, mantendré después de ti el linaje salido de tus entrañas, y consolidaré tu reino. Él edificará una casa en mi honor y yo mantendré para siempre su trono real. Seré para él un padre y él será para mí un hijo. Si hace el mal, yo lo castigaré con varas y golpes como hacen los hombres. Pero no le retiraré mi favor, como se lo retiré a Saúl, a quien rechacé de mi presencia. Tu dinastía y tu reino subsistirán para siempre ante mí, y tu trono se afirmará para siempre".

Natán comunicó a David estas palabras y esta visión.» (2 Sm 7, 1-17)

El arca de la alianza era el lugar a través del cual Dios hablaba, y era algo así como el equivalente a su trono. Fue mandada construir por Moisés en el desierto, y entre sus características (dadas por Dios a Moisés), debía tener cuatro argollas, para introducir por ellas dos varas, que permitieran su transporte; pero dichas varas, debían estar siempre puestas aunque el arca estuviera quieta en un sitio determinado. Es decir: era un arca siempre dispuesta a la marcha y sin lugar fijo de residencia; o lo que es lo mismo: era

un arca peregrina por definición. Y además, colocada en una tienda de campaña, indicativa de tal situación peregrina no aferrada a los lugares y las cosas. Buscar una seguridad, un templo seguro, aferrado a la tierra, es, en principio, una incoherencia con el diseño e intención del arca. Situación que la samaritana plantea a Jesús:

«Señor, veo que eres profeta. Nuestros antepasados rindieron culto a Dios en este monte; en cambio vosotros, los judíos, decís que es en Jerusalén donde hay que dar culto a Dios». Jesús respondió: «Créeme, mujer, está llegando la hora, mejor dicho, ha llegado ya, en que para dar culto al Padre, no tendréis que subir a este monte ni ir a Jerusalén. Vosotros, los samaritanos, no sabéis lo que adoráis; nosotros sabemos lo que adoramos porque la salvación viene de los judíos. Ha llegado la hora en que los que rinden verdadero culto al Padre, lo adoran en espíritu y en verdad. El Padre quiere ser adorado así. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad». La mujer le dijo: «Yo sé que el Mesías, es decir, el Cristo, está a punto de llegar; cuando él venga nos lo explicará todo». Entonces Jesús le dijo: «Soy yo, el que está hablando contigo».» (*Jn 4, 19-26*)

Y por si había alguna duda, San Pablo acaba de aclararlo:

«¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él, porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros.» (*1 Cor 3, 16-17*)

La tienda del santuario en que se colocaba el arca, es el propio peregrino, y el arca de la alianza (el continente de la amistad con Dios y donde Él habla: su trono), es el centro de ese peregrino: su "yo soy" que contiene el "Yo soy" de Dios con el que se comunica. Ahí está el espíritu y la verdad de Dios, y ahí es donde hay que adorarlo, es decir: amarle y obedecerle. Es, pues, comprensible que María sea el Arca de la Nueva Alianza por antonomasia: Un arca viva, y de carne y hueso. Y que Jesucristo pueda decir con rotundidad: «El que se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos. El que acoge a un niño como este en mi nombre, a mí me acoge (*Mt 18, 4-5*); y el que me acoge a mí, no es a mí a quien acoge, sino al que me ha enviado.» (*Mc 9, 37*)

En consecuencia, todo lo que hagamos a todo templo de Dios andante, a Cristo se lo hacemos.

El rey David no pudo construir un templo para Dios (un lugar seguro y firme donde encontrarle), pero sí lo hizo Salomón, su hijo, que reinó entre los años 961 al 922 antes de Cristo. Con lo que el Templo se convirtió en el único lugar válido donde encontrar a Dios y rendirle culto.

Pero la construcción de un templo así, requiere la colaboración y el consenso de todo el pueblo; por eso la Iglesia levanta su Templo en los concilios ecuménicos, sentando principios y leyes. Los dos últimos de la edad antigua fueron el II Concilio de Nicea en el año 787 y el IV de Constantinopla en el 869 (VII y VIII ecuménicos, respectivamente).

La amistad de Dios, la alianza, es gratuita, y en consecuencia, no se deja comprar ni manipular en función de nuestros intereses. Él se deja encerrar en ese Templo (se deja domesticar), siempre y cuando no nos apropiemos de Él como cosa nuestra y para nuestras conveniencias. La amistad no es un negocio sino una donación, no es una compraventa, sino amor. ¿Cuánto cuesta el kilo

de gracia de Dios? ¿Dios es, tanto en cuanto *nos vale* (nos es útil, y si no, no es? Cuantos piensan que lo que no nos vale, lo que no nos es útil, no es de Dios, y en consecuencia, Dios no está en todo lo considerado como despreciable.

Y si David tuvo de sucesor a Salomón, el Sacro Imperio Romano fue sucedido por el Sacro Imperio Romano Germánico en el año 962. Y si los judíos pensaban que sólo en el Templo estaba Dios y sólo allí se le podía dar culto, nosotros pensamos que sólo en el sagrario está Dios y sólo allí se le puede dar culto (y lo mismo con los ritos y normas varias). Pero frente a esa creencia controladora y domesticadora de Dios, están las palabras de Jesús a la samaritana (la protestante de hoy en día, según veremos): «Ha llegado la hora en que los que rinden verdadero culto al Padre, lo adoran en espíritu y en verdad.»

En nuestra etapa desde El Cebrero a Triacastela partimos con niebla, que nos acompañó gran parte del trayecto, pero que al no ser espesa, permitía una visión suficiente del camino, incluso del paisaje. Al principio, el propósito de unidad se mantuvo, pero los problemas físicos y la reaparición de las lesiones se encargaron de minarla, con lo que la disgregación volvió a presentarse; aunque eso no impidió que fuéramos llegando todos, a buena hora, a Triacastela.

Ese día decidimos saltarnos la austeridad (forzosa en algunos) y comer todos juntos "a mesa puesta" en un restaurante-bar de la localidad (cosa que no ocurría desde Rabanal del Camino). Tras la comida se realizó una singular votación: Cada uno tenía que escribir en un papelito, de forma secreta, el camino que prefería seguir al día siguiente, ya que se nos presentaban dos opciones: o ir por el campo hasta Sarria, o ir por carretera, visitando el monasterio de Samos. Pero además de la palabra "Samos" o "campo", cada uno debía escribir su nombre. Sólo el guía de la peregrinación estaba exento de votar por una razón que explicaría tras el resultado.

Hubo cinco votos por Samos, los de Ángela, Conchi, Pilar, Federico (marido de Pilar), y Don Jesús. Y otros cinco por el campo, los de Beatriz, María Jesús, Maite, Cristian y Raúl. Curiosamente todos los mayores de cincuenta preferían ver el monasterio, y los de veinte para abajo, el campo.

El guía explicó que cada uno debía ir por donde había elegido, porque el día siguiente era el día del cisma, y que él optaba por los que parecía que le iban a necesitar más: por los pequeños. (Él, que pretendía con la votación secreta, romper los grupos preestablecidos, no lo consiguió sino al revés.) Además avisó que ese día, también dormiríamos en lugares separados: los de Samos en Sarria, y los del campo en Barbadelo, unos kilómetros más allá de Sarria; y que no nos reuniríamos de nuevo hasta el final de la octava etapa en Puertomarín (Portomarín).

Ese día teníamos visita obligada al templo, dado el tema que nos correspondía, pero resultó que la iglesia de Triacastela estaba en obras, y para suplirla se había habilitado un local sin acondicionar en el centro de la población (en el que se veía la provisionalidad de todo, como en la tienda de la reunión con el arca peregrina), así que celebramos allí la eucaristía a la hora de la tarde que se acostumbraba en el lugar, quedando sorprendidos de que sólo dos lugareños acudieran a la misa. (El cura nos explicó que ése era el problema del pueblo, y que era muy de agradecer nuestra participación y testimonio.)

El tema del día, prácticamente no pudimos tratarlo, pero en su lugar, las lecturas de la misa nos hablaron del paso de los hebreos por el Mar Rojo con la acción milagrosa de Dios (*Ex 14, 21—15, 1* y *Sal Ex 15*), y en el Evangelio (*Mt 12, 46-50*) Jesús respondía que su madre y sus hermanos son aquellos que cumplen la voluntad del Padre celestial.

En cuanto a los que habían quedado en Villafranca, en esta jornada, todos (incluso Luis, que tenía proyectado desde el principio volverse a Madrid desde Sarria, porque tenía que estudiar y no podía “perder” más días), cogieron el autocar que les condujo a Piedrafita, y desde allí fueron andando hasta El Cebrero, donde pasaron la noche, esperando tomar el autocar para Sarria al día siguiente. Silvia era la encargada de llevar los temas, para lo que había tomado notas y citas la noche de la separación, y estaba muy contenta de cómo estaban resultando las cosas y de la participación de todos; (situación que contrastaba mucho con la que vivíamos en Triacastela).

Pilar fue quien se responsabilizó de los temas en el grupo de “Samos”, mientras que durase la separación. (Aunque la separación ya comenzó esa misma noche, porque “casualmente” el grupo de “Samos” dormía en un lugar aparte, y un tanto aislado, en el albergue; separado de los del grupo del “campo”. Y, además, ellos no tendrían que madrugar tanto como los segundos.)

SÉPTIMA ETAPA

- EL CISMA Y LOS PROFETAS -

(LA DISCORDIA)

Revisar los motivos de discordia y preguntarse: ¿Qué me lleva a mí a separarme de los otros y a la discordia? ¿Qué es lo que fomenta la enemistad y el odio? ¿Qué puedo hacer yo para cambiar?: Es el propósito para esta jornada.

Salomón, a pesar de ser reconocido por su sabiduría, al final de sus días fue infiel a Dios, entregándose a la idolatría y oprimiendo al pueblo. Su hijo, Roboán, todavía quiso oprimirlo más, motivo por el cual diez de las tribus decidieron no aceptarle como rey y nombrar a Jeroboán como rey de Israel. Así Roboán quedó sólo como rey de Judá y Jerusalén (Benjamín), dando origen al Reino de Judá; mientras que Jeroboán lo fue del resto, que constituyó el Reino de Israel.

Jeroboán, viendo que si el pueblo iba al Templo de Jerusalén acabaría por aceptar a Roboán, decidió instaurar dos lugares de culto en su territorio, colocando unos becerros de oro para que el pueblo fuera a adorar a Dios allí, y no a Jerusalén. Esta decisión llevó implícito un nuevo culto y unos nuevos sacerdotes que podían ser de cualquier tribu, y no sólo levitas. Decisión que a su vez condujo a los levitas disconformes (que eran la mayoría), a abandonar sus ciudades y trasladarse a Judá.

Así quedó establecido el cisma en Israel en el año 930 antes de Cristo, dando origen a dos reinos que se perpetuarían en el tiempo. (*cf. 1 Re 12, 1-33 y 2 Cron 11, 13-17*)

Y a la Iglesia le ocurrió tanto de lo mismo: Tras un primer intento entre los años 857 a 886 (algo que podía equivaler a la rebelión de Absalón contra su padre, David), las aguas volvieron a su cauce hasta los años 1054 a 1059 en que se consumó el cisma. Las Iglesias de oriente, las más antiguas, que siempre habían conservado su autonomía, veían amenazadoramente el creciente control de Roma y el poder del Papa, y optaron por no reconocer su autoridad, siguiendo al patriarca de Constantinopla que había cruzado con el Papa de Roma excomuniones mutuas. Este cisma aún no resuelto, dio origen a la Iglesia ortodoxa por un lado, y a la Iglesia romana o propiamente católica por el otro. Iglesia ortodoxa, formada a su vez por la reunión de varias Iglesias autónomas (Iglesia griega, Iglesia rusa, etc.), frente a la Iglesia católica, constituida o coordinada en un solo bloque, con el Papa, sucesor de San Pedro, como cabeza visible de esa unidad.

El paralelismo entre la Iglesia ortodoxa y el Reino de Israel, y entre la Iglesia católica y el de Judá, resulta bastante evidente.

El Reino de Israel, con capital en Siquén, se prolongó durante 205 años, y en ese tiempo contó con la presencia de profetas como Elías, Eliseo, Amós, Oseas..., que mantuvieron la llama del Dios verdadero frente a las desviaciones de reyes y pueblo.

Sin embargo el Reino de Judá, con capital en Jerusalén, pervivió mucho más: 400 años; y también contó con la presencia de profetas como Isaías, Miqueas y Jeremías.

En la Iglesia (y centrándonos ya en la Católica), este periodo incluye las cruzadas, que se extienden desde el año 1095 al 1192, y que abren paso al de los grandes santos y fundadores (que son el equivalente a los profetas del Antiguo Testamento). Así aparecen: San Anselmo, San Bernardo, San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán, San Simón Stok (carmelitas), Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura (que muere en el año 1274, año del II Concilio de Lyon en el que, entre otras cosas, se instituye la Inquisición), San Alberto Magno, y otros.

Todo esto nos trae a la memoria las palabras de Cristo:

«Habéis oído que se dijo a nuestros antepasados: “No matarás”; y el que mate sea llevado a juicio. Pero yo os digo que todo el que se enfade con su hermano será llevado a juicio, el que lo llame estúpido será llevado a juicio ante el sanedrín, y el que lo llame impío» (no piadoso, no creyente) «será condenado al fuego eterno. Así pues, si en el momento de llevar tu ofrenda al altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelve y presenta tu ofrenda. Trata de ponerte a buenas con tu adversario mientras vas de camino con él; no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último céntimo.» (Mt 5, 21-26)

Hay que pensarse muy en serio si en la discordia no hay mucho de egoísmo (del llamado amor propio), de búsqueda de uno mismo y de nuestros propios propósitos, en vez de amor desinteresado y apertura a la voluntad de Dios. (Eso sí, siempre cargado de razones, ¡por supuesto!, y de poderosas razones, además. Siempre hay razones para justificar lo que sea.) Ciertamente que el asunto no depende sólo de una parte, pero, al menos, por la nuestra, hagamos las cosas como Dios manda.

También esta discordia, esta división se produce en el propio corazón del creyente cuando tiene que optar por Dios o por el mundo, cuando se juega su lugar en la vida, su prestigio personal y sus devociones (“tierra prometida, rey y templo”), y en vez de considerarlos como un don de Dios, los atesora como una conquista personal propia: Ése es nuestro cisma interior.

«No acumuléis tesoros en esta tierra, donde la polilla y la carcoma echan a perder las cosas, y donde los ladrones socavan y roban. Acumulad mejor tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni la carcoma echan a perder las cosas, y donde los ladrones no socavan ni roban. Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.»

El ojo es la lámpara del cuerpo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo está iluminado; pero si tu ojo está enfermo, todo tu cuerpo está en tinieblas. Y si la luz que hay en ti es tiniebla, ¡qué grande será la oscuridad!

Nadie puede servir a dos amos; porque odiará a uno y querrá al otro, o será fiel a uno y al otro no le hará caso. No podéis servir a Dios y al dinero.» (Mt 6, 19-24)

Y como aun así, nosotros procuramos mantener pese a todo nuestras seguridades, Dios nos manda advertencias (profetas y santos) para corregir el enfoque. ¿Qué o quién actúa como profeta con nosotros? ¿Con cada uno?

En lo referente a nuestra etapa cismática de 1997, el grupo del "campo" madrugó más, y a la salida de Triacastela tomó el camino de San Gil (San Xil), un bucólico camino entre castaños y otras especies forestales; y sin incidentes de mención, en una etapa cómoda y agradable, llegó a Sarria.

Por su parte, el grupo que venía en autocar desde El Cebrero, hizo lo propio, llegando a Sarria el primero, dándoles tiempo a comprar su comida, hacer turismo y descansar, cogiendo sitio con sus mochilas en la cola del albergue, para guardárselo a los que venían por Samos.

El grupo de "Samos" pudo visitar el monasterio, del que salieron encantados, encaminándose hacia Sarria, pero en lugar de seguir todo el tiempo la carretera, se metieron en un camino, pensando que ésa era la ruta adecuada y que acortaban, y lo que pasó es que se perdieron. En esa pérdida estuvieron unas dos horas hasta que lograron reorientarse gracias a la ayuda de algún lugareño (como los profetas que corregían las desviaciones del pueblo). Al final también hicieron su aparición en Sarria, donde aún esperaban los dos grupos anteriores, que preocupados por la tardanza, no se habían marchado.

El encuentro entre los dos primeros grupos en la plaza situada junto a la iglesia de Santa Marina fue muy emotivo, así como luego con el tercero (aunque con estos últimos, dado que traslucían el cansancio y la preocupación, fue más deslucido).

El grupo que venía más descansado y que estaba deseando andar (salvo Silvia y Yolanda que permanecieron en Sarria), salió inmediatamente rumbo a Barbadelo, y el de "por el campo" un poco más tarde.

Tras cruzar el pequeño pero tupido bosque a la salida de Sarria, dar un pequeño rodeo por una zona de cultivo, y seguir un poco por una carretera (unos 6 km), se llega al albergue de Barbadelo. Pero cuando llegó el segundo grupo, el primero les avisó que ya no había sitio ni en el suelo; y como la hospitalera insistiese en que no nos podíamos quedar nadie a dormir al raso, el primer grupo optó por dejar el sitio al segundo, y dado que estaban más descansados, seguir hasta el siguiente albergue en Ferreiros. Y así lo hicieron, alcanzando su destino al anochecer, y pudiendo dormir en cama.

El suelo de la cocina, tras esperar que se dejara de utilizar y sacar mesas y sillas, sirvió de acomodo a ese segundo grupo.

¡Por si no quedaba claro el cisma con lo hecho a propósito, venían los "imponderables" a confirmarlo!

Los únicos que vieron algo del tema de ese día fueron los que se quedaron en Sarria.

OCTAVA ETAPA

- EL DESTIERRO - (EL FRACASO COMO FALLO DE TODAS LAS SEGURIDADES)

El propósito para esta jornada consiste en plantearse y procurar dar respuesta a las siguientes cuestiones: ¿Por qué Dios consiente el fracaso y el sufrimiento y nos abandona cuando más le necesitamos? ¿Al sufrimiento y al fracaso se le puede sacar algo bueno? ¿Qué bueno puede tener que fallen todos nuestros apoyos y seguridades?

«El rey de Asiria invadió todo el país y cercó Samaria por espacio de tres años. El año noveno de Oseas, el rey de Asiria conquistó Samaria y se llevó cautivos a los israelitas estableciéndolos en Jalaj, junto al Jabor, río de Gozán, en las ciudades de Media.» (...)

«El rey de Asiria trajo gentes de Babilonia, de Cutá, de Avá, de Jamat y de Sefarvaín y repobló con ellas las ciudades de Samaria, para sustituir a los israelitas. Ocuparon Samaria y se asentaron en sus ciudades.» (...) «Entonces vino uno de los sacerdotes deportados de Samaria, fijó su residencia en Betel y les enseñaba a dar culto al Señor.» (...) «Pero ellos no se sometieron, sino que siguieron practicando sus antiguas costumbres, de modo que aquellas gentes daban culto al mismo tiempo al Señor y a sus ídolos. Y sus descendientes siguen haciendo lo mismo hasta el día de hoy.» (2 Re 17, 5-6.24.28.40-41)

El Reino de Israel fue conquistado por los asirios entre los años 722 a 705 antes de Cristo. Gran parte del pueblo fue desterrado a Media y también a Nínive, una pequeña porción permaneció en el territorio, que al mezclarse con los deportados de otros pueblos a esta región, darán origen a los samaritanos de la época de Jesús; y otro resto pasó al Reino de Judá, que pervivió aun doscientos años más.

La influencia asiria era tan grande, que el rey Manasés de Judá que reinó entre los años 696 a 642 antes de Cristo, introdujo las divinidades asirias en el Templo de Jerusalén.

En el año 621 antes de Cristo, en tiempos del rey Josías, se produce el hallazgo del Deuteronomio en el templo, y Josías inicia una restauración que no le sobrevivió.

El año 609 aC. el reino de Judá cae en poder egipcio, y en el 597 aC., Nabuconodosor, toma por primera vez Jerusalén, saquea el templo y se produce la primera deportación a Babilonia (en la que va el profeta Ezequiel).

«Sedecías comenzó a reinar a los veintiún años y reinó once años en Jerusalén. Ofendió con su conducta al Señor su Dios y no hizo caso al profeta Jeremías que le hablaba en nombre del Señor. Se rebeló contra el rey Nabuconodosor, al cual había prestado juramento de fidelidad en el nombre del Señor. Terco y obstinado, no quiso convertirse al Señor, el Dios de Israel.

Del mismo modo todos los jefes de los sacerdotes y el pueblo pecaron sin cesar, practicando las abominaciones idolátricas de las naciones y contaminando el templo que el Señor se había consagrado en Jerusalén. El Señor, Dios de sus antepasados, en su afán de salvar a su pueblo y a su templo, les envió continuos mensajeros. Pero se burlaron de ellos, menospreciaron sus palabras, y se burlaron de sus profetas, hasta colmar la ira del Señor contra su pueblo, hasta tal punto que ya no hubo remedio.

El Señor mandó contra ellos al rey de los caldeos, que mató a espada a sus jóvenes en el santuario mismo, sin perdonar a nadie, ni muchacho ni doncella, ni anciano ni anciana: Dios entregó a todos en su poder. Nabuconodosor se llevó a Babilonia todos los objetos del templo de Dios, grandes y chicos, los tesoros del templo, los del rey y los de sus jefes. El templo del Señor fue pasto de las llamas, las murallas demolidas, los palacios incendiados y todos los objetos preciosos destruidos. Nabuconodosor deportó a Babilonia a los que habían escapado de la espada, los cuales pasaron a ser esclavos del rey y de sus hijos hasta el advenimiento del imperio persa. Así se cumplió la palabra del Señor pronunciada por Jeremías: "La tierra descansará asolada durante setenta años hasta que recupere sus años de descanso sabático".» (2 Cr 36, 11-21)

Todo esto ocurrió en el año 586 antes de Cristo. Un cuarto de la población de Judá (las clases más destacadas) sufrió la deportación, el resto permaneció para cultivar la tierra y labores semejantes. Junto con la tierra, el rey y el templo, también se perdió el arca de la alianza. Toda la dádiva de Dios que el pueblo hebreo se había apropiado, todo lo perdió.

Lo mismo el creyente, que acaba por apropiarse del lugar y la misión en la vida que Dios le ha concedido, que se cree autor de su prestigio y gobernador de su vida, que con sus devociones y sus reglas espirituales piensa tener "domesticado" a Dios al que ha comprado con su "bondad", y que no ha aprendido del aviso previo que supone el cisma interior de la doble vida en la que pone una vela a Dios y otra al diablo: forzosamente ha de llegar a la coyuntura de perder todas sus falsas seguridades y percibir ese aparente abandono de Dios, y caer en la desorientación y en las dependencias esclavizantes, para que, por fin, reaccione y se pare a recapacitar lo que Dios ha obrado en su vida, valore de verdad lo que Él le ha regalado, y cambie de actitud. No son nuestras solas fuerzas las que consiguen las cosas, sino que son las de Dios a través de ellas. Éles el que nos marca el camino del fracaso total y rotundo, el camino del destierro, para que aprendamos a mirar con ojos nuevos, lo que hasta entonces no hemos querido aprender.

Y en este caso, la Iglesia, tampoco se queda a la zaga en el aprendizaje del destierro:

La influencia del poder civil, y afán dominador del rey de Francia, habían crecido tanto, que consiguen, que en el año 1305, la sede papal se traslade a Aviñón, bajo el control de dicho rey, abandonando Roma. Este periodo, la historia lo conoce con el nombre del "destierro de Aviñón", porque duró setenta y dos años, como en la profecía de Jeremías. El tiempo transcurrido desde el cisma hasta el destierro fueron doscientos cuarenta y seis años.

Sin embargo la Iglesia ortodoxa no alcanzó su destierro hasta el año 1453, fecha en la que el Imperio Turco (el Islam) tomó Constantinopla

(situación que se ha prolongado hasta nuestros días). El tiempo transcurrido desde el cisma, en este caso, fueron trescientos noventa y cuatro años.

Curiosamente parecen haberse permutado los tiempos de pervivencia, si los comparamos con sus equivalentes reinos de Judá e Israel.

Y en la etapa que concluía en Puertomarín (Portomarín) también tuvimos nuestras cositas y miniacontecimientos:

Como el grupo que estaba en Barbadelo, por imponderables, se había tenido que acostar tarde, decidió madrugar menos, dando ocasión a que el grupo de Sarria los alcanzara, e incluso adelantara; eso sí, previa foto del párroco, pasando entre el albergue y el roble, una de cuyas bellotas se recogió dos años antes y hoy es un arbolito plantado en la plaza-patio de nuestra parroquia, en representación y símbolo de la fe de la Iglesia.

Ese día, el guía de la peregrinación, que iba en el grupo de cola (como siempre), decidió montar un numerito de los suyos, esta vez sin insolación ni el agotamiento de un largo trecho que lo justificase (porque fue a los pocos kilómetros), y llegando a Ferreiros tuvo que acudir a Federico, nuestro particular ángel de la guarda, para que en su coche de apoyo lo llevara a Puertomarín. Eso sí, quiso cruzar por su pie el puente sobre el Miño (o mejor dicho, sobre el pantano), y entrar sólo en la población para evitar murmuraciones. (La antigua población fue anegada por las aguas del embalse, y sus monumentos trasladados piedra a piedra, salvo el viejo puente, que aún puede verse cuando bajan las aguas, como reliquia que recuerda "el destierro" forzoso sufrido por dicha población). Cuando llegó, ya hacía rato que estaban los que durmieron esa noche en Ferreiros (Gema, Nuria, David y Luis), con lo que puso su mochila en la cola, junto a la de ellos.

Cristian, por supuesto, fue el primero en llegar de entre nuestros peregrinos, y tras él fueron goteando los demás. Bastante más tarde lo hicieron Beatriz y Maite (nuestra infatigable benjamina que estaba siempre pendiente de acompañar a los que más lo necesitaban), la cola de las mochilas ya era muy larga, y no se sabía si iba a haber lugar para ellas en el albergue, así que nuestro guía fue con ellas y colocó sus mochilas junto a la suya (actitud que tendría unas consecuencias insospechadas en ese momento).

Aún quedaban por llegar Chus (María Jesús) y Raúl, que se demoraron muchísimo, y ya nos tenían preocupados. Ellos ocuparon el sitio en la cola de mochilas ¡mucho más allá!

Después de comer, los que quisieron fueron a la piscina, porque hacía muy buen tiempo y era barata. ¡Y allí empezaron los problemas!: Oyeron a otros "peregrinos", que reconocieron a Maite, murmurar contra ellos, ya que alguno debió ver cómo ellas dos y "el de barbas" (que no les había adelantado), no dejaban sus mochilas en el último lugar. Y murmuraron, y murmuraron, hasta tal punto, que algunos de los nuestros se tuvieron que venir por no oírles. Pero la cosa no paró ahí, y la murmuración perduró toda la tarde (cada vez que tenían oportunidad que alguno de los nuestros les oyese), y especialmente a la hora de entrar en el albergue para coger las camas. (Y eso que ellos no tenían ningún problema para conseguir cama, porque estaban inmediatamente detrás de nosotros.)

Afortunadamente, los que de los nuestros estaban en otros lugares de la cola que sobrepasaban la capacidad del albergue, los llevaron a otros locales donde también había camas para ellos.

Esa tarde, víspera de la festividad de Santiago Apóstol, celebramos la eucaristía de dicha festividad en la iglesia fortaleza de la localidad (del siglo XII), y a la que se agregaron dos peregrinas más. (Esa tarde no había misa en el lugar, pero como llevábamos cura propio...)

La primera lectura nos habló del testimonio del apóstol Santiago dando su vida en Jerusalén (*He 4, 33; 5, 12.27-33; 12,2*). En el Salmo 67 (68) se invitaba a que "a Dios den gracias los pueblos". En la segunda lectura se nos recordaba que Dios está con nosotros en el sufrimiento (*2 Cor 4, 7-15*). Y el Evangelio nos insistía otra vez, en que el primero es el que sirve a los demás (*Mt 20, 20-28*).

A última hora de la tarde, por fin se descubrió que nuestro guía tenía fiebre en toda regla, y que ésta era la causa del problema de la mañana. (Eso sí, sin origen aparente; salvo que éste estuviera en los "normales" problemas de sus pies.)

Es curioso cómo, tanto el pueblo hebreo como el cristiano, también tuvieran en esta etapa sus "guías enfermos", y su situación fuera vista como amenazadora por otros pueblos o poderes, y si cabe, envidiada por ellos, hasta el punto de irrumpir en la vida más o menos autónoma que llevaban, y trastocársela.

Una circunstancia que no había comentado, a propósito, hasta ahora: es que, en nuestra peregrinación parroquial llevábamos coche de apoyo, y eso, para los senderistas disfrazados de peregrinos, es un "pecado mortal" de los gordos, y algo imperdonable de lo que hay que avergonzarse y agachar la cabeza. Situación por la que procurábamos pasar desapercibidos, con bastante éxito hasta ese momento; pero a partir de entonces, ya nunca más, porque se cernió sobre nosotros una vigilancia, un tanto incomprensible, por parte del grupo de santiagueses que peregrinaban a su ciudad, responsables de la tal murmuración.

NOVENA ETAPA

- EL REGRESO - (LA VUELTA EN SÍ)

En esta etapa, el propósito es recapacitar sobre lo que Dios ha obrado en la vida personal de cada uno y la actitud que se ha tenido al respecto, planteándonos: ¿Qué tengo que reformar en mi vida, en mis ilusiones e inquietudes para poder retornar a Dios? ¿Qué sacrificio educativo me puedo imponer para mejor aprender la lección, y que me testifique a mí que mi propósito de cambio es sincero?

«El año primero de Ciro, rey de Persia, para que se cumpliera la palabra del Señor anunciada a Jeremías, despertó el Señor el espíritu de Ciro que en todo su reino hizo proclamar de palabra y por escrito el siguiente edicto:

Habla Ciro, rey de Persia: El Señor, Dios del cielo, me ha dado todos los reinos de la tierra y me ha encomendado construirle un templo en Jerusalén, que está en la región de Judá. El que de vosotros pertenezca a ese pueblo, que su Dios lo acompañe y suba a Jerusalén, que está en la región de Judá, a reconstruir el templo del Señor, Dios de Israel. Y a los que pertenezcan a ese pueblo, vivan donde vivan, ayúdenles sus convecinos con plata, oro, bienes, ganado y otros donativos voluntarios para el templo de Dios que está en Jerusalén.

Los jefes de familia de Judá y Benjamín, los sacerdotes y levitas, todos aquellos cuyo espíritu había despertado Dios, se dispusieron a subir a Jerusalén para reconstruir el templo del Señor. Todos sus convecinos les dieron plata, oro, bienes, ganado, objetos preciosos u otros donativos voluntarios. El rey Ciro mandó sacar los utensilios que Nabuconodosor se había llevado del templo del Señor y había depositado en el templo de su dios. Ciro, rey de Persia, se los consignó al tesorero Mitríades, el cual los contó y se los entregó a Sesbasar, príncipe de Judá.» (*Esd 1, 1-8*)

Al destierro marchó un pueblo y del destierro regresó una comunidad religiosa. No todos regresaron, ni todos a la vez. Sólo regresaron los que querían reconstruir el templo, y vivir en consecuencia con sus principios y sus orígenes.

Pero al volver se encontraron con los samaritanos:

«Cuando los enemigos de Judá y Benjamín tuvieron noticia de que los repatriados estaban reconstruyendo el santuario del Señor, Dios de Israel, se presentaron a Zorobabel, a Josué y a los cabezas de familia y les dijeron: "Permitidnos colaborar con vosotros en la reconstrucción, ya que también nosotros adoramos, como vosotros, al mismo Dios y le ofrecemos sacrificios desde que Asaradón, rey de Asiria, nos instaló aquí". Zorobabel, Josué y los otros cabezas de familia les contestaron: "No edificaremos juntos un templo a nuestro Dios; conforme a la orden de Ciro, rey de Persia, lo edificaremos nosotros solos en honor del Señor, Dios de Israel".

Entonces la gente del país se puso a desalentar al pueblo de Judá y a intimidarlos para que no siguieran construyendo. Sobornaron contra ellos a algunos consejeros para hacer fracasar su proyecto y se mantuvieron en esa actitud durante todo el reinado de Ciro, rey de Persia, hasta el reinado de Darío, rey de Persia.» (*Esd 4, 1-5*)

El año 538 antes de Cristo, gracias al decreto de Ciro (539 aC.) que da libertad de reconstrucción, pero no libertad política, se produce el retorno de una parte de los deportados (la mayoría permanecería en Babilonia), y se comienza la reconstrucción del llamado segundo templo sobre las ruinas del primero.

Tras problemas e interrupciones, y gracias a la predicación de los profetas Ageo y Zacarías, por fin, en el año 515 aC. se puede celebrar la dedicación del templo (su inauguración). Habían pasado setenta y un años desde la fecha de su destrucción.

Mientras tanto en Babilonia, durante el destierro, se había trabajado en la redacción definitiva (la que hoy conocemos), de todo el Pentateuco (el libro de la Ley), por lo que podríamos decir que también se había reconstruido el "templo" por escrito.

La reconstrucción del templo sirvió para unir a todos los que colaboraron y acabó por producir la unificación de las tribus, pero a la par fue el origen de la definitiva enemistad con los samaritanos, que perduró hasta tiempos de Jesús.

En el año 438 aC. (otros dicen que en el 398 aC.) regresó Esdras, junto con nuevos repatriados, trayendo de Babilonia la Ley escrita, lo que tuvo como consecuencia una depuración profunda (la segunda), de las costumbres y actitudes que se habían ido relajando.

A partir del año 359 aC., Judea adquiere cierta autonomía y se constituye en estado teocrático bajo el dominio de Persia.

La historia de la Iglesia, que sigue muy de cerca a la de Israel, se desarrolló en términos equivalentes.

Para acabar con el destierro de Aviñón y el control francés sobre la Iglesia, en el año 1377, el Papa Gregorio XI, a ruegos de Santa Catalina de Siena, regresó por fin a Roma, pero al morir éste comenzó el cisma de occidente, porque se nombró Papa en Roma, y los cardenales franceses otro en Aviñón. Y así, cada uno continuó su sucesión.

En 1409, para intentar solventar la situación, se reunió un concilio en Pisa, que nombró un tercer Papa que sustituyera a los otros dos; pero como ninguno renunció, las tres líneas papales continuaron. Hasta que por fin, en el año 1414, el Concilio de Constanza nombró otro Papa (Martín V), obligando a renunciar a los demás (uno lo hizo obligado, otro voluntariamente, y el otro fue abandonado por todos sus partidarios, muriendo en el castillo de Peñíscola en 1422).

Pero no acabaron aquí los males, porque saliendo de "Guate-mala", se cayó en "Guate-peor"; ya que en 1512, Lutero, inició su reforma protestante que hizo tambalearse todas las estructuras eclesiales y los pilares dogmáticos, lo que indujo un verdadero y auténtico replanteamiento, una "vuelta en sí" en la vida de la Iglesia. En el Concilio de Trento (1545 a 1563) se realizó esa reconstrucción del "templo" que tanto se necesitaba, fijando el canon de las Sagradas Escrituras y otras veinticuatro definiciones dogmáticas más.

Como se ve, también en la Iglesia hubo quienes prefirieron, en principio, seguir en el destierro y no regresar, y que, al final, no todos regresaron. Que hubo quienes quisieron reconstruir el templo a su manera, y su propósito no fue aceptado, perdurando la enemistad hasta nuestros días (es el caso de los protestantes). Y también tuvo sus profetas del destierro y de la llamada contrarreforma, como San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Siena, San Francisco Ferrer, San Juan de Dios, San Camilo de Lelis, San Juan de la Cruz, San José de Calasanz, San Francisco de Sales, San Carlos Borromeo... Que también fue el momento de recapitular por escrito las Sagradas Escrituras y los dogmas, y muchas otras cosas. Y si en el pueblo judío, con el libro de Job, se dio confirmación a la creencia en el "más allá" y en la resurrección de los muertos; en la Iglesia, con la mística, se acercó ese "más allá", hasta transformarlo en "más acá" (a la par que el "non plus ultra" del conocimiento romano, cae ante el "plus ultra" del descubrimiento de América (1492) y el conocimiento renacentista; lo que quizá también tenga su paralelismo con el periodo de surgimiento de las otras grandes religiones o filosofías del mundo, coincidente con la época del destierro y reconstrucción del templo judío).

A esta etapa se le podría colocar el final en 1571 con la batalla de Lepanto, en la que las naciones católicas coaligadas, vencieron a los turcos, consiguiendo detener la expansión del imperio otomano y con ella, la del Islam por Europa.

Pues "igualico-igualico" le ocurre al creyente en su vida:

Tras haber perdido todas las seguridades a las que se aferraba y caer en dependencias esclavizantes, se ve obligado a recapacitar; y vuelto en él, a trompicones, debe poner todo de su parte para regresar a su lugar de origen, a sus primeras intenciones; y con la ayuda que Dios le presta (volviendo a hacer brillar la "estrella que le guía", como a los reyes magos), volver a encaminarse hacia su verdadera misión; aunque esto sea a través de dudas, dificultades, miedos, divisiones interiores y caminos fallidos a los que ha de renunciar, para conseguir un replanteamiento más profundo de su vida que le abra más a Dios; y para lo que tendrá que romper muchas barreras y establecer luchas interiores.

Ya no recobrará esa independencia del mundo que antes poseía, pero aprenderá a descubrir su nuevo camino y a esperar una verdadera liberación.

Todo esto, Jesús lo explica muy bien en la parábola del hijo pródigo:

«Un hombre tenía dos hijos. El menor dijo a su padre: "Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde". Y el padre les repartió el patrimonio. A los pocos días, el hijo menor recogió sus cosas, se marchó a un país lejano y allí despilfarró toda su fortuna viviendo como un libertino. Cuando lo había gastado todo, sobrevino una gran carestía en aquella comarca, y el muchacho comenzó a padecer necesidad. Entonces fue a servir a casa de un hombre de aquel país, quien le mandó a sus campos a cuidar cerdos. Habría deseado llenar su estómago con las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. Entonces recapacitó y se dijo: "¡Cuántos jornaleros de mí padre tienen pan de sobra, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me pondré en camino, volveré a casa de mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros".

Se puso en camino y se fue a casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, su padre le vio, y, profundamente conmovido, salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo cubrió de besos. El hijo empezó a decirle: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Traed, en seguida, el mejor vestido y ponédselo; ponédle también el anillo en la mano y sandalias en los pies. Tomad el ternero cebado, matadlo y celebremos un banquete de fiesta, porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y lo hemos encontrado". Y se pusieron a celebrar la fiesta.

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando vino y se acercó a la casa, al oír la música y los cantos, llamó a uno de los criados y le preguntó qué era lo que pasaba. El criado le dijo: "Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado sano". Él se enfadó y no quería entrar. Su padre salió a persuadirlo, pero el hijo le contestó. "Hace ya muchos años que te sirvo sin desobedecer jamás tus órdenes, y nunca me diste un cabrito para celebrar una fiesta con mis amigos. Pero llega ese hijo tuyo, que se ha gastado tu patrimonio con prostitutas, y le matas el ternero cebado". Pero el padre le respondió: "Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo. Pero tenemos que alegrarnos y hacer fiesta, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado".» (Lc 15, 11-32)

El hijo menor que ha prodigado sus bienes, es el que ve como le fallan todas sus supuestas seguridades, forzándole a recapacitar. Sin embargo, el mayor, nunca ha sufrido el destierro porque nunca ha sentido su tierra como suya; o visto de otro modo, como sólo ha vivido el destierro, no sabe dónde volver. En ambos hijos puede reconocerse, tanto a los desterrados de nuestras historias comparadas, como a los que no lo han padecido o han preferido permanecer en él y no retornar; y también, a esas opciones de vida que cada uno llevamos dentro, frente a las cuales debemos tomar partido.

En nuestra peregrinación de 1997, en esta etapa debíamos llegar a Palas de Rey, así que nos levantamos temprano, como siempre, antes del amanecer. Luis, que dormía junto a los santiagueses protestones de marras, nos contó que ellos ya habían iniciado la marcha antes de él levantarse, para, según parece, llegar los primeros al albergue y controlar que no se colara nadie. (Supongo que caminarían con linternas en plena noche.)

Nuestro guía fue desterrado del camino en esa jornada (para evitar situaciones parecidas a la del día pasado), y tuvo que ir en el coche de apoyo; que, por cierto, sufrió un pequeño accidente, dada la niebla reinante durante la primera mitad de la mañana. Y en la plaza, junto al ayuntamiento de Palas de Rey, esperaron, Pilar y él, a los que fueran llegando.

Raúl y Cristian, que se habían propuesto alcanzar a los santiagueses y adelantarlos para que vieran que ellos también sabían darle buen ritmo a la marcha, y si no lo hacían era en atención a los demás: efectivamente, llegaron los primeros de los nuestros a destino, en un tiempo record, y con mucha diferencia frente a los otros, pero lo que no consiguieron fue alcanzar ni de vista a los mencionados senderistas que, como pretendían, llegaron los primeros al albergue y estaban de vigías de todos los que iban colocando sus mochilas en la cola.

Dada la tardanza del resto de nuestros peregrinos y que la cola crecía a gran velocidad, nuestro guía decidió, para evitar un casi seguro conflicto, ir a hablar con el sacerdote de la localidad para ver si nos podía facilitar un techo, esgrimiendo como garantía, que nosotros llevábamos cura, y que además, era el párroco de nuestra parroquia; circunstancia que nos abrió las puertas, aunque, en principio, sólo como posibilidad, ya que este sacerdote quería hablar con nuestro cura previamente, y prefirió esperar a que llegase para dar una contestación definitiva.

(El privilegiado lugar en la cola conseguido por Cristian y Raúl, quedó para las dos peregrinas que estuvieron en la eucaristía con nosotros la tarde anterior, aunque ellas lo aceptaron con mucho miedo de ser descubiertas.)

La iglesia de San Tirso, posee unos locales cercanos con duchas y aseos, que ese día estaban ocupados parcialmente por otra peregrinación, organizada por una congregación de religiosas, y formada por un grupo de chicas y chicos jóvenes. El sacerdote, párroco de la población, estuvo hablando con las religiosas por si accedían a compartir los locales con nosotros, pero no quisieron; así que una vez que se hubo cerrado la iglesia tras la misa de la tarde, el suelo del templo, de su sacristía, y de las dos plantas de su torre fue para nosotros.

Como era la fiesta de Santiago Apóstol, decidimos comer todos juntos (como el día de Triacastela), en un bar-restaurant del lugar. Allí nos informaron que, esa noche, el Ayuntamiento obsequiaba con una cena medieval en la plaza a todos los que quisieran. (Sólo había que pagar el plato y el vaso desechables.) ¡Nos daban hecha la "fiesta del regreso y la reconciliación" que nosotros teníamos programada para esa etapa!

La fiesta fue un momento de confraternización muy entrañable, porque hasta nuestro guía (que se había recuperado tan misteriosamente como había enfermado), se bailó una muñeira con Conchi.

El día de la "reconstrucción del templo", dormimos todos en el templo parroquial de Palas de Rey.

DÉCIMA ETAPA

- LA INFLUENCIA PAGANA - EL HELENISMO - (EL PODER DEL MEDIO)

Esta etapa tiene como propósito valorar la influencia del medio social, económico, cultural, etc. sobre cada uno, y el poder que se le otorga; preguntándonos para ello: ¿Qué poder tiene el medio en el que me desenvuelvo, sobre mis decisiones, mi vida y mi voluntad? ¿Cómo manipula las conciencias ese medio? ¿Qué hay de bueno y de malo en él?

Alejandro Magno, en el año 333 antes de Cristo, extiende el imperio griego a Persia, incluyendo, como es natural, a la pequeña región de Palestina; comenzando con ello, la gran influencia cultural griega (el helenismo), sobre todo el orbe conocido.

Alejandro, al morir, repartió el Imperio entre sus generales, y Palestina pasó a depender de la dinastía lágida de Egipto.

Durante los ciento treinta y cinco años que duró el gobierno de los Ptolomeos sobre Judea, ésta conservó una cierta autonomía, y muchos judíos se establecieron en Alejandría, ya que esta ciudad se había convertido en el centro cultural de la época; y ése fue el lugar y el momento en que se realizó la traducción de la Sagrada Escritura del hebreo al griego (conociéndose esta traducción como la versión de los setenta (LXX), por ser ése el número de eruditos que la llevaron a cabo), a la vez que se efectuó la recopilación de la mayoría de los libros que hoy constituyen el canon del Antiguo Testamento. Este hecho contribuyó en gran manera a la difusión de los textos sagrados entre los judíos que se iban diseminando por el antiguo imperio griego y que iban olvidando su lengua hebrea.

En el año 198 a.C. Palestina pasa a ser gobernada por la dinastía selúcida de Siria, y en un intento para conquistar Egipto por parte de ésta, se produce el primer saqueo del templo. Es cuando comienzan verdaderamente los problemas para mantener la tradición judía.

«El rey ordenó que todos sus súbditos formaran un solo pueblo, y que cada uno abandonara sus costumbres propias. Todos los paganos aceptaron la orden del rey, y muchos israelitas se acomodaron a la religión oficial, ofrecieron sacrificios a los ídolos y profanaron el sábado. El rey mandó emisarios a Jerusalén y a las ciudades de Judá con órdenes escritas de que aceptaran las costumbres extranjeras, suprimieran los holocaustos, sacrificios y ofrendas en el templo, profanaran el sábado y las fiestas, contaminaran el templo y los instrumentos santos, edificaran altares y templos a los ídolos, inmolaran cerdos y animales impuros, no circuncidaran a sus hijos y se mancharan con toda clase de impurezas y profanaciones, se olvidaran de la ley y cambiaran todas sus instituciones. El que no obedeciera las órdenes del rey sería condenado a muerte.

El rey envió por escrito estas órdenes a todos sus súbditos, nombró inspectores sobre el pueblo y mandó que en todas las ciudades de Judá se ofrecieran sacrificios. Mucha gente del pueblo abandonó la ley, se unió a ellos e hicieron tales estragos en el país, que obligaron a los israelitas a esconderse en toda clase de refugios.

El quince del mes Casleu del año ciento cuarenta y cinco, Antíoco mandó colocar un altar sacrílego encima del altar del sacrificio, y edificó altares en las ciudades judías de los alrededores. En las puertas de las casas y en las calles se ofrecía incienso; rasgaban y quemaban los libros de la ley que encontraban. Al que le encontraban el libro de la alianza y al que observaba la ley se le condenaba a muerte de acuerdo con el decreto real. Tal era el salvajismo con que día a día trataban a los que sorprendían en las ciudades comportándose como fieles israelitas. El veinticinco de cada mes ofrecían sacrificios en el altar construido sobre el altar de los holocaustos. A las madres que habían hecho circuncidar a sus hijos, las mataban como ordenaba el edicto, con los niños colgados al cuello; mataban igualmente a los familiares y a los que habían realizado la circuncisión.

Pero hubo muchos israelitas que se mantuvieron firmes y decidieron no comer alimentos impuros; prefirieron morir antes que contaminarse con tales alimentos y profanar la alianza santa; y efectivamente murieron. Una cólera terrible se abatió sobre Israel.» *(1 Mac 1, 41-64)*

Es el rey Antíoco IV Epífanos en el año 175 aC. el que inicia esta persecución que dará origen a tantos martirios. La profanación del templo, con la colocación del Zeus olímpico en su interior, y el posterior abandono y desolación del mismo y de Jerusalén, se produjo en el año 167 antes de Cristo. Desencadenante éste del levantamiento del sacerdote Matatías y sus hijos, conocido como el levantamiento macabeo, por el sobrenombre de Judas, que fue quien inició la lucha armada. Sólo tras la muerte de Antíoco IV en el 164 aC. puede volverse al templo, repararlo, purificarlo y dedicarlo de nuevo en el 163 aC.

En el 161 aC., Judas Macabeo establece una alianza con los romanos que por entonces están aumentando su influencia e intervención en la zona.

Tras la muerte de Judas, su hermano Jonatán le sucedió al frente de la rebelión, y como en ese tiempo surgió una disputa por la sucesión en la dinastía seléucida, las dos partes quisieron congraciarse con los levantiscos judíos, y Alejandro Epífanos nombró a Jonatán sumo sacerdote.

«El rey Alejandro saluda a su hermano Jonatán. Sabemos que eres valiente y digno de ser nuestro amigo. Por tanto, te constituimos hoy sumo sacerdote de tu nación y te nombramos amigo del rey, para que apoyes nuestra causa y nos guardes amistad». Y le envió un vestido de púrpura y una corona de oro.

El mes séptimo del año ciento sesenta Jonatán se revistió de los ornamentos sagrados en la fiesta de las tiendas. Reclutó muchos soldados y fabricó muchas armas.» *(1 Mac 10, 18-21)*

Esto ocurrió en el año 152 aC. Como Alejandro Epífanos venció a Demetrio I, Jonatán se consolidó en su cargo; cargo que, a la muerte de éste, pasó a su hermano Simón, y en el que fue confirmado por el rey Demetrio II.

Y así, en el año 141 aC., al conquistar la ciudadela de Jerusalén y poner fin a la ocupación seléucida, Judea alcanza su independencia y Simón es nombrado rey-sumo sacerdote, iniciándose la dinastía asmonea.

«Los judíos y los sacerdotes resolvieron que Simón fuese su caudillo y sumo sacerdote de por vida hasta que apareciera un profeta digno de crédito.»
(1 Mac 14, 41)

La historia de la Iglesia también presenta sus notorias equivalencias con la que acabamos de comentar.

En el siglo XVII comienza a manifestarse en los reyes de las naciones lo que se ha llamado el absolutismo, que es el afán de controlarlo todo y acaparar todo el poder bajo una sola mano; con lo que los reyes tratan de inmiscuirse más y más en las actividades de la Iglesia (lo que se conoce como regalismo). Y así, el papa Inocencio XI, ha de luchar contra el absolutismo francés.

También comienza a desarrollarse el pensamiento ilustrado que dará origen a la Ilustración.

Paralelamente en este siglo se procede a la consagración de la Basílica de San Pedro en Roma (año 1626), ejerce su labor evangelizadora San Vicente de Paúl, y Santa Margarita María de Alacoque (1647-1692) difunde la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que tanta trascendencia tendrá a la hora de acercar al pueblo los misterios de la fe (al modo que lo fue la traducción al griego de la Biblia).

En el siglo XVIII se llega en la política al despotismo ilustrado, y hacen su aparición la Enciclopedia y las ideas revolucionarias. Surgen las sectas y corrientes filosóficas como la Masonería, el Filosofismo, el Deísmo... Situación que tendrá su culminación en 1789 con la Revolución Francesa. (Previamente en 1773 se había disuelto la Compañía de Jesús, con la consiguiente disminución del poder papal.)

En la Revolución Francesa se produjeron persecuciones y martirios de católicos (simplemente por el hecho de serlo), y se colocó a una prostituta sobre el altar de Notre Dame de París, representando a la diosa razón, como emblema de a lo que verdaderamente había que dar culto, según los nuevos criterios. (En el templo de Jerusalén fue el Zeus olímpico.) Y en 1790, Aviñón se separó de los Estados Pontificios para unirse a Francia.

Las consecuencias de tal revolución se fueron expandiendo por toda Europa; especialmente cuando Napoleón comenzó sus campañas conquistadoras, se coronó emperador (se coronó a sí mismo, despreciando la autoridad del Papa que le iba a coronar), y acabó por invadir los Estados Pontificios, tomar prisionero al Papa y encarcelarlo en Fonteneblau (entre los años 1798 y 1805). Y no fue hasta 1814 que dichos Estados se pudieron restablecer, una vez vencido Napoleón.

En la vida del creyente esta etapa se plantea como una progresiva pérdida de autonomía a consecuencia de una presión creciente y alienante del medio. La fe, en estas circunstancias, se va relativizando y convirtiéndose en "un camino más entre otros", surgiendo muchas otras posibilidades que compiten y distraen, y que acaban por presionar y condicionar al creyente, hasta conducirlo a la dependencia, el sometimiento y las humillaciones. Aparecen circunstancias adversas que requieren una opción decidida del creyente por mantener su

identidad de tal, lo que a su vez genera persecuciones, incomprensión, pruebas, imposición de idolatrías, intromisiones, etc. Pero que al final acaban por superarse, produciéndose el acoplamiento entre vida y misión.

En definitiva es la prueba del tiempo, la prueba de la madurez en la fe. Lo que para Israel era el "helenismo", o para la Iglesia la "ilustración", para el creyente es el llamado "realismo" el que pone a prueba su fe, mostrando la aparente imposibilidad de ésta: ("El tiempo pasa y todo sigue igual o peor").

Es el momento de poner a prueba los límites de la fe llevando a la práctica el mandamiento del amor, pero alcanzando en ello sus extremos, al tener que amar a los enemigos, e incluso llegar a dar la vida (*Cf. Lc 6, 27-38*). Pero al final, si se sabe esperar con paciencia, se puede saborear la felicidad:

«Dichosos los perseguidos por hacer la voluntad de Dios, porque de ellos es el reino de los cielos. Dichosos seréis cuando os injurien y os persigan, y digan contra vosotros toda clase de calumnias por causa mía. Alegraos y regocijaos, porque será grande vuestra recompensa en los cielos, pues así persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.» (*Mt 5, 10-12*)

En nuestra microepopeya parroquial, esa jornada en la que pretendíamos llegar a Arzúa, comenzó con optimismo y buenas expectativas. Nuestro guía se incorporó a la marcha habitual (aunque fuera ese día sin mochila, "por si las moscas..."). Todo iba muy bien, en principio, pero paulatinamente algunas personas comenzaron a resentirse y a retrasarse, y hasta tal punto, que la pobre Gema, aun sin llevar ella su mochila, caminaba tan despacio que una tortuga habría podido echarle carreras. Cuando llegaron los últimos a la mitad del recorrido, a Mellid (Melide), ya era casi la hora de comer, y el grupo de cabeza de siempre ya recorría el tramo final, pero Nuria y algunos más se habían quedado a esperar.

Aguardaron en Mellid a que regresara Federico, para que se pudiera llevar a Gema en el coche, y cuando lo hizo ya les había dado tiempo a comer y todo. Luego reposaron un rato para no caminar en los momentos que más aprieta el sol, visitaron la iglesia parroquial, en la que Nuria sufrió un fuerte impacto al contemplar una imagen, y prosiguieron el camino.

Mientras tanto, el grupo de cabeza había llegado a Arzúa y se había instalado en los locales parroquiales preparados al efecto, ya que Federico y Pilar, para que no tuviéramos problemas en el albergue, y habida cuenta de la experiencia del día anterior, fueron a hablar con algún responsable parroquial a primera hora. La ducha la ponía una feligresa (la señora Carmen), que había construido una en su casa para tal efecto, y que contaba cómo, a pesar del número de gente que a veces iba a ducharse en ella, no notaba más gasto en el contador del agua, y estaba segura que eso era cosa de Dios.

El grupo de Mellid (Melide) inició su andadura con la secreta ilusión de que la tarde cundiría mucho más que la mañana, pero no fue así, porque los que estaban bien por la mañana comenzaron a flaquear por la tarde, teniendo que parar cada poco, lo que acabó por destrozar a todos. Pero lo peor fue que esa situación generó tensión entre las personas, que acabaron enfadándose entre sí. Y si a esto le añadimos el enfado de los que esperaban en Arzúa, porque siempre tenían que estar pendientes de los otros y tenerles que servir por estar más descansados..., se puede imaginar la tensión de conflicto que se respiraba esa noche cuando, por fin, estuvieron todos juntos.

El segundo grupo llegó a Arzúa fragmentado, y en ese momento se enteraron que la misa dominical de que estaba prevista para el día siguiente, se iba a celebrar de inmediato (o ya acababa de comenzar para los últimos). Don Jesús oficiaba la misa, y la iglesia local dedicada a Santiago estaba a rebosar.

La primera lectura (*2 Re 4, 42-44*) nos hablaba de la multiplicación de los panes que realizó el profeta Eliseo bajo las palabras "comerán y sobrarán". El Salmo *145 (144)* insistía: «Abres tú la mano, Señor y sacias de favores a todo viviente». La segunda lectura estaba especialmente indicada para nuestra situación anímica, pero no parece que nos hiciera efecto; decía literalmente: «Así pues, yo, prisionero por amor al Señor, os ruego que os comportéis como corresponde a la vocación con que habéis sido llamados. Sed humildes, amables y pacientes. Soportaos los unos a los otros con amor. Mostraos solícitos en conservar, mediante el vínculo de la paz, la unidad que es el fruto del Espíritu. Uno solo es el cuerpo y uno solo el Espíritu, como también es una la esperanza que encierra la vocación a la que habéis sido llamados; un solo Señor, una fe, un bautismo; un Dios que es Padre de todos, que está sobre todos, actúa en todos y habita en todos.» (*Ef 4, 1-16*) Y el Evangelio (*Jn 6, 1-15*) relataba la multiplicación de los panes y los peces, en la que comieron todos hasta saciarse y aún sobraron doce cestos, y el gesto de Jesús de retirarse solo al monte cuando la gente quería proclamarlo rey.

Todo es posible puesto en manos de Dios. Sólo hay que confiar en Él y no en nuestras fuerzas, y con poner en sus manos lo poquito que somos y tenemos, el milagro está garantizado. (Como con el agua de la ducha de la buena señora del lugar.)

Cuando acabó la misa vespertina, todos los recién llegados se fueron yendo a la ducha, y en esa actividad les sorprendió la noche. Luego, la cena y a dormir (cada uno con su insatisfacción por haber sido vencido por los imponderables del día). Ese día no hubo ni tema ni mención ni nada que se le pareciera; ni tan siquiera oración.

UNDÉCIMA ETAPA

- LA TEOCRACIA -

(EL REINADO DE DIOS COMO NUEVA SEGURIDAD)

Esta etapa tiene como propósito valorar el reinado de Dios en cada uno como una posibilidad real, y las compatibilidades o incompatibilidades que eso nos plantea, para lo que podemos intentar dar respuesta a las siguientes preguntas: ¿Cómo hacer compatible el reinado de Dios en mi vida y el vivir en el mundo? ¿Cómo tengo que organizar mi vida para conseguirlo? ¿Es posible o es una utopía?

«Entonces Judas y sus hermanos dijeron: “Nuestros enemigos han sido vencidos; vayamos a purificar y consagrar el templo”. Reunieron todo el ejército y fueron al monte Sión. Cuando vieron el templo desolado, el altar profanado, quemadas las puertas, la hierba crecida en los atrios como en el bosque o en los montes, y destruidas las salas, se rasgaron las vestiduras, se golpearon el pecho, se cubrieron de ceniza la cabeza, se postraron rostro en tierra, tocaron las trompetas y clamaron a Dios.

Judas ordenó a sus hombres atacar a los de la ciudadela, mientras purificaban el templo. Eligió sacerdotes sin mancha, ardientes defensores de la ley, que purificaron el templo y llevaron a un lugar inmundo las piedras contaminadas. Deliberaron sobre el altar de los holocaustos, que había sido profanado, y decidieron demolerlo para que no fuese motivo de oprobio, una vez que los paganos lo habían profanado. Lo demolieron y pusieron las piedras en el monte del templo, en lugar conveniente hasta que viniese un profeta y decidiese. Tomaron piedras sin labrar, como manda la ley, y levantaron un nuevo altar igual que el primero. Repararon el templo y su interior, santificaron los atrios, hicieron nuevos vasos sagrados e instalaron dentro del templo el candelabro, el altar del incienso y la mesa. Quemaron incienso en el altar y encendieron las lámparas del candelabro para que alumbraran el templo. Pusieron los panes en la mesa y colgaron las cortinas, y así acabaron los trabajos.» *(1 Mac 4, 36-51)*

Esta reparación del templo llevada a cabo por Judas Macabeo en el año 163 antes de Cristo, marca el inicio del final de la etapa anterior a la vez que el comienzo de ésta; porque como ya dijimos, al morir Judas, su hermano Jonatán que le sucedió, fue nombrado Sumo Sacerdote por decreto del rey de Siria, cargo que legó a su hermano Simón, y éste, a su vez, a sus hijos, dando origen a la dinastía asmonea, dinastía de reyes-sumos sacerdotes, que convierte a la nación judía en una teocracia efectiva, al unir los dos poderes en uno solo.

La familia macabea había establecido una alianza con Roma y con Esparta que garantizase su independencia (que logró en el año 142 a.C.), aunque fuese una independencia “vigilada”, mientras Roma se extendía e inmiscuía cada vez más hacia el oriente. Independencia que finalizó en el año 63 a.C. con la conquista de Jerusalén por Pompeyo.

En el año 108 a.C. el rey Juan Hircano I (hijo de Simón), extendió el territorio bajo su control a Samaria (destruyendo el templo de Garizín) e Idumea (Moab); y en el 104-103 a.C. el rey Judá Aristóbulo anexionó el norte de Galilea (Iturea), con lo que se abarcó el primitivo reino davídico.

Durante esta época (y el final de la anterior) se escribieron los últimos libros del Antiguo Testamento y se inició la literatura apócrifa del mismo. Se desarrolló la corriente conocida como apocalíptica que esperaba la venida de un Mesías salvador, y surgieron los movimientos fariseo, esenio y saduceo. El movimiento esenio no aceptaba la validez del sumo sacerdocio otorgado a Jonatán, por provenir de paganos, ni sus consecuencias sobre el templo y el judaísmo oficial; el saduceo sólo admitía los cinco primeros libros de la Biblia conocidos como el Pentateuco o Ley, y estaba muy vinculado al templo; y los fariseos se consideraban "separados" de los otros por seguir fielmente la Ley y aceptar la tradición oral.

En cuanto a la Iglesia, también sigue su camino paralelo, jalonado por los distintos acontecimientos, aunque no en el mismo orden:

Una vez restablecidos los Estados Pontificios (1814) y vuelto el Papa a Roma (gracias a la restitución llevada a cabo por la coalición de naciones que derrotó a Napoleón), el primer acontecimiento a destacar es la ampliación del "territorio" dogmático con la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción en 1854 (lo que refrendarían las apariciones de Lourdes cuatro años después); seguido de la reparación del maltrecho "templo de las verdades de la fe" en el Concilio Vaticano I (en el año 1869), el primer concilio que se celebraba después del de Trento.

En este concilio, los obispos cerraron filas en sus posiciones y realizaron varias definiciones dogmáticas para defenderse de los ataques de la ilustración y las filosofías imperantes; entre ellas destacan la del conocimiento racional de Dios a través de sus criaturas, o la más renombrada de la infalibilidad papal, en la que se reconoce al Papa la "realeza" en el conocimiento de la verdad (rey-sumo sacerdote). Pero este concilio no se pudo terminar, porque en 1870, Garibaldi (el Pompeyo del siglo XIX), al frente de las tropas italianas, invadía los Estados Pontificios para conseguir la unidad italiana, y constituir a Roma como la capital del nuevo estado; dejando al Papa sin su poder terrenal, y recluido en el Vaticano.

Si el periodo anterior resultó más extenso para la Iglesia que para el pueblo judío, en éste ocurre al revés, y en sólo cincuenta y seis años se completa. Sin embargo, el nacimiento de los movimientos en la Iglesia se retrasará hasta la etapa siguiente.

El reflejo de todo esto en la vida del creyente es la recuperación de la actitud de misión, descubriendo que la misión no es ajena a la vida diaria, ni ocasiones dentro de la misma, sino una actitud vital permanente mucho más asequible. El "realismo" había tratado de desterrar la singularidad en la misión, y desarraigar al creyente de sus orígenes, con la idea de que la misión de cada uno no es individual sino colectiva (todos la misma función); sin embargo, eso es un principio contrario a la alianza y al "yo soy" de la misma.

Pero el poder escudarse en la singularidad de la misión, para esgrimirla como hecho diferenciador, tiene el peligro de llevar a cometer los mismos errores pasados, y aferrarse otra vez a las falsas seguridades de "mi" lugar en

la vida, "mi" prestigio o personalidad, y "mi" piedad o control de Dios. Es el peligro de autoconvencerse de que Dios es el que reina en nuestra vida, cuando en verdad somos nosotros los que todavía reinamos sobre ella; así que la pérdida del dominio o del control sobre todas esas seguridades ficticias, será el nuevo toque de atención al respecto que nos haga salir de nuestra obcecación (siempre y cuando haya una verdadera búsqueda de Dios y no sea todo una apariencia).

La vivencia de esta etapa por parte de nuestra pequeña Iglesia de Campamento, comenzó con el firme propósito de que, en lo que estuviera de nuestra parte, no ocurriera lo de la etapa anterior. Nuestro guía se puso serio por una vez, y no dejó cargar la mochila o la mochililla a nadie que hubiera tenido algún problema el día precedente, o sospechara que ese día lo pudiera tener, y el coche de apoyo se llenó hasta los topes, incluso hubo cosas que no se pudieron meter, porque además de Federico, también debían ir en el coche: Pilar y Bea (Beatriz), así que hubo que hacer dos viajes (en el primero Bea se quedó al cuidado de las mochilas mientras Federico regresaba a por su mujer y el resto de las cosas). Pero lo gracioso del caso fue, que cuando estábamos acabando de cargar el coche, con todos allí presentes dispuestos a salir andando, pasaron nuestros "santiagueses murmuradores", que habían dormido en el albergue anterior al de Arzúa (el de Ribadiso), y nos pillaron "infraganti"; y aunque pasaron sin decirnos nada, pensamos que si se dirigían al albergue de Arca como nosotros, tendríamos problemas.

EL trayecto se realizó sin grandes dificultades y sin incidentes de mención, y aunque el guía salió, a pleno intento, con más de media hora de retraso en relación al resto, para así poder caminar a su ritmo hasta alcanzar a los últimos: pudieron llegar todos a buena hora a destino.

¡Y en la cola del albergue estaban nuestros santiagueses de marras! Pero, afortunadamente, tampoco hubo incidentes, y aunque sí nos sentimos observados y objeto de algún comentario, ya no percibimos su hostilidad.

Y, gracias a Dios, ese día (domingo para más señas), nos sobró tiempo para poder comer todos juntos en un restaurante y disfrutar de la tarde. ¡Por fin pudimos convivir como Dios manda, asearnos, curarnos, descansar, lavar la ropa, prepararnos las cosas, y hasta tratar el tema previsto, en una síntesis con los anteriores! ¡Y además, disfrutamos del mejor albergue y las mejores condiciones y comodidades de todo el camino!

Como al día siguiente llegábamos a Santiago, decidimos acostarnos pronto para salir muy temprano y poder llegar todos juntos! a la misa del peregrino. Cenamos (de pie, junto al coche, al lado del albergue y sin ocultarnos), las sobras aprovechables que habían ido quedando, y nos fuimos a dormir.

DUODÉCIMA ETAPA

- LA INTEGRACIÓN EN EL IMPERIO — LA CONQUISTA ROMANA - (LA IMPOTENCIA COMO CAMINO DE ENCARNACIÓN EN EL MUNDO)

El propósito de esta jornada consiste en valorar la humildad como la fuerza, a través de la cual, Dios, puede encarnarse en el mundo y en cada uno de nosotros; para ello, intentaremos dar respuesta a las siguientes cuestiones: ¿Qué hago o puedo hacer cuando las situaciones de la vida parecen vencerlo todo? ¿Y cuando superan mis fuerzas y mi capacidad de entendimiento? ¿Qué seguridades me desmonta todo eso? ¿Soy capaz de asumir la condición en la que me dejan? ¿Cuáles son, entonces, mis esperanzas, y en qué o quién las he depositado?

La independencia de Israel dura apenas setenta y nueve años, porque en el 63 antes de Cristo, Roma conquista el territorio, deporta al rey a la metrópoli, e impone la "pax romana" (sin inmiscuirse en los asuntos religiosos, pero sí en los político-económicos).

En el año 37 antes de Cristo, el Imperio, nombra a Herodes (de origen itureo, por sobrenombre "el grande", y que en el año 40 aC. había tomado Jerusalén por la fuerza), tetrarca de Palestina; y éste, para congraciarse con el pueblo, ordenó la reforma y embellecimiento del templo, quedando consagrado el nuevo templo en el año 10 aC.

Y en el año 7 aC., en una provincia de Palestina lejana de Jerusalén, en un pueblo sin importancia de la misma llamado Nazaret, a una irrelevante muchachita de nombre María: le es anunciado que va a ser la madre del Mesías esperado. Su respuesta ("Aquí está la esclava del Señor, que me suceda según dices"), dará lugar a un nuevo comienzo de consecuencias, en ese momento, insospechadas. Consecuencias que permiten que ese acontecimiento, considerado sin ningún valor para la apreciación humana, pase a convertirse en el más trascendente de todos los ocurridos a la Humanidad. Acontecimiento, que nueve meses después, dará lugar al nacimiento de Jesucristo en Belén.

Pero la historia sigue como si dicho suceso no hubiera ocurrido, y en el año 4 aC. muere Herodes, apodado "el grande" (que al menos lo fue en crueldad), y Palestina se divide entre sus hijos. Para Arquelao fue Judea y Samaria, Herodes Antipas heredó Galilea y Perea, y Filipo recibió Iturea y otras regiones más secundarias. Pero a los diez años de esto, ya en el año 6 después de Cristo, Arquelao es depuesto, y el gobierno pasa al control directo de los romanos, ya como provincia romana. A partir de ese momento la oposición contra los dominadores se hace más ostensible, surge el partido zelote, y la angustia e incertidumbre crecientes refuerzan las ideas mesiánicas y apocalípticas.

En el año 26, Poncio Pilato inicia su mandato como gobernador (procurador) de la provincia de Judea.

Y en la Iglesia las cosas se suceden siguiendo su equivalencia habitual; pero ahora, como ya nos acercamos a la época actual, y dado que a medida que nos aproximamos se va perdiendo la distancia de perspectiva, nuestra visión de los acontecimientos puede resultar un tanto "borrosa"; por lo que dicha circunstancia debe tenerse en cuenta a la hora de la comparación, aunque no por eso vayamos a dejar de intentarla.

Tras la desaparición de los Estados Pontificios en el año 1870, Italia no reconoce la autoridad del Papa como "jefe de estado", ni éste tampoco lo hace con Italia. Y así se mantienen las cosas durante cincuenta y nueve años, periodo en el que ocurren importantes acontecimientos: como la Primera Guerra Mundial iniciada en 1914, y la Revolución Soviética en 1917. Debe llegar 1929 para que se consiga el tratado de Letrán, mediante el cual, Italia y el Vaticano, se reconocen mutuamente; convirtiéndose éste último, en el estado más pequeño del mundo, y cuyo territorio también incluye tres basílicas romanas: San Juan de Letrán, Santa María la Mayor y San Pablo Extramuros. El Papa (en esta ocasión Pío XI), adquiere la categoría de rey o jefe de estado de un nuevo país que podríamos llamar "moderno".

Además, en este momento, se amplían los "límites" de la institución eclesial, y comienza a darse importancia a los seculares (o laicos) como miembros activos de la Iglesia, surgiendo los primeros movimientos; como pueden ser: el Opus Dei en España en el año 1928 (sin el reconocimiento oficial eclesiástico al principio); y promovida por Pío XI, la Acción Católica, que con el tiempo hará brotar de su seno multitud de grupos y otros movimientos (y en los que, hoy en día, se podría reconocer muy bien el reflejo de los primitivos antecedentes judíos, en cuanto a rasgos equivalentes y a peculiaridades diferenciales entre ellos se refiere).

Dos acontecimientos mundiales son dignos de destacar aquí: La Segunda Guerra Mundial entre los años 1939 a 1945, y la fundación del Estado de Israel en 1948. (Precedidos ambos por la Guerra Civil Española (1936-1939), origen de muchos mártires.)

La II Guerra Mundial tiene la importancia de generar un nuevo orden mundial, en el que los Estados Unidos pasan a equivaler a la Roma imperial antigua, y los estados europeos a las antiguas polis griegas (que se unificaron gracias a la influencia de Roma); y en el que la Iglesia también se ve influida sobremanera por este nuevo imperio, que ya no actúa tanto sobre "el camino" (la perspectiva del Pueblo de Israel), sino sobre "la verdad" (la perspectiva de la Iglesia).

La fundación del Estado de Israel nos interesa para comentarla en la última etapa, y fijarnos en lo que sucedió con el pueblo judío tras Jesucristo.

Siguiendo con la historia de la Iglesia: en el año 1950, Pío XII, proclama el dogma de la Asunción de la Virgen María en cuerpo y alma a los cielos. Entre los años 1962 y 1965 se celebra el Concilio Vaticano II en el que se "reforma y embellece el templo de la fe". En 1978 aparece la Teología de la Liberación, que viene a ser la inspiradora de los "zelotes" de nuestros tiempos. En 1982 el Opus Dei alcanza la prelatura personal que le hace depender exclusiva y directamente del Papa. En 1984 el Vaticano establece relaciones diplomáticas con Estados Unidos (lo que hasta entonces no se había producido a causa de problemas

históricos y de conveniencias); y también, ese año, Roma deja de ser la "Ciudad Santa" según el concordato entre el Vaticano e Italia.

El equivalente a la "pax romana" se impone en el mundo (en el nuevo imperio), a la par que en la Iglesia surge la contestación al mismo en diversas corrientes y situaciones. El "teologismo" da lugar a múltiples interpretaciones de la verdad custodiada por la Iglesia, con lo que todo se cuestiona y todo se remueve de su lugar, desmontando muchas de las "seguridades" que hasta entonces servían de apoyo; y la confusión, y con ella la incertidumbre, hacen su aparición en el seno de la Iglesia; con lo que la pérdida de identidad entre los cristianos, y la increencia entre los bautizados, se va extendiendo de forma asombrosa, y la nueva apocalíptica florece de una nueva manera. Todo cambia cada vez más deprisa, como quien acelera para poder efectuar un salto.

De esta manera llegamos al final del milenio, y entramos en las conmemoraciones de los hechos que ocurrieron dos mil años atrás. En 1987-1988 se celebra el Año Santo Mariano. En 1992 se promulga el catecismo oficial de la Iglesia Católica, a modo de "censo" de la verdad y las razones que la asisten; mientras que el "censo o empadronamiento" espiritual y de vida, se decreta en la encíclica "Tertio Millenio Adveniente" de 1994, para que se desarrolle entre los años 1996 a 1999 y culmine con el Gran Jubileo del año 2000. (Curiosamente en 1997 aparece un cometa que es visible por todos, ¡a simple vista!)

Todo esto transportado a la vida del creyente se parece mucho a la etapa final de la vida de cualquier persona, en la que bien por ancianidad, o bien por enfermedad, todo se vuelve impotencia e incapacidad, y nada responde al control sobre las cosas que se tenía antes, surgiendo la duda, la incertidumbre y el tener que elegir entre la esperanza o la desesperación; para abandonarse por último en las manos de Dios: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.» (Lc 23, 46)

Sin embargo, cuando estas circunstancias se presentan sin coincidir con la etapa final de la vida física del creyente, indican que éste se enfrenta a otro tipo de muerte, la muerte del propio egoísmo y la apertura plena a Dios, y en consecuencia, a un nuevo comienzo, que se resume en esa otra frase de abandono en las manos de Dios: «Aquí está la esclava del Señor, que me suceda según dices.» (Lc 1, 38)

En esta etapa, el creyente descubre, forzado por las circunstancias, que la misión de su vida no está tanto en mantener una situación pasada, que cada vez se muestra más insostenible e irrecuperable, como en encontrar una nueva solución para la misma; por lo que ha de replantearse la vida (concilio, reforma del templo), para conseguir una mejor identificación entre vida y misión. Pero cuando ya ha realizado todo lo que sabía sin resultado aparente y la confusión le rodea, en el momento más insospechado, en lo más pobre, humilde y poca cosa de él, Dios interviene y le confirma su sempiterna alianza: La misión es la misma vida, y la vida la misión. No hay que hacer nada, sólo dejarse llevar por Él; volver a los orígenes (censo), desprendiéndose de todo tipo de seguridades. («Sal de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, y vete a la tierra que yo te indicaré.» (Gn 12, 1))

Habría que tener mucho cuidado con las opciones que se le plantean al creyente invitándole a rebelarse contra el medio externo que le ha desposeído

de lo que él cree como su personalidad, porque esas le conducirán, exclusivamente, a la desolación.

Y nuestra diminuta Iglesia de Nuestra Señora del Pilar de Campamento (tan pequeña como la imagen de su Virgen), esa jornada se disponía a llegar a la meta, a Santiago de Compostela; así que como acordamos el día anterior, nos levantamos mucho más temprano de lo habitual (a las cuatro de la mañana), para poder llegar sin agobios a la misa de las doce (la misa del peregrino), en la Catedral de Santiago. Y como también habíamos decidido: ese día, y al menos por una vez, caminaríamos todos juntos al paso de los más lentos. Y así lo hicimos.

Salimos sin pararnos a desayunar (pensando hacerlo en Labacolla); y como era noche cerrada y sin luna, optamos por seguir todo el tiempo la carretera hasta que amaneciera, ya que, aunque sólo poseía iluminación en los lugares con casas, era más fácil caminar por ella (a la luz de las linternas y las estrellas) sin que pasara nada, que por el camino, que a esas horas parecía boca de lobo. (La oscuridad, confusión e incertidumbre propias de la etapa, solventadas de la mejor manera posible.)

Nos tuvimos que volver para contemplar el precioso amanecer, porque al caminar hacia el oeste, el alba surgía por nuestra espalda. (La esperanza y la vuelta a los orígenes.) Nunca habíamos visto amanecer en el camino.

En Labacolla no encontramos ni un solo bar abierto, a pesar de que ya era una hora más normal para que alguno lo hubiera hecho, así que nos tuvimos que aguantar las hambres, y seguir camino (ya alejados de la carretera).

En San Marcos, a la vista del monumento del Monte del Gozo, y tras esperar un buen rato a que abriera algún bar, cuando ya nos disponíamos a proseguir, ¡por fin! uno nos acogió y pudimos desayunar.

En el Monte del Gozo, junto al monumento conmemorativo de la visita que el Papa Juan Pablo II hizo en 1989, tuvimos un acto mariano en el que recordamos ese otro momento de gozo de la Anunciación a la Virgen María y la Encarnación del Verbo; para ello se leyó el correspondiente texto evangélico de San Lucas (1, 26-38), que nos recordaba que la Virgen María, con su "hágase", permitió que la solución anhelada cobrara carne en el mundo, aunque esa solución, en principio, no entraba en sus expectativas o presupuestos. (Al igual que nos ocurre a nosotros, que quizás las soluciones de Dios tampoco entren en nuestros proyectos, presupuestos o expectativas.) Luego, tras el rezo del Avemaría, el Magníficat y el Gloria, recibimos, cada uno de nosotros, una "cartita de Dios" que contenía un rosario de dedo y las oraciones del Padrenuestro, el Avemaría y el Gloria, para recordarnos la importancia fundamental de la oración.

Reemprendimos la marcha, todo contentos de comprobar que ya habíamos llegado, y decidimos entrar en el recinto del enorme albergue del Monte del Gozo (construido en el lugar en el que se celebró el encuentro del Papa con los jóvenes en 1989), para que nos pusieran el sello en nuestra credencial; pero Pilar y Don Jesús no quisieron, y optaron por quedarse a esperar en la puerta de arriba, por la que habíamos entrado. Sin embargo, nosotros, una vez atravesado todo el complejo urbanístico hasta el lugar donde nos pusieron el sello, salimos por la de abajo, y como no vimos que Pilar y Don

Jesús nos estaban esperando allí, supusimos que habían ido adelantando camino, y proseguimos.

Enseguida rompimos a cantar canciones religiosas y de la tradición popular, y así llegamos, todo eufóricos, atravesando las calles de la ciudad, hasta la puerta de la Azabachería de la Catedral. (Hasta Yolanda, que se confesaba no creyente, cantaba.) Fue tan emotivo, que a ninguno se nos olvidará esa entrada en Santiago. (Era la alegría de Navidad.)

En dicha puerta, sin entrar, seguimos cantando, hasta ver si aparecían Pilar y Don Jesús, para así atravesarla todos juntos. Alguno los buscó por la plaza del Obradoiro y por la puerta principal, y en el interior... sin éxito. Federico, que ya había llegado, nos informó que no sabía de ellos, por lo que dedujimos entonces, que se habían quedado atrás; y Federico se fue a buscarlos con el coche, pero no los encontró.

Al final, ya próximo el comienzo de la misa, cuando ya llevábamos una hora allí y habíamos ido entrando a rezar ante la tumba del apóstol (símbolo de nuestra llegada a la "muerte", al "finisterre"), Federico se encontró a su mujer que había accedido al templo por la puerta de Platerías (la opuesta), y acababa de llegar. De este modo, fue como nos enteramos de que Don Jesús se estaba revistiendo para celebrar, y que ellos, viendo que el resto del grupo no salía por donde esperaban, y que se echaba la hora encima, tomaron la decisión de continuar camino.

En la misa (en la que nos sorprendió ver a nuestros conocidos santiagueses), la lectura del libro del Éxodo (32, 15-24.30-34) nos relató el momento en que Moisés baja del monte con las tablas de la ley, y se encuentra al pueblo adorando a un becerro de oro, indicándonos lo volubles y poco de fiar que somos; (y puede que a nosotros nos quisiera decir que no es el arte de la catedral o cosas semejantes lo que tendríamos que admirar, sino estar expectantes a lo que Dios nos fuera a comunicar). El Salmo 104 (105) insistía en ello: en el olvido de las maravillas que Dios había obrado en nosotros. Sin embargo, el Evangelio, nos llenaba de esperanza al mostrarnos cómo, de lo más pequeño, podía venir lo grande:

«Les propuso otra parábola: "Sucede con el reino de los cielos lo que con un grano de mostaza que un hombre toma y siembra en su campo. Es la más pequeña de todas las semillas, pero cuando crece es mayor que las hortalizas y se hace como un árbol, hasta el punto de que las aves del cielo pueden anidar en sus ramas."

Les dijo otra parábola: "Sucede con el reino de los cielos lo que con la levadura que una mujer toma y mete en tres medidas de harina, hasta que todo fermenta."

Jesús expuso todas estas cosas por medio de parábolas a la gente, y nada les decía sin utilizar parábolas, para que se cumpliera lo anunciado por el profeta: "Hablaré por medio de parábolas, publicaré lo que estaba oculto desde la creación del mundo".» (Mt 13, 31-35)

Este era el "recadito" de Dios para nosotros, perfectamente en consonancia con el tema que llevábamos ese día de la encarnación de la fuerza de Dios en la impotencia humana; (pero nadie se percató de ello, claro está: ¡Estaba dicho "en parábolas"!).

Tras la misa fuimos a solicitar el diploma acreditativo de haber peregrinado a Santiago (lo que llaman "la Compostela") y a dejar las mochilas en el Seminario Menor donde íbamos a dormir esa noche (y para lo que tuvimos que bajar y subir la cuesta de la calle de la Trompas). Pero no todos las dejaron, porque algunos habían decidido regresar a Madrid esa misma noche en el tren expreso.

Tampoco pudimos comer todos juntos ese día 28 de julio (aunque sí la mayoría). Ni comentar el tema del día... Pero sí, al menos, estuvimos todos para despedir a María Jesús, Cristian, David, Luis y Raúl, cuando se subieron al tren. (Era nuestra particular diáspora, como la de los judíos por el Imperio, o la que ocurre en la Iglesia con los bautizados.)

Los demás, aunque estaba proyectado volver en autocar la mañana del miércoles 30 de julio, decidimos sacar billete para el expreso del día siguiente al que estábamos.

Esa tarde-noche, debía haberse leído el siguiente texto evangélico:

«El año quince del reinado del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la región Traconítida, y Lisánias tetrarca de Abilene, en tiempos de los jefes de los sacerdotes Anás y Caifás, la palabra de Dios vino sobre Juan, el hijo de Zacarías, en el desierto. Y fue por toda la región del Jordán predicando que se convirtieran y se bautizaran para que se les perdonaran los pecados, como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías: "Voz que grita en el desierto: preparad el camino al Señor; allanad sus senderos; todo valle será rellenado y toda montaña o colina será rebajada; los caminos tortuosos se enderezarán y los ásperos se nivelarán. Y todos verán la salvación de Dios". (...)»

El pueblo estaba a la expectativa y todos se preguntaban si no sería Juan el Mesías. Entonces Juan les dijo: "Yo os bautizo con agua, pero viene el que es más fuerte que yo, a quien no soy digno de desatar la correa de las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego. En su mano tiene el bieldo para aventar su parva y recoger el trigo en su granero; pero la paja la quemará en un fuego que no se apaga". Con estas y otras muchas exhortaciones anunciaba al pueblo la buena noticia.» *(Lc 3, 1-6.15-18)*

Y nosotros, sin saberlo, cumplimos aquello que hubiéramos leído de haber tenido ocasión, porque esa misma tarde habíamos ido a ver la catedral con tranquilidad, y a confesarnos (casi todos) en ella.

DÉCIMA TERCERA ETAPA

(DÉCIMOTERCERA ETAPA)

- JESUCRISTO -

(LA ESPERANZA SE HACE VIDA)

El propósito para esta etapa es el de procurar un encuentro con Jesús, respondiendo a la pregunta evangélica: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (*Mt 16, 15*), para lo que tendremos que plantearnos en serio: ¿Qué significado tiene Jesucristo en mi vida? ¿Le puedo reconocer en ella? ¿Dónde puedo encontrar la encarnación de Dios en mí?

«Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras vidas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.» (*Mt 11, 28-30*)

El año 26, Jesús, inicia su vida pública, anunciando la llegada del reino de Dios: «El plazo se ha cumplido. El reino de Dios está llegando. Convertíos y creed en el evangelio.» (*Mc 1, 15*)

Es decir: "Tened esperanza y creed en lo que os digo, para que Dios sea verdaderamente el rey de vuestra vida" (que así sería como lo interpretaríamos para enlazar con todo lo que llevamos dicho en las etapas anteriores). O de otro modo: "Fiaros de Dios y fiaros de mí que os lo digo".

Es un mensaje sencillísimo, y quizás por eso, difícil de entender (al quererle buscar "tres pies al gato"); razón por la cual sólo lo penetran los humildes y los sencillos, los que todo lo esperan de Dios.

Eso tan fácil y tan asequible resulta ridículo si se compara con lo complicado que parece ser todo, por eso, para llamar nuestra atención y que nos paremos a valorarlo, ha de ir acompañado de signos explicativos (milagros) que lo manifiesten y den testimonio de esa verdad.

El problema surge cuando preferimos quedarnos con lo aparentemente complicado (por lo enigmático) de los milagros (que es sólo lo superficial de la apariencia), sin reparar en el fondo que ellos nos quieren revelar. Pero Dios es La Sencillez, no se puede contradecir a sí mismo, así que las complicaciones, "los tres pies al gato", no son de Dios. Por eso Jesús tuvo que enfrentarse a ese problema de incomprensión, tanto de un lado como del otro:

«Los fariseos y saduceos se acercaron a Jesús con la intención de tenderle una trampa y le pidieron que les mostrase una señal del cielo. Él les respondió: "Por la tarde decís: Va a hacer buen tiempo, porque el cielo está rojizo. Y por la mañana: Hoy hará malo, porque el cielo está rojizo y cargado. Sabéis discernir el aspecto del cielo, pero no los signos de los tiempos. Esta generación perversa e infiel reclama un signo, pero sólo les darán el signo de Jonás". Y sin más, los dejó y se marchó.» (*Mt 16, 1-4*)

«Os aseguro que no me buscáis por los signos que habéis visto, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Esforzaos, no por conseguir el alimento transitorio, sino el permanente, el que da la vida eterna. Ese alimento os lo dará el Hijo del hombre, porque Dios, el Padre, lo ha acreditado con su sello.»
(Jn 6, 26-27)

En la segunda parte de su vida pública, Jesús, comprobada la incompreensión general, se centra en sus discípulos, en los que le siguen de continuo, pero sabiendo, que aun éstos, están todavía lejos de una adecuada comprensión:

«Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para zarandearos como al trigo. Pero yo he rogado por ti, para que tu fe no decaiga; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos.» (Lc 22, 31-32)

Pero el rechazo a Jesús alcanza su máximo con la decisión de los dirigentes judíos de darle muerte:

«Uno de ellos, llamado Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: "Estáis completamente equivocados. ¿No os dais cuenta de que es preferible que muera un solo hombre por el pueblo, a que toda la nación sea destruida?" Caifás no hizo esta propuesta por su cuenta, sino que, como desempeñaba el oficio de sumo sacerdote aquel año, anunció bajo la inspiración de Dios que Jesús iba a morir por toda la nación; y no solamente por la nación judía, sino para conseguir la unión de todos los hijos de Dios que estaban dispersos. A partir de este momento tomaron la decisión de dar muerte a Jesús.» (Jn 11, 49-53)

Y el rechazo también hizo mella en sus "amigos" más íntimos:

«Entonces Satanás entró en Judas, llamado Iscariote, que era uno de los doce, y éste fue a tratar con los jefes de los sacerdotes y las autoridades del templo la manera de entregárselo. Ellos se alegraron y convinieron en darle dinero. El aceptó la propuesta y andaba buscando una ocasión para entregárselo a espaldas de la gente.» (Lc 22, 3-6)

Posiblemente el viernes 8 de abril, víspera de la pascua del año 30, murió Jesús en la cruz, como un malhechor. Y con esa muerte, el pueblo judío mataba su esperanza; esperanza que se había ido concretando y condensando a lo largo de todos los siglos de su historia, hasta llegar a encarnarse en ese preciso momento histórico.

«¿Con quién compararé esta generación? Es como esos muchachos que sentados en la plaza, cantan a otros esta copla: "Os hemos tocado la flauta y no habéis danzado, hemos entonado lamentos y no habéis hecho duelo". Porque vino Juan, que no comía ni bebía, y dicen: "Está endemoniado". Viene el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: "Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores". Pero la sabiduría ha quedado acreditada por sus obras.» (Mt 11, 16-19)

Para el creyente, descubrir a Cristo en su vida, encontrar la Esperanza en lo profundo de sí que le dice. "Fíate de Dios y de mí que soy quien te lo digo", le ha de llevar a tomar una decisiva opción: O abandonarse total y completamente en las manos de Dios, que sabe más, y dejarle que sea Él quien obre los signos de salvación; o sofocar esa esperanza, sumirse en la angustia, y luchar a ciegas, como fiera acorralada, frente a las tinieblas que le rodean.

Es, en definitiva, la opción última y extrema ante la muerte (ya sea física o vivencial): O con Cristo, o contra Cristo; no cabe término medio.

«Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: “¿no eres tú el Mesías? Pues sálvate a ti mismo y a nosotros”. Pero el otro intervino para reprenderlo diciendo: “¿Ni siquiera temes a Dios tú, que estás en el mismo suplicio? Lo nuestro es justo, pues estamos recibiendo lo que merecen nuestros actos, pero éste no ha hecho nada malo”. Y añadió: “Jesús, acuérdate de mí cuando vengas como rey”. Jesús le dijo: “Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso”.» (Lc 23, 39-43)

En lo que respecta a nuestra peregrinación parroquial, este día estaba dedicado a recorrer la ciudad.

Por la mañana estuvimos disfrutando de no madrugar tanto, y de un recorrido tranquilo y reposado. Fuimos a la misa del peregrino, a las doce, y las lecturas nos siguieron hablando directamente como venía ocurriendo hasta entonces:

«Moisés tomó la tienda y la plantó fuera del campamento, a cierta distancia de él, y la llamó la tienda del encuentro. Todo el que quería dirigirse al Señor, tenía que salir fuera del campamento y dirigirse a la tienda del encuentro. Cuando salía Moisés, todo el mundo se ponía de pie y, situándose cada uno a la puerta de su propia tienda, seguían a Moisés con la mirada hasta que entraba en la tienda. En cuanto Moisés entraba en la tienda, la columna de nube descendía y permanecía a la entrada de la tienda mientras el Señor hablaba con Moisés. El pueblo contemplaba la columna de nube, que permanecía a la entrada de la tienda; entonces todo el mundo se postraba, cada uno en la entrada de su tienda. El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como un hombre habla con su amigo. Luego Moisés volvía al campamento; pero Josué, su ayudante, hijo de Nun, no se movía de la tienda. (...)

Moisés invocó el nombre del Señor. Entonces pasó el Señor delante de Moisés clamando: “El Señor, el Señor: un Dios clemente y compasivo, paciente, lleno de amor y fiel; que mantiene su amor eternamente, que perdona la iniquidad, la maldad y el pecado; pero que no los deja impunes, sino que castiga la iniquidad de los padres en los hijos y nietos hasta la tercera y cuarta generación”. Inmediatamente, Moisés cayó rostro a tierra, y le dijo: “Mi Señor, si gozo de tu protección, que venga mi Señor entre nosotros, aunque éste sea un pueblo obcecado. Perdona nuestra iniquidad y nuestro pecado, y tómanos como heredad tuya”. (...)

Moisés permaneció allí con el Señor cuarenta días y cuarenta noches; no tomó alimento alguno ni bebió. Y escribió sobre las tablas las diez cláusulas de la alianza.» (Ex 33, 7-11; 34, 5b-9.28)

El Salmo 103 (102) nos invitaba a bendecir al Señor, y nos aseguraba que «como un padre siente ternura por sus hijos así siente el Señor ternura por sus fieles; Él sabe de qué estamos hechos, se acuerda de que somos polvo.»

En el Evangelio, Jesús explicaba la parábola de la cizaña:

«Entonces dejó a la gente y se fue a la casa. Sus discípulos se le acercaron y le dijeron: “Explícanos la parábola de la cizaña en el campo”. Jesús les dijo: “El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino; y la cizaña, los hijos del

maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la siega es el fin del mundo; y los segadores, los ángeles. Así como se recoge la cizaña y se hace una hoguera con ella, así también sucederá en el fin del mundo. El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, que recogerán de su reino a todos los que fueron causa de tropiezo y a los malvados, y los echarán al horno de fuego. Allí llorarán y les rechinarán los dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga".» (Mt 13, 36-43)

En resumen: Dios, a pesar de nuestras infidelidades, siempre reafirma su alianza y siempre está dispuesto a un nuevo comienzo. "Como un hombre habla con su amigo", así explica a sus cercanos (que son a quienes verdaderamente les importa), su lenguaje, con su sentido "aparentemente escondido". (Como hacía y había hecho con nosotros, a lo largo de toda la peregrinación, con las cosas que nos sucedían, y que sólo las podría detectar quien tuviera "ojos para ver" y "oídos para oír".) Y al final, la gran depuración, la separación del trigo y la cizaña; una para conservarse y la otra para quemarse.

¡Dios nos había hablado en parábolas a nosotros durante toda la peregrinación, y nos las había explicado como "un amigo hace con su amigo"! ¡Nosotros éramos el grano de mostaza y la levadura de las lecturas del día anterior!

Esa tarde, tuvimos tiempo de sobra, y pudimos tratar el tema previsto para la jornada. Consistía en realizar un juicio a Jesús, aportando los pros y los contras a las acusaciones que se plantearon; pero dada la coincidencia entre el momento histórico de Israel comparado con el de la Iglesia, y el presente de ésta, resultaba un juicio a la vez antiguo y actual.

Las acusaciones fueron:

—¿Es culpable de separatismo y sedición de la fe de nuestros padres, y de no pertenecer a ningún movimiento establecido?

—¿Es culpable de alejarnos de nuestras costumbres, desinstarnos y lanzarnos a confraternizar con nuestros enemigos y con el mundo que nos tiraniza y nos domina?

—¿Es culpable de extravagante, irrealista, utópico, paranoico (locura delirante), y presunción extrema?

—¿Es culpable de lanzarnos al fracaso, la inseguridad, el sufrimiento, la infelicidad y la destrucción del Pueblo?

Tras comentar detenidamente cada una, llegamos a la conclusión de que, prácticamente, era culpable de todas las acusaciones, y que la condena para ese Cristo actualizado sería la de ser totalmente ignorado, o la muerte. Aunque no todos se atrevieron a afirmar dicha condena con rotundidad, posiblemente por verse repitiendo actitudes que siempre habían condenado.

En cuanto a sus seguidores: también convinimos que serían perseguidos, como ya ha venido ocurriendo a lo largo de la historia.

Y según estaba previsto, esa noche cogimos el tren para Madrid, salvo Federico y Pilar que tenían proyectado quedarse unos días por Galicia (ellos, sin saberlo, hicieron el papel del Israel que se queda en el camino).

Fue una penosa noche de viaje para los diez que regresábamos. Hacinados en los compartimentos, porque el tren iba repleto, nos acomodamos como pudimos para intentar maldormir. (Las tinieblas de la pasión y la muerte del año 30.)

ETAPA FINAL

- LA MISIÓN -

(EL NUEVO COMIENZO)

Esta etapa tiene como propósito caer en la cuenta y valorar la propia vida como un camino de misión, para lo que habrá que realizar una visión retrospectiva de la misma, a la luz de todo lo que hemos tratado hasta aquí, preguntándonos: ¿Cuál es la misión que Jesucristo desea para sus seguidores? ¿Y la que quiere para mí en concreto? ¿Qué me supone ser "Cristo" con Cristo?

«Jesús resucitó en la madrugada del primer día de la semana y se apareció en primer lugar a María Magdalena, de la que había expulsado siete demonios. Ésta fue a comunicárselo a los que lo habían acompañado, que estaban tristes y seguían llorando. Ellos, a pesar de oír que estaba vivo y que ella lo había visto, no lo creyeron.

Después de esto se apareció, con aspecto diferente, a dos de ellos que iban de camino hacia el campo. También fueron a dar noticia a los demás. Pero tampoco les creyeron.

Por último, se apareció a los once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y su terquedad, por no haber creído a quienes lo habían visto resucitado.» *(Mc 16, 9-14)*

«Los once discípulos fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había citado. Al verlo, lo adoraron; ellos que habían dudado. Jesús se acercó y se dirigió a ellos con estas palabras: Dios me ha dado autoridad plena sobre cielo y tierra. Poneos, pues, en camino, haced discípulos a todos los pueblos y bautizadlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, enseñándoles a poner por obra todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.» *(Mt 28, 16-20)*

La resurrección de Jesús (probablemente la madrugada del domingo 20 de abril del año 30), supone que la muerte ha sido vencida, y que el cuerpo muerto se ha transformado en cuerpo resucitado, que aun siendo el mismo, tiene características diferentes que dificultan la identificación entre ambos.

Pues eso mismo es lo que ocurre con el judaísmo que acaba de morir y el cristianismo recién resucitado, entre el cuerpo "camino" constituido por el Pueblo de Israel y el cuerpo "verdad" que conforma a la Iglesia. Es el mismo cuerpo, pero al tener características diferentes, nos es difícil constatar tal identidad. Así que ha de ser el creyente el que debe cotejar ambos cuerpos, asumir su identidad y la transformación ocurrida, y ponerle vida, su propia vida, a ese cuerpo.

Así de simple es la misión: "darle vida al cuerpo" (y la vida es Cristo).

Los discípulos de Jesús, al principio, no eran conscientes de su novedad, por lo que permanecían integrados en las costumbres del pueblo como uno más, pero con el tiempo, los problemas se fueron acrecentando hasta acabar con la separación oficial del judaísmo, consumada en el Concilio de Jerusalén en el año

49. (San Pablo, que se había convertido en el año 36, pudo contar los prodigios que Dios había hecho entre los gentiles.)

Pero centrándonos ahora en los judíos que no aceptaron a Jesucristo, podemos apreciar en ellos la evolución, no de un cuerpo que muere y resucita, sino la de un cuerpo que muere y se descompone. Es un cuerpo que también cambia para transformarse en cadáver, pero que resulta más fácil de identificar con el primitivo, porque mantiene algunos restos que se degradan menos, o que momificados o fosilizados pueden mantener un aspecto o apariencia, pero nunca la vida que les animaba.

Así los judíos que quisieron mantener sus seguridades a toda costa, sin querer doblegarse a la impotencia que les hubiera abierto las puertas de la esperanza en Dios, se rebelaron contra el Imperio invasor. El general Vespasiano atacó a los insurrectos que consiguieron hacerse fuertes en Jerusalén; pero en el año 70, Tito, hijo de Vespasiano, se hizo cargo de las legiones romanas al ser nombrado su padre emperador. Sitió Jerusalén, lo asaltó, incendió y destruyó su Templo hasta la base. (Conservándose solamente una parte del muro más exterior que hoy se conoce bajo el nombre de "muro de las lamentaciones".)

Los zelotes supervivientes que consiguieron escapar se refugiaron en la fortaleza de Masada. Pero cercada y sin salida, sus ocupantes, antes de entregarse, prefirieron suicidarse en masa; con lo que, en el año 73, acabó la sublevación, y se inició la gran dispersión judía (diáspora) por todo el Imperio.

A partir de este momento comienza a reestructurarse el judaísmo sin templo, tomando como base la estructura sinagoga y el modo de hacer del grupo o movimiento fariseo; dándose por oficial dicha reforma en el año 100.

La segunda sublevación judía comenzó en el año 132, pero fue sofocada en el 135 de una forma drástica. Se asoló Jerusalén, se distribuyó sal por sus campos para hacerlos estériles, y se dictó una prohibición absoluta de acercarse a ella, ni tan siquiera para poder avistarla de lejos. Situación que acabó de culminar la total diáspora.

Durante la friolera de mil ochocientos trece años, la región de Palestina permaneció fuera del control de los descendientes del judaísmo, siendo habitada por otros pueblos.

En el siglo XX, las ideas sionistas movieron a algunos grupos judíos a retornar a la tierra de sus ancestros para intentar refundar el estado de Israel, cosa que lograron en el año 1948, generando multitud de conflictos con sus pobladores actuales, al pretender emular a Josué en la expulsión de los mismos, y remedando con ellos, en cierto modo, el genocidio a que los mismos judíos habían sido sometidos en la Alemania nazi poco antes. Situación que trae a la mente una parábola de Jesús:

«Con el reino de los cielos sucede lo que con aquel rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Al comenzar a ajustarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Como no podía pagar, el señor mandó que lo vendieran a él, a su mujer y a sus hijos, y todo cuanto tenía, para pagar la deuda. El siervo se echó a sus pies suplicando: "¡Ten paciencia conmigo que te lo pagaré todo!" El señor tuvo compasión de aquel siervo, lo dejó libre y le perdonó la deuda. Nada más salir, aquel siervo encontró a un compañero suyo que le debía

cien denarios; lo agarró y le apretaba el cuello, diciendo: "¡Paga lo que debes!" El compañero se echó a sus pies suplicándole: "¡Ten paciencia conmigo y te pagaré!" Pero él no accedió; sino que fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara la deuda. Al verlo sus compañeros se disgustaron mucho y fueron a contar a su señor todo lo ocurrido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: "Siervo malvado, yo te perdoné aquella deuda entera, porque me lo suplicaste. ¿No debías haber tenido compasión de tu compañero, como la tuve yo de ti?" Entonces su señor, muy enfadado, lo entregó para que lo castigaran hasta que pagase toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial si no os perdonáis de corazón unos a otros.» (Mt 18, 23-35)

La desolación, la increencia y la desconfianza en el mismo Dios que profesan, quedan claras en esta segunda opción de la historia, así como la repetitiva decisión voluntaria en mantenerla; lo que se parece bastante a la opción por mantenerse en el infierno tras la muerte. (Al infierno no se va por equivocación o por accidente, sino por decisión plena y voluntaria, y esforzándose por perseverar en ella. Dios siempre tiene las manos abiertas.)

En fin, visto lo visto, debemos aprender de la historia y aplicarnos el cuento, teniendo bien presente aquel refrán que dice: "Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, echa las tuyas a remojar".

En la historia del creyente, una vez que ha elegido fiarse de Dios y esperar contra toda esperanza, aparece el fracaso, aparentemente definitivo, del nuevo sentido de la misión recién descubierto: "Dios, no acudirá en su ayuda. No hay esperanza". Sin embargo, casi inmediatamente, tal fracaso mostrará su verdadero rostro de triunfo, y de una manera insospechada hasta entonces por el propio creyente.

Descubierto el nuevo camino, el creyente, tratará de reconducir todas las opciones vitales previas que puedan aprovecharse para la nueva orientación, y tendrá problemas con las que no puedan adaptarse, porque habrá de librarse de ellas, dejándolas abandonadas en el camino de su vida; con lo que el proceso de "metamorfosis" se habrá completado. Sin embargo, si persiste en aferrarse a ellas, la "metamorfosis" no podrá consumarse, y su vida se degradará y corromperá rápidamente acuciada por la intensa presión del medio hostil; sufriendo la desolación y el desconsuelo permanente por haber perdido sus seguridades, y la constante zozobra de querer recuperarlas algún día (decisión que parece convertir a las personas en incapaces para aprender de la experiencia).

El creyente que abandonó sus seguridades a la vera del camino, ha de tener presente, que al final de su vida, el deseo por tenerlas volverá a resurgir, del mismo modo que lo ha hecho el estado de Israel, o como ya nos avisa el libro del Apocalipsis (20, 7-9): «Pero se cumplirán los mil años y Satanás será desencadenado. Se lanzará entonces a seducir a los habitantes de los cuatro puntos cardinales de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunir para la guerra a sus ejércitos, incontables como la arena del mar. Se extendieron, en efecto, sobre la ancha tierra y pusieron cerco al campamento de los elegidos y a la ciudad bienamada. Pero bajó fuego del cielo y los devoró.»

Y la mañana del miércoles 30 de julio de 1997, nuestra pequeña Iglesia de Campamento llegó a la estación de Chamartín, un poco maltrecha por la mala noche pasada en el viaje. Allí nos esperaban la madre de Gema y el padre de

Maite. Luego el metro, un transbordo, otro transbordo (porque la nueva línea 10, que nos hubiera llevado directamente, aún no estaba inaugurada), y ¡por fin!, nuestro barrio. Y en él, la diáspora: cada uno a su casa.

Pero fue una "diáspora cristiana", porque los que por la tarde, una vez descansados y relajados, fueron a la eucaristía de ese día (símbolo de nuestra llegada al "más allá", al "plus ultra"), pudieron escuchar:

«Moisés bajó del monte Sinaí con las dos tablas del testimonio en su mano. Moisés no sabía, al bajar del monte, que su rostro irradiaba luminosidad por haber hablado con el Señor. Aarón y los israelitas miraban a Moisés; su rostro era luminoso, y temieron acercarse a él. Moisés los llamó. Aarón y los jefes de la comunidad lo rodearon; después se acercaron todos los israelitas. Entonces les comunicó todo cuanto el Señor le había dicho en el monte Sinaí.

Cuando Moisés terminó de hablar con ellos puso sobre su rostro un velo. Cada vez que Moisés entraba en el santuario a hablar con el Señor se quitaba el velo hasta que salía. Y cuando salía para comunicar a los israelitas lo que se le había ordenado, éstos quedaban admirados ante el resplandor que despedía la cara de Moisés. Entonces Moisés volvía a ponerse el velo hasta que volvía a hablar con el Señor.» *(Ex 34, 29-35)*

El Salmo 99 (98) proclamaba: "El Señor es rey. Él es santo".

Y el Evangelio relataba dos parábolas sobre el Reino:

«Sucede con el reino de los cielos lo que con un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo deja oculto y, lleno de alegría, va, vende todo lo que tiene y compra el campo.

También sucede con el reino de los cielos lo que con un mercader que busca ricas perlas, y que, al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra.» *(Mt 13, 44-45)*

Y a nosotros nos empezó a decir la gente de la parroquia (a cada uno por independiente): "Ha debido ser una buena experiencia... ¡Se os ve una cara de alegría y felicidad a todos...!"

¡Ojalá sepamos vender todo lo que tenemos (desprendernos de todas nuestras ficticias seguridades) y comprar con ello esa perla, o todo ese campo que alberga la felicidad!

«Dichosos los pobres en el espíritu, porque suyo es el reino de los cielos.»
(Mt 5, 3)

EPÍLOGO

(RELECTURA)

Y todavía, los que fueron a misa al día siguiente, jueves 31 de julio de 1997, pudieron escuchar:

«Haz que se aproximen sus hijos y revístelos con sus túnicas, úngelos como ungió a su padre, para que sean mis sacerdotes. Con esta unción se les asegura el sacerdocio perpetuo a ellos y a sus descendientes.

Moisés hizo todo cuanto el Señor le había ordenado. El día primero del mes del año segundo fue montada la morada. Moisés levantó la morada, asentó las bases, colocó los tableros y los varales y puso en pie los soportes. Y sobre la morada extendió la cubierta tal como el Señor le había ordenado. Tomó las tablas del testimonio y las colocó dentro del arca, puso los varales al arca y situó la plancha de oro encima del arca; metió el arca en la morada, colgó el velo de separación y con él ocultó el arca del testimonio, como el Señor le había ordenado.»

«Se lavaban cada vez que entraban en la tienda del encuentro o se aproximaban al altar, como el Señor le había ordenado. Montó el atrio alrededor de la morada y del altar, y puso el cortinaje a la entrada del atrio. Así acabó Moisés la tarea.

Entonces la nube cubrió la tienda del encuentro y la gloria del Señor llenó la morada. Moisés no podía entrar en la tienda del encuentro, porque la nube estaba encima de ella, y la gloria del Señor llenaba la morada. Durante el tiempo que duró su caminar, los israelitas se ponían en marcha cuando la nube se levantaba de la morada. Si la nube no se levantaba, no partían hasta el día en que se levantaba, porque la nube del Señor se posaba de día sobre la morada, y de noche brillaba como fuego a la vista de todo Israel, durante todas las etapas del camino.» *(Ex 40, 14-21.32-38)*

En el Salmo 84 (83), resaltaban las palabras: «¡Qué deliciosa es tu morada, Señor todopoderoso! (...) Dichosos los que viven en tu casa, alabándote siempre; dichoso el que encuentra en ti su fuerza, y peregrina hacia ti de buena gana. Al pasar por el valle del llanto, lo convierten en manantiales; la lluvia de otoño lo cubre de bendiciones. Caminan animosos, para ver a Dios en Sión.»

Y el Evangelio ponía el colofón a los oídos atentos de nuestros buenos peregrinos (los discípulos de hoy):

«También sucede con el reino de los cielos lo que con una red que echan al mar y recoge toda clase de peces; una vez llena, los pescadores la sacan a la playa, se sientan, seleccionan los buenos en cestos, y tiran los malos.»

(Que es lo que debíamos hacer nosotros con nuestras experiencias acumuladas, en una reflexión posterior.)

«Así será el fin del mundo. Saldrán los ángeles a separar a los malos de los buenos, y los echarán al horno de fuego; allí llorarán y les rechinarán los dientes.

Jesús preguntó a sus discípulos: "¿Habéis entendido todo esto?" Ellos contestaron: "Sí". Y Jesús les dijo: "Todo maestro de la ley que se ha hecho discípulo del reino de los cielos, es como un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas".

Cuando Jesús acabó de contar estas parábolas, se marchó de allí. Fue a su pueblo y se puso a enseñarles en su sinagoga. La gente, admirada, decía: "¿De dónde le vienen a éste esa sabiduría y esos poderes milagrosos?"» *(Mt 13, 47-53)*

Y estas son todas las maravillas (o, al menos, de las que me he acordado), que Dios obró con nosotros en esos días, para edificación de todos.

(30-IV-1998 a 19-VI-1998)
Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús

«María, por su parte, guardaba todos estos recuerdos y los meditaba en su corazón.» *(Lc 2, 19 y Lc 2, 51)*

(20-VI-1998)
Festividad del Inmaculado Corazón de María

ANEXO

(CON MOTIVO DE PUBLICACIÓN EN INTERNET)

*Entresacado de
"Sobre los porqués del hombre y los misterios de la fe",
obra de 1996, del mismo autor.*

El aprendizaje de la experiencia.-

El aprendizaje teórico que se obtiene por el estudio, ha de aprehenderse mediante la reflexión, es decir, ha de hacerse propio ("hallazgo propio"), para que de hecho comience a formar parte de nosotros mismos a través de esa primera experiencia intelectual. En caso contrario, se convertirá en una simple memorización de datos, en algo que utilizamos en una mera relación de necesidad, pero que no es nuestro, y quedará como libro olvidado en una biblioteca, que acabará por ser comido por las ratas.

Pero para que ese aprendizaje sea verdadero, ha de ser asumido por toda la persona, no sólo por su intelecto, por lo que debe ser puesto por obra transformándolo en experiencia práctica, y con ello, en existencia propia, para que de esta forma, tal aprendizaje llegue a buen término. Si sólo quedara en el intelecto, acabaría, con el tiempo, por sufrir el mismo destino que la memorización no utilizada.

Y viceversa: La experiencia también ha de ser asumida por toda la persona para ser verdaderamente, aprendida, es decir, ha de pensarse por el intelecto y ser reflexionada, para que pueda ser reconocida como existencia propia. Si tal experiencia no se reflexiona, y con ello, no se relaciona e integra en la vida de la persona, y en consecuencia, tampoco se le dota de existencia propia, se transformará en un hecho o "dato" memorizado pero completamente inútil, despojado de sentido, de coherencia y de vivencia personal.

Sobre esto (acerca y por encima de esto), hay que tener en cuenta la referencia con el absoluto, con Dios:

Si en la reflexión está presente la referencia a Dios, dicho aprendizaje se integrará en un plano mucho más superior que el de la escueta vida de la persona, y se asumirá con unas perspectivas completamente diferentes de conocimiento y apertura a la voluntad de Dios, aprendiendo a escuchar a Dios en él.

Si por el contrario, dicha referencia se suprime y se cambia por los "pseudoabsolutos" o seguridades, la integración se realizará en función de estos falsos valores, con la subsiguiente pérdida de visión y relacionabilidad, y de tal modo, que cuanto más bajo esté el horizonte de esa visión, más deficiente será esa integración y más inconexa, y así, hasta, progresivamente, perder la capacidad de asociación de hechos, acontecimientos y sucesos, que dejan de tener su función y su orden en la vida, y hacen imposible el aprender de la experiencia vivida en ellos, con lo que se repiten y se repiten comportamientos dañinos, que acaban por desintegrar el proceso de aprendizaje y concluyen con

la destrucción de la persona. [El proceso de atomización del pensamiento que ya mencionamos en "61. La reflexión": *Si reflexionar es "considerar nueva una cosa" (además de detenidamente), para poder considerarla "nueva" han de evitarse las ideas preconcebidas sobre ella, los prejuicios y la suficiencia de dar por "sabida" tal cosa; es decir: ha de mirarse con ojos limpios y humildes (lo que ya hemos repetido unas cuantas veces).*

Pero además, para considerar "detenidamente" dicha cosa, habrán de evitarse los agobios, las presiones y las intromisiones. Situación difícil para quien está lleno de preocupaciones, de intereses y de egoísmos que le roban la paz y el sosiego interior.

Hemos mencionado, asimismo, que reflexionar es también "reflejar", "reflejarse", es decir: manifestarse o manifestar lo que uno es en aquello que se hace. Y como ya sabemos que la manifestación de lo que uno es, depende de lo que cada uno deje traslucir a Dios (fundamento del ser de cada uno): pues en la medida que uno mantenga su relación con Él (con el absoluto), podrá manifestar lo que uno es, es decir: la verdad. Si tal contacto se pierde, lo que se traslucirá es, precisamente, lo que uno "no es" ("no existencia"). En resumen: La pérdida del absoluto conduce al relativismo que se cree absoluto y, en consecuencia, a la confusión. Así que quien pierda "el norte", la orientación hacia el absoluto, sólo podrá reflexionar confusamente.

Otro extremo a valorar en este asunto es lo que hemos denominado: pensamiento relacional. Quien haya perdido el "norte" del absoluto, en su desorientación, pierde capacidad relacional en una progresiva atomización del pensamiento, y en la medida que no haya amor en su vida que le abra los horizontes y le enseñe a comprender (y con ello le muestre la relacionabilidad de las cosas), la atomización y la subsiguiente confusión serán aún mayores, y de tal manera, que las frases y conceptos pierden su capacidad evocadora (relacional), y el lenguaje se reduce a palabras, los acontecimientos a meros sucesos, las personas y la vida a objetos, los objetos a cosas, las actitudes a hechos aislados e inconexos, los hechos a circunstancias, las circunstancias a casualidades, y las casualidades a azar (que es como decir que no tienen causa ni porqué, es decir: razón, relación). Con lo cual se ha llegado a la completa destrucción del pensamiento, y al anular la razón de las cosas y su porqué, se anula con ello la capacidad distintiva del hombre respecto al animal: se le ha aniquilado. Ya, simplemente, es un animal que obedece órdenes: el mejor esclavo, porque además presume de que es libre y hace lo que quiere (aunque, verdaderamente no sepa dar razones de por que lo hace).

Lógicamente, el hecho de meditar, de medir con la razón una determinada cosa, una vez destruida o, al menos, deteriorada la razón, se convierte en un artificio, en una falacia; incapaz de "elevarse un palmo del suelo" (metáfora del entrar en el mundo de la abstracción, de la relacionabilidad y del "más allá" de la apariencia). Así que, en esas circunstancias de pérdida de la relación, las metáforas, las parábolas y los cuentos dejan de entenderse al perder su poder evocador. (Como si a una composición musical le quitasen, primero, el contrapunto [y con ello, las relaciones entre melodías], luego, la armonía [las relaciones de simultaneidad], y por último la melodía [las relaciones de sucesión], lo que supondría ya su completa desintegración.)

Pero el progresivo "no entendimiento" y confusión de una cosa no depende de la cosa en cuestión, sino de los ojos que la miran. Es decir: No es la

cosa la que se corrompe; sino los ojos. En resumen: La aparente corrupción del proceso reflexivo indica y es señal de la auténtica corrupción del hombre. (Corrupción que se manifiesta a todo lo largo y ancho de las actividades humanas, y muy claramente en el arte.)

Por concretar: La verdadera reflexión debe llevar a salirse de un pensamiento lineal, de sucesiones inconexas, para ascender a un pensamiento en tres dimensiones en las que todas las entidades se transformen en funcionales, con un orden y un lugar (forma); (características propias de la estructura lógica; como ya vimos). Así, el reflexionar, se traduce en buscar o colocar en un "plano" la entidad o entidades en cuestión, para, de esta forma, conocer su situación en relación con todo lo demás.]

Es curioso cómo esta incapacidad para aprender de la experiencia se da con inusitada frecuencia en el hombre, y que incluso, es mucho más dramática que en los animales, que suelen mantener un nivel de aprendizaje acorde con su naturaleza animal, mientras que el hombre puede perder hasta ese nivel básico. (Riesgos de la libertad y de optar por el egoísmo, y con ello, por la "no existencia" como hombre.)

Sin embargo, para quien ha optado por el amor, todo se vuelve aprendizaje, ya que no hay que olvidar que el amor lleva implícita la relacionabilidad, con lo que todo es relacionable y de todo se aprende. (Puede que no aumente la inteligencia natural (biológica) de cada uno, pero sí, y en gran manera, su rentabilidad.)

"María, por su parte, guardaba todos estos recuerdos y los meditaba en su corazón." (Lc 2, 19 y Lc 2, 51)

(31 de diciembre de 2002)

iY hubo quien volvió al año siguiente! (18 al 30 de julio de 1998): Daniel, Irene (*Hija de la Iglesia*), Javier, Jorge (*que no pudo ir el año anterior*), María Jesús (*que repetía*), Ramón (*sacerdote*) y Raúl (*que también repetía*). Y que se encontraron con este escrito, ya perfectamente encuadernado, el mismo día de su regreso.

En 1999, año santo compostelano, la peregrinación parroquial a Santiago de Compostela ya no fue a pie, sino en dos autocares repletos.

RECOMENDACIONES FINALES

(PARA EL CAMINO Y LA VIDA)

Tomadas del "Libro del Peregrino" utilizado para la presente peregrinación, y elaborado por el mismo autor en las mismas fechas.

Léase en sentido literal y en el figurado o metafórico:

- 1.- Planea tus etapas con equilibrio y juicio.
- 2.- Sé flexible y acepta con alegría que las circunstancias puedan tirar todos tus planes y previsiones por el suelo. Tú, adáptate, y sigue adelante.
- 3.- Ve ligero de equipaje. (Aprende a prescindir de cosas.)
- 4.- Lo que hayas de llevar distribúyelo racionalmente para que soportes mejor su peso.
- 5.- Procura elaborar y probar tu equipaje con antelación, no sea que tu idea no coincida con la realidad y ya no tengas tiempo para cambiarla.
- 6.- Entrénate para el camino, es duro; pero merece la pena sacrificarse un poco para poder llegar a destino.
- 7.- Ponte un calzado adecuado para el camino, pero que te sea cómodo. Pruébalo y domina sus rigideces antes de ponerte en camino con él.
- 8.- Usa una ropa cómoda y adecuada. Lo que oprime y constriñe no deja respirar y agobia.
- 9.- Recuerda: Los planes, el tiempo, el camino, el equipaje, la ropa, el calzado, el alimento, etc.; **todo** está a tu servicio, no tú al suyo. Todo está para liberarte, no para esclavizarte. Si algo te esclaviza es que no es adecuado.
- 10.- Ve a tu paso, sin prisa, pero sin pausa. No hay que batir ningún record. (Despreocúpate del reloj.)
- 11.- Disfruta del camino. No te lo pierdas. Quien pone su vida en el futuro no vive el presente.
- 12.- Ve abierto a todo lo que te puedas encontrar (personas y circunstancias).
- 13.- Sé libre para estar abierto. Sé libre para ser tú mismo. Sé libre (disponible) para ayudar. Sé libre (humilde) para pedir ayuda. Sé libre para ser libre, como Dios es libre.
- 14.- Desayuna fuerte para poder aguantar la marcha.
- 15.- Recuerda que la oración es el alimento del alma.
- 16.- Comienza a caminar al alba. Con la fresca se camina mejor, y así aprovecharás mejor la luz del día.
- 17.- Protégete del exceso de sol. Todos los excesos son dañinos. Cuídate tú, para así poder cuidar a otros y no serles gravoso.

- 18.- Procura comer en destino para no caminar por la tarde y que así tengas tiempo para todo.
- 19.- Cura tus pies, quítate el polvo del camino.
- 20.- Disfruta del lugar.
- 21.- Sé previsor y provéete de lo que puedas necesitar para el día inmediato, pero sin agobios.
- 22.- Disfruta del descanso.
- 23.- Busca un tiempo para la reflexión y disfrútala. (La reflexión es el descanso del alma.)
- 24.- No olvides que el mejor coche de apoyo, siempre, es Dios. Déjale opción a que te ayude. Dale ocasión a que muestre su cuidado. Fíate y confía.
- 25.- Ve con ojos abiertos y aprende de todo lo que ocurra. La historia y tu historia es pedagogía de Dios.

NOTAS SOBRE EL CAMINO DE SANTIAGO

*Elaboradas por el "Grupo de Misiones" (a través del mismo autor)
con motivo de la presente peregrinación.*

El reflorecimiento actual del Camino de Santiago data de los años setenta en que Elías Valiña, cura del Cebrero, comienza, poco a poco y con ayuda de familiares y amigos, a marcar con flechas amarillas la ruta, publicando, ya en los años ochenta, la primera "guía" de los tiempos modernos. Lo curioso es que hace veinte años, apenas si lo recorrían unas cien personas al año, aun a pesar de su milenaria historia, que data del descubrimiento de la tumba del Apóstol Santiago hacia el año 814, y que llega a su apogeo en los siglos XI y XII, perviviendo hasta el siglo XVI, pero sufriendo un drástico declive en el XVII, que alcanzará su cota más baja a finales del XIX.

Sin embargo el Camino tiene un atractivo que lo diferencia de cualquier ruta o sendero al uso y que ha permitido su resurgimiento, y es que no es lo mismo ser Peregrino, que senderista o cicloturista.

El peso de la historia de una ruta recorrida por millones de peregrinos con sus ilusiones, su fe y sus anhelos; de personas que han ido haciendo del Camino su vida, y de su vida el Camino. Del acontecer de cada día con sus encuentros, silencios, ocasiones y experiencias. Del sosiego y la contemplación de todo lo que nos rodea (naturaleza, arte, personas), y del paulatino cambio de percepción de todo ello, aprendiendo a mirar más allá de las cosas. Y principalmente, de la experiencia fundante del Camino, que no es otra que la búsqueda de la trascendencia, de la experiencia de Dios: Todo ello hace del Camino un "lugar de encuentro" siempre vivo y abierto a todos, creyentes o no.

Y aunque toda esa sugerente perspectiva no le quita ni aminora la dureza al mismo (ya que se trata de caminar una media de 20-30 km al día, con una mochila a la espalda, bajo las inclemencias atmosféricas, lo que supone un tiempo de marcha de 5 a 8 horas diarias); sí sirve de acicate, de estímulo, incluso de reto, cara a una superación física, perfectamente abordable mediante el entrenamiento.

Otro extremo es el económico, ya que se debe efectuar un gasto para la manutención y otras necesidades básicas. Pero dicho gasto depende del nivel en que pongamos "nuestras necesidades" (fundamentalmente), y también del nivel de vida imperante en el momento de emprender la peregrinación.

El eje temático de la peregrinación que utilizamos en 1997, y que recomendamos, es la historia del Pueblo de Dios como peregrinación de fe a lo largo de los siglos, para culminar en Cristo: camino, verdad y vida.

El camino nos lo marcará la historia del pueblo de Israel, la verdad nos la dará la historia de la Iglesia puesta en paralelo con la de Israel, y la vida la pondremos nosotros como consecuencia y unión de todo ello, y será nuestra propia historia personal.

La parroquia Ntra. Sra. del Pilar de Campamento, (y en concreto su Grupo de Misiones) anima a todos a realizar esta experiencia.

Recomendaciones para el camino.-

CONSEJOS:

- *Fundamental:* Llevar el **MENOR PESO POSIBLE** (ir "ligeros de equipaje"), no pasar del 10% del peso del individuo. (Aprender a prescindir de cosas). Cuanto más peso, más fricción en los pies y más ampollas, además de otros problemas en tendones y rodillas.
- *Entrenamiento:* Acostumbrarse a caminar largas distancias, (si es posible, de 5 a 8 horas).
- No caminar más deprisa de lo habitual ni con pasos más largos.
- Preparar la mochila con días de antelación, valorar su peso y probarla.
- Cargar la mochila racionalmente: El saco abajo para amortiguar toda la carga, lo más pesado cerca de la espalda y lo ligero de relleno, de tal forma que cuanto más compacta y equilibrada vaya, mejor. (Lo de más uso y la capa de lluvia a mano).

ARTÍCULOS NECESARIOS:

- Mochila ligera y acolchada en las zonas en que se asientan espalda, hombros y cintura.
- Saco de dormir apropiado a la época del año.
- Esterilla aislante, (si se piensa dormir en el suelo).
- Calzado: Botas de "treking" (marcha, caminata), o deportivos con planta acolchada. (Elegir una de las dos opciones).
- Chanclas de goma (muy útiles para las duchas en los refugios y para airear los pies al final de la jornada).
- Sombrero de paja de ala ancha o gorro.
- Pañuelo para el cuello.
- Opcional: Un bordón o cayado, (aproximadamente hasta la altura del hombro).
- Linterna (pequeña por el peso).
- Botella de plástico de 1/2 litro o 1 litro, (mejor que cantimplora).
- Imperdibles. (Útiles para múltiples sujeciones, para tender la ropa en las cuerdas o en la mochila mientras se camina).
- Capa de lluvia ligera, (que cubra también la mochila al caminar). **NO OLVIDAR.**
- Ropa: La **imprescindible**, cuanta menos mejor, (menos peso y menos colada). (1 ó 2) pantalones cortos (en verano). (3) camisetas para caminar (en verano). (1) pantalón largo, (en invierno: 2). (1) chandal (pantalón largo y manga larga). (1) jersey o sudadera, (en invierno: 2). Ropa interior. Calcetines de hilo o algodón (gruesos [4 pares] y finos, a ser posible sin costuras). Bañador (recomendable en verano, pero no imprescindible).

- Jabón "Lagarto", (útil para aseo personal y para lavar la ropa. Se puede compartir partiéndolo por la mitad).
- Crema protectora del sol, (incluso en invierno). Barra de protección labial.
- Útiles de aseo, (lo imprescindible).
- Papel higiénico, (se puede aplastar) o Kleenex (pañuelos de papel).
- Navaja multiuso (con tijera).
- Abrelatas, (si no es bueno el de la navaja).
- Taza de plástico o equivalente, (ideal si puede cerrarse herméticamente).
- Tenedor y cucharilla.
- Botiquín elemental: Gasas (un paquete pequeño), esparadrapo de tela (de papel sólo si se es alérgico al de tela), tiritas, bálsamo "Bebé" para escoceduras (sólo hombres, para las que ocurren en las ingles); agujas de coser e hilo, algodón, desinfectante "Betadine" (frasco pequeño, o mejor en frasco de colirio o de inhalador nasal). Crema hidratante. Medicinas especiales (según situación y necesidades de cada uno). (Las mujeres tendrán en cuenta que en situaciones de viaje se suele adelantar la regla). (Las cremas antiinflamatorias son poco efectivas y pesan bastante) es mucho mejor llevar un analgésico-antiinflamatorio en comprimidos).
- Alguna bolsa de plástico, pero no llevar de las que suenan, porque molestan mucho, cuando se utilizan, a los que descansan o duermen.
- Cuaderno pequeño y bolígrafo. (Es muy interesante, y útil a posteriori, tomar notas y anotar reflexiones en los ratos de descanso).
- Riñonera para documentos. (Opcional).
- Credencial de peregrino, (se consigue en las Asociaciones de Amigos del Camino de Santiago o en los lugares donde se inicia la peregrinación, y sirve de acreditación del paso por los refugios). [Los sellos (si son de lugares de culto) y las fechas de los mismos se miran a la hora de solicitar "la Compostela" en Santiago.]
- Guía o mapa del Camino, (si se quiere saber por donde se va y planear las etapas, pero no es imprescindible).
- Carnet de Identidad, (o pasaporte).
- Tarjeta sanitaria y fotocopia del documento original de la Seguridad Social (por si no aceptan la tarjeta sanitaria).
- Dinero o equivalente (según el presupuesto calculado).
- Autorización paterna si aún no se han cumplido los 18 años de edad.
- Otros, según gustos o necesidades, pero... el **peso**...

Grupo de Misiones.

«Bendito sea el Señor, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y su Santa Madre María Virgen, ahora y por siempre. Amén.»

APÉNDICE

(EL TIEMPO SE HA CUMPLIDO)

*Tomado de
"Declaraciones y comentarios a los Estatutos de la Villa del Señor",
obra de 2013 (2019), "ex libris 12" del mismo autor.*

El profesor Joseph Ratzinger (hoy Benedicto XVI) escribió en 1969 lo siguiente:

«La Iglesia del mañana será pequeña, y en gran medida tendrá que comenzar desde el principio. Ya no podrá llenar muchos edificios construidos en tiempos de esplendor. Junto con el número de fieles perderá muchos de sus privilegios en la sociedad. Se presentará sobretodo como una comunidad a la cual se ingresa sólo por una decisión voluntaria. Como comunidad pequeña exigirá mucho más la iniciativa de sus miembros. Seguramente adoptará nuevas formas en su ministerio y ordenará sacerdotes a cristianos probados profesionalmente... Será una Iglesia de una espiritualidad más profunda... Pero de esta Iglesia más espiritual y sencilla brotará una gran fuerza. Porque los hombres de un mundo completamente planificado padecerán de una soledad indecible. Cuando Dios desaparezca de sus vidas experimentarán su total y terrible pobreza. Así pues descubrirán la pequeña comunidad de creyentes como algo completamente nuevo, como una esperanza, como una respuesta que en lo oculto siempre estaban buscando.»

Y la religiosa Sor María Natalia Magdolna escribió en su tiempo:

«Jesús me dijo: la Iglesia será purificada y renovada por tan grandes sufrimientos, otra vez se revestirá de humildad y de sencillez y será pobre como en sus comienzos.

No habrá títulos, dados o comprados, ni rangos para distinguir el uno del otro. En lugar de esto, el espíritu de santidad penetrará todos los miembros de la Iglesia y todos vivirán según el espíritu del Sermón de la Montaña. Cuanto más nos acerquemos al fin del mundo, más se vivirá esta sencillez y esta pobreza.

Después del castigo, no tendrá ningún significado el construir grandes palacios y usar ropa lujosa. Cada quien sabrá sus deberes y por eso los títulos no serán necesarios. El título del sacerdote será: hermano sacerdote, y aún el Papa será llamado Hermano Papa.»

Y quien esto escribe, ignorante de todo lo anterior, redactó, el 29 de abril de 1980, la siguiente nota:

«¡¡Ayer conocí el porqué Dios no había querido que me hiciera cura ni fraile!! (Y yo estaba dispuesto si él quería.)

Es porque he de decir al mundo que el ser cristiano imprime carisma, que la única diferencia entre un seglar y un cura es que, este último, puede administrar los sacramentos y el primero no, que el Evangelio es igual para todos los cristianos, que todos son una unidad.

¡Ya sé la orden que he de fundar!, o mejor dicho, el recordar que fue fundada; su fundador: Jesucristo; su nombre: Cristianismo. En esa orden no hay secciones ni partidos, ni grupos ni facciones: es una, y sus reglas obligan a todos, a hombres y mujeres, solteros, casados, viudos, sacerdotes, obispos, frailes, monjes y monjas, niños y viejos, sanos y enfermos. Y lo propio de cada parte, es de todas las partes y no sólo de sí misma. No se necesita carné ni nombre ni normas especiales. Las reglas son muy claras.

Ésta es la orden más completa, porque las abarca a todas y aún va más allá. Los árboles impedían ver el bosque.»

Pero tuvieron que pasar veinte años para que, el 6 de agosto de 2000, tuviera la inspiración y el encargo de redactar los Estatutos de la Ciudad-Iglesia o Villa del Señor o Ciudad de Dios (que de las tres maneras se puede denominar dicho proyecto) [*ex libris 06*]. Estatutos que constituyen un modo de "muestrario de principios de sentido común evangélicos". Sin embargo, seguí desconociendo los textos antedichos, casi hasta el día de hoy (hasta hace unos meses el de la religiosa, y hasta hoy mismo el del entonces profesor y actualmente Papa emérito); y, este último, justamente cuando ya tenía elaborado el análisis profético del capítulo 3 del Libro del Apocalipsis, con objeto de dilucidar la coyuntura histórica en la que nos encontramos, y la posible alusión en dicho último libro profético de la Biblia, del proyecto aquí recogido y comentado [*en el libro de las «Declaraciones...» (ex libris 12) ya mencionado*]. Análisis que se expone a continuación:

Las profecías auténticas, como prueba de que lo son, es que muestran un "sello", un "velo", que sólo puede ser levantado con el paso del tiempo y cuando se cumplen las condiciones pertinentes a las que alude dicha profecía, y que actúan como "llave" que encaja en esa "cerradura" que abre la comprensión del asunto. Y mientras no se cumple ese tiempo anunciado, y no se producen dichas circunstancias o condiciones predisponentes, no es posible abrir la cerradura de su correcta comprensión, y todo queda en especulaciones fallidas en cuanto a su calado profundo, aunque no tanto en cuanto a una función consoladora propia para cada época. Es decir, que la profecía en cuestión va soltando su perfume o su sabor paulatinamente y en proporción adecuada a quienes la saborean, aunque no sean sus destinatarios últimos; pero que sólo se "entrega" plenamente, se "abre", cuando ya se dispone de todos los números que componen la clave de apertura de esa "caja fuerte"; números que sólo proporciona el paso del tiempo histórico que los va desvelando. Por eso las profecías auténticas no son cabalísticas ni responden a trucos de artificio diseñados por la inteligencia de quien o quienes las transmitieron, puesto que ellos mismos carecían del acceso a dichas claves.

Así, por ejemplo, la Sábana Santa muestra su autenticidad cuando desvela técnicas de ejecución fotográfica y de diseño virtual en tres dimensiones, imposibles para épocas pasadas, incluso muy recientes; lo que no ha impedido a dicha reliquia ejercer su función a lo largo de los siglos; pero es ahora, cuando las personas se han vuelto mucho más escépticas y necesitadas de meter los dedos en las llagas de Cristo para creer (como Santo Tomás), cuando las técnicas llamadas científicas han descubierto los datos objetivos de esa certeza.

Pues con los textos o narraciones proféticas ocurre algo semejante. Por eso ninguna profecía auténtica precisa de trucos cabalísticos y teatrales, propios

de las supercherías, para mostrarse como tales. Las complicaciones, enredos y confusiones son cosa del demonio, no de Dios.

No es posible (por inauténtico), por poner otro ejemplo (y en este caso referido a la creencia de los mormones), encontrar unas planchas de plomo con tipografía impresa, y atribuir las a los primeros siglos de la era cristiana, cuando la imprenta más primitiva se consolidó en el siglo XV; porque cada tiempo y cada época tiene sus características y peculiaridades propias, y no se puede leer en un tiempo con las claves de otro sin errar forzosamente.

Así, en las múltiples y variopintas interpretaciones del Libro del Apocalipsis, se pueden encontrar todo tipo de valoraciones y claves, unas más acertadas que otras, y algunas incluso disparatadas, que dan palos de ciego según sea la iluminación interior de cada uno que las alumbraba, y su auténtica relación con Dios, garante último del don de profecía. Por eso, cuanto más "a ras de suelo" resulten, menos inspiradas y acertadas serán, porque se limitarán a ser una proyección de quien las elabora. (De ahí que la literalidad en la interpretación del mensaje resulte equívoca en las auténticas profecías.)

Pues teniendo en cuenta todos estos detalles o puntualizaciones que hemos mencionado acerca de la profecía y sus claves, detengámonos ahora en una curiosa (por singular) perspectiva de interpretación del Libro del Apocalipsis como reflejo y síntesis de la historia de la humanidad, entendida solamente como comunidad de fe que camina a su consumación en Dios, a partir de la constitución de la Iglesia a raíz de la resurrección de Jesucristo. Esta propuesta, ofrecida, al parecer por primera vez, por el venerable Bartolomé Holzhauser, en su «Comentario al Apocalipsis» en el siglo XVII, recogida por el cardenal Billot en su «Tratado de la Iglesia» en 1910, y que ha llegado hasta mí a través de un escrito elaborado (hacia 1980) por el padre Juan Arteaga, sigue la inspiración de presentar, a las siete iglesias indicadas en su capítulo 1 (Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea; localidades que fueron ciudades reales del Asia Menor, y situadas en una ruta que, podríamos decir, tiende a cerrarse sobre sí misma), como representantes de siete épocas históricas sucesivas de la misma y única Iglesia; para lo que va acotando las distintas épocas según los acontecimientos de corte espiritual (que es lo que verdaderamente interesa) deducidos de las indicaciones y avisos que el texto confiere a cada una. Como así lo sugiere el propio texto al dar una vara de medir al vidente y decirle: «Pero el atrio exterior del santuario déjalo fuera y no lo midas, porque ha sido dado a los gentiles» (*Ap 11, 2*), como haciendo notar que lo que queda por fuera del interés de la fe carece de importancia para el creyente. (Por poner un ejemplo: No es la "religión" de la ecología la que puede salvar el mundo, sino el Amor entregado de Dios en Jesucristo el que lo hace.)

El que nadie hasta el siglo XVII se percatara y dejara por escrito esta perspectiva de interpretación en épocas sucesivas, se puede entender a estas alturas, porque la diferencia de perspectiva histórica con respecto a los acontecimientos, sólo se alcanza una vez pasados y cumplidos éstos. Así, sólo se puede identificar, por poner un ejemplo, la advertencia a la Iglesia de Esmirna de...: «Mira, el Diablo va a meter a algunos de vosotros en la cárcel para que seáis tentados durante diez días. Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida.» (*Ap 2, 10*): Con las diez grandes persecuciones sufridas por la Iglesia en tiempos del Imperio Romano, una vez ocurridas éstas y mirado el texto con la suficiente distancia que da el tiempo transcurrido. O, por la misma

razón, identificar el amplio periodo de esplendor que representa la Iglesia de Tiatira (palabra que en griego significa "esplendor"), con la pujanza de la fe en la Iglesia medieval; periodo que alcanza su final con la irrupción del protestantismo, y que abocará en la Iglesia de Sardes; nueva etapa que, a su vez, se ha prolongado hasta el día de hoy, y en la que nos vamos a detener, puesto que estamos alcanzando su final (motivo desencadenante de estas anotaciones).

Con respecto a la Iglesia de Sardes (cuyo nombre creo que significa "apostasía"), comienza su advertencia el texto del Apocalipsis (3, 1): «Esto dice el que tiene los siete Espíritus de Dios y las siete estrellas.» En el que Jesucristo se presenta como el que tiene todo el poder iluminador a través de todas y cada una de sus propiedades (las aportadas por el número siete, según se puede comprobar en la estructura del pensamiento humano, y en los siete niveles estructurales de la Creación o Medio, como ya se indica en la «Carta a Teodoreto» de «Historias espirituales» [*Ex libris 11, de este mismo autor*]). Y por eso continúa el texto bíblico: «Conozco tus obras, tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto.» Terrible frase que advierte de la aparición de "muertos vivientes" (zombis) en el sentido espiritual del término, de quien ha perdido la fe y vive... primero... como si la Iglesia (la única Iglesia) no existiese, luego... como si Cristo no existiese y, por último, en una apostasía total, como si Dios no existiese; con lo que, al renunciar a su dimensión espiritual y trascendente, vive solamente según la dimensión más carnal y materialista. Y, lo peor de todo, es que se cree que vive, porque se considera el dios de su angosto mundo. Sólo con estas dos frases, el texto ya nos ha colocado en el drama terrible de la sociedad actual, y en sus quinientos años de progresión, cada vez más acelerada, hacia el abismo. (Abismo como el que se abre a los pies de la fortificación real de Sardes, emporio de lujo y riquezas, que hacía creerse, a sus habitantes, inexpugnables dentro de ella.)

Y prosigue el texto bíblico: «Sé vigilante y reanima lo que te queda y que estaba a punto de morir, pues no he encontrado tus obras perfectas delante de mi Dios. Acuérdate de cómo has recibido y escuchado mi palabra, y guárdala y conviértete.» (*Ap 2-3a*) Aquí, la exhortación invita a la vigilancia, como a los apóstoles en el Huerto de los Olivos («Velad y orad, para no caer en tentación; el espíritu está pronto pero la carne es débil» [*Mc 14, 38*]). Y es que en la Iglesia de Sardes se ha infiltrado el materialismo y, con él, la apostasía; lo que vacía a las obras de sentido trascendente y de valor real, convirtiéndolas en pura imagen, fuego de artificio y muestrario de vanagloria. Por eso ha de volver a las fuentes y releer su pasado a la luz de la fe en Cristo Jesús, su Señor. «Acuérdate... y conviértete»: Ésta es la base que va a permitir a la Iglesia de Sardes superar su grave enfermedad de "muerto viviente", para poder evolucionar y transformarse en la Iglesia de Filadelfia, la etapa siguiente. Pero, antes de esto, la profecía advierte: «Si no vigilas, vendré como ladrón y no sabrás a qué hora vendré a ti.» (*Ap 3, 3b*) El Señor vendrá por sorpresa, inesperadamente, saltándose todas las ideas preconcebidas, a la Iglesia de Sardes, para convertirse en adalid de su conversión, de su transfiguración en Iglesia de Filadelfia. Es la segunda venida profetizada, pero distinta de la del Juicio Final (¡ésta es la sorpresa!, que rompe con la idea preconcebida de colocarla "más allá de la historia", cuando el anuncio del Señor es para dentro de la misma).

¿Y cómo es posible que algo profetizado, esperado y reiteradamente anunciado pueda pillar por sorpresa?

Comprobémoslo en la historia real de la ciudad fortaleza de Sardes: Según cuenta Herodoto...: En el año 549 a.C., Sardes era la capital del reino de Lidia, y estaba gobernada por el rey Creso, que la había convertido en un emporio de riqueza y poder. Pues, en este tiempo, el rey persa Ciro el Grande había tratado de conquistar la ciudad sin ningún éxito, dada su inexpugnabilidad, al estar colocada sobre un monte escarpado con un abismo a sus pies. Pero un soldado del ejército persa observó que a uno de los centinelas que vigilaba la ciudad se le cayó el casco al precipicio. Cuando, un tiempo después, reparó en que el mismo centinela había bajado al fondo del precipicio a recoger el casco, dedujo que debía existir algún vericuetto que permitiera hacerlo. Investigado el asunto, se descubrió el acceso, y, por la noche, un pelotón de soldados ascendió por él, pillando a la guarnición, en su presunción de seguridad, completamente desprevenida. Y así fue conquistada la ciudad. Pero siglos después, en el año 195 a.C., la historia se volvió a repetir; en este caso el conquistador fue el rey Antíoco III, de la dinastía seléucida. Igualmente, el exceso de confianza en su propia inexpugnabilidad, y no aprender de la experiencia vivida en el pasado, fueron su talón de Aquiles. Y es que la presunción es mala consejera.

Pues ése es el mismo caso de la Iglesia de Sardes, que afirma su esperanza, pero, en su autosuficiencia, realmente no se la cree y no toma medidas conducentes a una espera activa de su Señor, y no tiene las alcuas llenas de aceite como les sucede a las vírgenes necias de la parábola (*cf. Mt 25, 1-13*). Parábola que concluye con la frase: «Por tanto, velad, porque no sabéis ni el día ni la hora».

Pero la Iglesia de Sardes también tiene “un resto”, unas “vírgenes prudentes” que aguardan en la fidelidad al Señor. Por eso continúa el texto del Apocalipsis: «Pero tienes en Sardes unas cuantas personas que no han manchado sus vestiduras, y pasearán conmigo en blancas vestiduras, porque son dignos. El vencedor será vestido de blancas vestiduras, no borraré su nombre del libro de la vida y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles.» (*Ap 3, 4-5*) Reconocer al Señor en su venida no debe de ser nada fácil, máxime si es de una forma que viene a desmontar todos los planteamientos previos e ideas preconcebidas, propias de una proyección humana y personal, y ajenas a una experiencia de Dios percibida en la comunicación asidua con Él. Porque quien no se comunica asiduamente con Él (no ora con el corazón), y, digamos, no se deja conocer interiormente, puede llegar a escuchar la misma respuesta del Señor a las vírgenes necias de la parábola: «En verdad os digo que no os conozco.» (*Mt 25, 12*)

Así pues, al igual que las vírgenes prudentes que aguardan al esposo, sólo pueden acceder al banquete de bodas quien viste el blanco del traje de bodas, traje que regala el Señor a todo aquel que verdaderamente le espera; espera manifestada en la fidelidad a su voluntad. Y sin ese traje, regalado para todo aquel que lo acepte como señal de su victoria, no se puede entrar a las bodas; como ya advierte la parábola de las bodas reales, que concluye así: «“Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin el vestido de boda?” El otro no abrió la boca. Entonces el rey dijo a sus servidores: “Atadlo de pies y manos y arrojadlo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. Porque muchos son los

llamados, pero pocos los elegidos.»» (Mt 22, 12-14) Y es que, a Dios, no se le puede engañar ni burlarse de sus indicaciones.

Bien, pues al final de cada etapa, de cada Iglesia (y en esta de Sardes también) siempre se repite la misma frase: «El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.» (Ap 3, 6) Es decir, que cada cual aproveche lo dicho según su capacidad. Capacidad igualmente regalada por Dios, en la medida en que cada uno acepte tal regalo, puesto que los "oídos" (y también los del alma) son iguales para todos.

Pues así las cosas, continuemos la historia pasando a la Iglesia de Filadelfia, puesto que ha venido el Señor, pero eso no ha supuesto el fin del mundo, sino solamente el fin de los tiempos. Veamos en qué consiste el cambio, la renovación: «Escribe al ángel de la Iglesia de Filadelfia: Esto dice el Santo y el Verdadero, el que tiene la llave de David, de forma que si él abre, nadie cierra, y si él cierra, nadie abre.» (Ap 3, 7)

Ahora el Señor se presenta como "el Santo y el Verdadero", luego eso significa que su misión en la Iglesia de Sardes ha consistido en santificar e instaurar la verdad, para que ahora pueda disfrutarse de todo ello en la Iglesia de Filadelfia. La misión como santificador es la que, en la Trinidad, viene atribuida al Espíritu Santo (aunque, verdaderamente, Dios sea uno, y donde está una de las personas siempre están las otras dos, a pesar de que estas últimas puedan quedar menos perceptibles); de ahí que exista una intuición muy extendida entre el pueblo fiel, de que en este final de los tiempos (aunque no de la historia del mundo) se produzca un nuevo Pentecostés, aunque ciertamente no se sepa en qué pueda consistir. Pero si nos fijamos en el segundo atributo "el Verdadero", podemos tener alguna pista; ya que instaurar la verdad es iluminar la realidad, y como dice Jesucristo en el Evangelio: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.» (Jn 8, 32) Libertad entendida según lo enunciado por San Pablo en su Carta a los Romanos (8, 20-21): «En efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios.»

Luego la santidad y la verdad (también atribuida al Espíritu Santo, tal como afirma el apóstol San Juan en su primera carta: «el Espíritu es quien da testimonio, porque el Espíritu es la verdad.» [1 Jn 5, 6]), son las que consiguen la liberación del pecado y la mentira de este mundo, al modo como cuando los israelitas escaparon de Egipto. De ahí que el siguiente atributo del Señor sea: «el que tiene la llave de David, de forma que si él abre, nadie cierra, y si él cierra, nadie abre»; llave de la "puerta estrecha" de la historia por la que sólo podrán pasar la humildad y la sencillez, como si fuera el mar abierto que permite escapar a los israelitas, pero que se cierra para impedir la persecución de los soberbios egipcios (situación que Jesús expresa en el Evangelio según San Lucas como: «Esforzaos por entrar por la puerta estrecha, pues os digo que muchos intentarán entrar y no podrán.» [Lc 13, 24 y ss.]), circunstancia con la que se produce una separación definitiva entre los dos ambientes. Como así cabe deducirse del texto del Apocalipsis que sigue al que acabamos de mencionar: «Conozco tus obras; mira, he dejado delante de ti una puerta abierta que nadie puede cerrar, porque, aun teniendo poca fuerza, has guardado mi palabra y no has renegado de mi nombre.» (Ap 3, 8) Porque la

humildad, "aun teniendo poca fuerza", vence a la soberbia, gracias a la fidelidad al Señor.

Y llave, que es la de David, porque es la que va a permitir la tan añorada y profetizada conversión de los actuales judíos, y su integración en la Iglesia de Filadelfia, como así desvela el versículo siguiente del texto que comentamos: «Mira, voy a entregarte algunos de la sinagoga de Satanás, los que se llaman judíos y no lo son, sino que mienten. Mira, los haré venir y postrarse ante tus pies para que sepan que yo te he amado.» (*Ap 3, 9*) Habla de la sinagoga de Satanás en alusión a su propia rebeldía que, por aferrarse a unas tradiciones humanas, prefieren renunciar a la promesa de la herencia de Dios representada en Jesucristo. (Como Esaú, que prefirió el plato de lentejas a la primogenitura. [*cf. Gn 25, 29-34*]) Y por eso afirma el texto que se llaman judíos pero que no lo son, ya que han renegado de Aquél que les había proporcionado su auténtica identidad, para quedarse la fabricada por ellos mismos, perseverando recalcitrantemente en ello para no reconocer su pecado. Pero no serán todos, sino sólo algunos los que se conviertan, porque para ellos también, al igual que para el resto de la humanidad, sólo queda abierta la "puerta estrecha" de la historia, y no podrá pasar nada que sobrepase el "tamaño" de esa puerta (como pueda ser la altanería, la soberbia, la hipocresía y todos sus derivados), tal y como ya advierte Jesús en el Evangelio según San Mateo: «Entrad por la puerta estrecha. Porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos entran por ellos. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida! Y pocos dan con ellos.» (*Mt 7, 13-14*)

Y así prosigue el texto que analizamos: «Porque has guardado mi consigna de perseverancia, yo también te guardaré de la hora de la tentación que ha venir sobre todo el mundo, para tentar a los habitantes de la tierra. Mira, vengo pronto. Mantén lo que tienes para que nadie se lleve tu corona.» (*Ap 3, 10-11*)

La perseverancia es algo que se manifiesta a lo largo del tiempo y las dificultades; luego la consigna de perseverancia para la Iglesia de Filadelfia (y "filadelfia", en griego, quiere decir "amor de hermanos"), pretende transmitir que el tiempo de pervivencia de dicha época de la Iglesia va a ser largo: el más largo de todos. Circunstancia que obliga a situar aquí el periodo de los mil años anunciado en el grueso del Libro del Apocalipsis. Cifra de mil años, que no hay que tomar en sentido cabalístico y literal, sino en el simbólico de un número amplio y redondo que engloba toda una coherente y extensa época (aún más extensa que los alrededor de ocho siglos de la Iglesia de Tiatira). Época, además, preservada de la última tentación de la humanidad, que acaecerá en la Iglesia de Laodicea, y que, tras su superación, se entrará en el Juicio Final, objeto del resto de capítulos del Apocalipsis, ya que en dicho Juicio se resume y detalla toda la historia de la humanidad (y de las siete iglesias) contemplada desde la fe, y presentada a través de sus tres ángulos de visión: los siete sellos (el testimonio: el camino), las siete trompetas (el anuncio: la verdad), y las siete copas (el contenido: la vida); al modo semejante a la estructura en tres naturalezas y sus siete niveles que conforman la Creación de Dios (y por eso también se estructura así la historia universal).

Bien, pues esta "preservación de ser tentada" en la Iglesia de Filadelfia, es la que nos indica que éste es el periodo en el que Satanás será encadenado con la misma llave con la que se ha abierto la "puerta estrecha", y así lo explica

el mismo texto en su capítulo 20 (1-3): «Vi también un ángel que bajaba del cielo con la llave de abismo y una cadena grande en la mano. Sujetó al dragón, la antigua serpiente, o sea, el Diablo o Satanás, y lo encadenó por mil años; lo arrojó al abismo, echó la llave y puso un sello encima, para que no extravíe a las naciones antes que se cumplan los mil años. Después tiene que ser desatado por un poco de tiempo.» Y este es el tiempo de la Iglesia de Filadelfia, y de ahí la advertencia: «Mira, vengo pronto», porque el periodo de la Iglesia de Laodicea será más corto. E instándole a mantener su corona, corona que explica a continuación y que es justo lo más característico de esta Iglesia de Filadelfia, y, por ello precisamente, lo que se va a poner en riesgo en la Iglesia de Laodicea: «Al vencedor le haré columna en el templo de mi Dios y nunca más saldrá fuera; escribiré sobre él el nombre de mi Dios, el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la que desciende del cielo de junto a mi Dios, y mi nombre nuevo.»

Teniendo en cuenta que cada una de las personas somos ese templo de Dios al modo de Jesucristo: ser columna de ese Templo, significa aceptar y ejercer tal situación a través de la escucha y puesta en práctica de la voluntad de Dios, según la respuesta de Jesucristo al referirse a su madre: «Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.» (Lc 11, 28) (Es decir: los que asumen la voluntad de Dios como propia.) Y puesto que somos cristos (ungidos) con Cristo, somos también columnas de ese Templo, ya que, asimismo, somos pedros (piedras vivas [1 Pe 2, 3]) con Pedro, columna de la Iglesia. De ahí que, en esta época de la Iglesia, la corresponsabilidad del sacerdocio común adquiera toda su trascendencia y desarrollo. (Circunstancia que será cuestionada en la Iglesia de Laodicea, lo que producirá un repunte en la preponderancia del sacerdocio ministerial, así como una distorsión en el concepto de Sagrada Ciudad de Dios.) Por eso, nadie puede salir fuera de ahí, de ese "recinto sagrado", de ese "estado de gracia", sin que, con ello, pierda el sentido de su vida y la identidad de su ser; esa identidad que le proporciona el nombre de Dios: «Yo soy el que soy» (Ex 3, 14), y, en consecuencia, la pertenencia a la nueva visión o perspectiva de la Iglesia como Ciudad de Dios o Nueva Jerusalén; ya empezada a construir en esta vida (al modo de la organizada unidad de los cuerpos biológicos con objeto de conformar ese "Cuerpo Místico"), y en el tiempo histórico de la Iglesia de Filadelfia, a raíz de esa segunda venida sorpresa que la da origen (de ahí el nombre nuevo del Señor).

Y así viene a expresar, lo que acabamos de comentar, el Salmo 87 (86): «Él la ha cimentado sobre el monte santo; y el Señor prefiere las puertas de Sión a todas las moradas de Jacob. / ¡Qué pregón tan glorioso para ti, ciudad de Dios! / "Contaré a Egipto y a Babilonia entre mis fieles; filisteos, tírios y etíopes han nacido allí". / Se dirá de Sión: "Uno por uno, todos han nacido en ella; el Altísimo en persona la ha fundado". / El Señor escribirá en el registro de los pueblos: Éste ha nacido allí". / Y cantarán mientras danzan: "Todas mis fuentes están en ti".» Luego esta época de la Iglesia de Filadelfia, es el tiempo consagrado a la conversión de todos los pueblos, y al rescate (como en arca de Noé) de todo lo bueno de la creación de Dios; resultando pues, esta Ciudad de Dios, una Ciudad universal. *[Para entender cómo se puede "pastorear" toda la Creación desde el ser de cada uno, y desde un determinado momento histórico, habría que leer «Historias espirituales» o «Sobre Lenguaje», para, además, hacerse una somera idea de cómo el tiempo físico y el tiempo histórico son*

*conceptos diferentes, y cómo los cambios en la relación de las personas (amor) afectan **de inmediato y simultáneamente** a todo lo creado. Y es por eso que se puede proclamar: “Todas mis fuentes están en ti”, y “éste ha nacido allí”.]*

Pues esa Ciudad de Dios o Nueva Jerusalén aludida, es el motivo desencadenante y conductor de las presentes Declaraciones y Estatutos, que pretenden promover tal construcción en el tiempo actual: final de la Iglesia de Sardes.

Y, como siempre, lo referente a la Iglesia de Filadelfia concluye, dejando al libre albedrío de cada cual la aceptación de lo anunciado: «El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.» (Ap 3, 13)

Por no dejar sin concluir la historia, aunque ya nos falten algunos “números claves” (para abrir la “caja fuerte”) que nos proporciona el paso de los siglos, veamos lo que podemos “sacar”, con lo que ya tenemos, respecto a la Iglesia de Laodicea (que, según parece, significa “juicio de pueblos”): «Esto dice el Amén, el testigo fiel y veraz, el principio de la creación de Dios.» (Ap 3, 14) Si es el Amén es que hemos llegado al final, al “así sea”, al “todo se ha cumplido”. Y si es el “testigo fiel y veraz” es porque ha llegado el momento de dar fe, testimonio fidedigno y auténtico, de todo lo vivido a lo largo de toda la historia. Es el momento del examen de conciencia previo al juicio y veredicto finales, el momento de la recopilación y rememoración. El momento del fehaciente pastoreo de toda la Creación de Dios y de la recolección y valoración de sus frutos (de todo lo guardado en el “arca”), y de comprobar, además, cómo todo, a la vez, es un final y un principio. Y... ahí viene el problema: «Conozco tus obras: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero porque eres tibio, ni frío ni caliente, estoy a punto de vomitarte de mi boca. Porque dices: “Yo soy rico, me he enriquecido, y no tengo necesidad de nada”; y no sabes que tú eres desgraciado, digno de lástima, pobre, ciego y desnudo.» (Ap 3, 15-17) ¡Las palabras más duras de todo el libro! Porque viene a decir: “Tú que te has descubierto dueño de todo y señor del universo, te has apropiado de ello y creído que eso se debe a tus méritos y fuerzas, y te has creído dios al margen de Dios” (de nuevo la tentación del principio, de la serpiente en el árbol de la ciencia del bien y del mal, y de la suficiencia del “yo lo sé todo y lo domino todo”), “y te has despreocupado de mantenerte en la fidelidad y la verdad” (se acabó la perseverancia propia de la Iglesia de Filadelfia), “con lo que has vuelto a ser seducido por la mentira y la indiferencia” (la tentación universal de la que la Iglesia de Filadelfia, a imagen de la Virgen María, había sido preservada). Es, en resumen, el mismo problema de la Iglesia de Sardes pero en un plano más espiritual y profundo, y que atañe a las propias entrañas.

Por eso añade: «Te aconsejo que me compres oro acrisolado al fuego para que te enriquezcas; y vestiduras blancas para que te vistas y no aparezca la vergüenza de tu desnudez; y colirio para untarte los ojos a fin de que veas. Yo, a cuantos amo, reprendo y corrijo; ten, pues, celo y conviértete.» (Ap 3, 18-19)

El “oro acrisolado al fuego” se refiere al fruto, al bien obtenido gracias al fuego del amor auténtico, del amor de Dios. Las “vestiduras blancas” son, las ahora perdidas, y ya comentadas en la Iglesia de Filadelfia, como traje de bodas. Y el “colirio” es la verdad y la pureza en la mirada, que limpia todo el pecado que impide ver las cosas tal y como son: la realidad (porque, sin reconocer la verdad y el propio pecado, nadie es capaz de cambiar y convertirse).

Pero es por amor por lo que el Señor permite la prueba, en esa pedagogía progresiva de Dios, para que así podamos disfrutar de un libre albedrío como el suyo; libre albedrío que, a su vez, permite conservarlo y ejercerlo, aun en las peores condiciones que parecen ocultarlo o negarlo a través de una envolvente predeterminación inexorable (de quien se cree que todo lo sabe y lo controla). Por eso, en estas condiciones, se hace imprescindible la confianza en Dios, y la subsiguiente conversión procurada por una remozada humildad.

Y es que nos encontramos en la antesala del Juicio Final, con Jesucristo llamando a la puerta de la historia universal, colectiva y personal; por eso continúa el texto que comentamos: «Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo.» (Ap 3, 20) Si se acepta la reprensión (se reconoce la voz del Señor) y se abre la puerta de la conversión, es cuando se hace posible la inhabitación mutua que es el Cielo. Por eso prosigue el texto: «Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono» (Ap 3, 21). No... sentarse en otro trono al lado, junto a él, a su altura...: sino en su mismo trono, que es el mismo trono que el del Padre, como Señor de todo lo creado. Ésa es la consecuencia de la inhabitación mutua, del "cenaré con él y él conmigo". Eso es lo que significa el convite de bodas pascual. Por eso los antiguos judíos se alimentaban con el cordero en la cena pascual, y los cristianos lo hacemos con su transmutación eucarística en la Santa Misa (y con un significado mucho más trascendente).

¡Cómo se puede encontrar un amor entregado semejante al de Dios! ¡No hay nada, ni parecido, en todo lo que pensarse pueda! ¿Cómo no responder, entonces, y abrir esa puerta ante quien llama de esa manera?

Pero no todos pensamos así, y hay quienes no aceptan su situación de criaturas dependientes de su Creador, y que, guiados por ese espejismo de dominio universal, prefieren desvincularse de quien les ha creado, criado y amado, para encerrarse en su autosuficiencia mezquina e imposible, empleando para ello el último ejercicio de su libre albedrío. Por eso, la mención a esta Iglesia de Laodicea concluye con el consabido versículo: «El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.» (Ap 3, 22) Siempre se puede elegir libremente.

A continuación, el texto del Libro del Apocalipsis, comienza a relatar el Juicio Final, pero ya con la puerta abierta del Cielo: «Después de esto, miré y vi una puerta abierta en el cielo; y aquella primera voz, como de trompeta, que oí hablando conmigo, decía: "Sube aquí y te mostraré lo que tiene que suceder después de esto".» (Ap 4, 1). Juicio Final que, como ya he mencionado, es el resumen de toda la historia (siempre vista desde la fe, que verdaderamente es lo único que importa, puesto que todo lo demás es fuego fatuo). Por eso, ya se dijo que, el final de la Iglesia de Sardes y principio de la de Filadelfia, no había supuesto el fin del mundo, sino solamente el final de los tiempos; fin de los tiempos que indica un cambio de concepto en el devenir histórico, en el que las épocas sucesivas, "los tiempos", ya no se entienden únicamente en su sucesión lineal inexorable, sino también, y además, como un espacio común interrelacionado, a modo de un "caldo de cultivo" universal, en el que cualquier acción en un determinado punto de la historia afecta a toda ella, inmediata y simultáneamente. De ahí que el Juicio Final sea una forma condensada de

expresar todo esto (como de verlo "desde arriba"), y de indicar el sentido de la consumación final.

Y el Juicio Final concluye con la descripción, siempre simbólica, del cielo nuevo y la tierra nueva, es decir de la nueva creación, o mejor dicho, de la auténtica y verdadera Creación de Dios, contemplada ahora con los nuevos ojos, purificados ya por la prueba de la historia colectiva y personal; y en la que todo lo maligno (que no se trata de entes de razón sino de personas concretas) ha sido desterrado al infierno, el lugar o situación espiritual en la que, ni Dios ni todos los beneficios que de Él proceden, pueden ser percibidos (el «lago de fuego y azufre» [Ap 20, 10]); por lo que sólo quedan la existencia (que es el testimonio permanente del amor de Dios ["fuego"]) y la desesperación ("azufre"), según la elegida por cada uno a través de su vida. (Y, ¡ojo!, que aquí nadie va engañado ni por equivocación, sino por libre elección fruto del rechazo hacia Dios; rechazo que se hace tangible al cesar la percepción de toda gracia, beneficio y don, salvo la existencia, que es la que mantiene la pervivencia eterna de la desesperación.)

Y prueba de la certeza de esto, y de que el juicio no se realiza por teorías o suposiciones sino por realidades incuestionables y objetivas, es que el Señor repite sistemáticamente al dirigirse a las siete iglesias: «Conozco tus obras», circunstancia que hace moralmente medible toda la realidad, y lo que lleva a afirmar a Jesucristo en el Evangelio: «Porque seréis juzgados como juzguéis vosotros, y la medida que uséis, la usarán con vosotros» (Mt 7, 2), «pues con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros» (Lc 6, 38), por lo que cada uno podrá juzgarse a sí mismo, sin parcialismos ni subjetividades, al analizarse a sí mismo como alguien ajeno; por lo que podrá confirmar el destino final elegido para sí, a través de lo expresado a lo largo de su vida. Y si, en ese tiempo de prueba, le concedió a Dios la "gracia" de existir y ser misericordioso, entonces, podrá recurrir a dicha misericordia, al igual que el llamado "buen ladrón"; pero si no...: nadie se la va a imponer contra su voluntad.

Así que no es ninguna broma la vida que desarrollamos en este tiempo presente que se nos ha concedido de prueba para sellar una elección. Nada de lo que hacemos o pensamos es baladí o intrascendente, aunque nosotros nos empeñemos en "vestirlo" así. Y la función que desarrollemos a través de nuestra vida histórica para ese Cuerpo Místico de Cristo o Jerusalén celestial, será la que fijaremos como definitiva para la vida eterna. Luego tomarse la "prosaica" vida humana a broma... es la más completa irresponsabilidad... porque "una broma" (muy seria) es la que se cosechará.

En fin... recapitulemos el objetivo del comentario de todo este fragmento de las siete iglesias del Libro del Apocalipsis, para tomarnos en serio las consecuencias encontradas:

Si el objetivo era la evolución histórica de la humanidad en su vida de fe, para encontrar y colocar en ella la coyuntura actual, para, a su vez, situar la presente propuesta de vida, vertida en estas «Declaraciones...» y en los «Estatutos...» que comenta: Hemos podido constatar que nos encontramos en la época denominada como Iglesia de Sardes, en el tiempo de la gran apostasía.

Si en la primera iglesia o Iglesia de Éfeso (que en griego significa "ímpetu"), se contemplaba el ardor de la Iglesia Apostólica que difundía la fe cristiana hasta llegar a Roma, el núcleo o centro del mundo de entonces; y en la

subsiguiente Iglesia de Esmirna (que en griego significa "mirra"), dicha fe es sometida a prueba a través de las persecuciones y martirios (que comienzan en el año 64, tras el incendio de Roma): En la Iglesia de Pérgamo ("pergamino"), la vivencia de fe puede salir de las catacumbas y ser expresada públicamente (a partir del año 313), y fijada por escrito y depurada de contaminaciones a través de los concilios ecuménicos fundantes y de la tarea de los Santos Padres de la Iglesia. Para llegar así a la Iglesia de Tiatira (que en griego significa "esplendor"), en la que se consolida todo lo anterior y constituye su "fase de estado" o de "esplendor", lo que abarca una extensa época cuyo comienzo lo podríamos situar en el inicio del poder terreno de los papas (constitución de los Estados Pontificios en el año 755), y su final en el surgimiento del protestantismo (en el año 1521), que culmina con el Concilio de Trento, inicio de la Iglesia de Sardes (en el año 1545). Y, como ya hemos visto, es en la Iglesia de Sardes ("apostasía") donde se va produciendo el sucesivo deterioro dogmático, a raíz del protestantismo, que va atacando y minando paulatinamente todos los pilares o fundamentos de la fe (y desde múltiples ángulos), a pesar de todos los intentos, depuraciones y parches que se han ido colocando como defensa. Y así llegamos al momento histórico actual (en el que se escriben estas líneas), de confusión por la apostasía que se vive en la sociedad (hasta hace relativamente poco cristiana), y que incluso afecta a la propia vivencia dentro de la misma Iglesia, y de los que aún se dicen cristianos practicantes, pero que no son nada consecuentes con los fundamentos de esa fe que dicen practicar. Y en este difícil momento, como respuesta a la situación, surge esta propuesta de vida, reflejada en estos «Estatutos...», y comentados en estas «Declaraciones...», inspirados por Dios y ofrecidos a toda la Iglesia, bajo la denominación de "Villa del Señor" o "Ciudad de Dios", como camino de instauración de la "Nueva Jerusalén" profetizada. "Villa del Señor" que, a imagen de la Virgen María, presenta sus principios de sustentación basados en cinco claves o puntos guía, que se pueden sintetizar en: (A) Consagración (a Jesucristo), (E) Gratuidad, (I) Disponibilidad, (O) Unidad y (U) Conversión (santificación progresiva).

Y aquí cabría preguntarse: ¿Es ésta la respuesta de Dios a la coyuntura actual y el camino anunciado como inicio de la Iglesia de Filadelfia, o tenemos que esperar algún otro?

Si se tratara solamente de un producto teórico de una mente calenturienta que buscara un beneficio propio finalmente plasmado en unos valores mundanos, pues cabría decir que no, que el asunto no viene de Dios, y que se trata de una confusión más, de las tantas vertidas en el mundo para engañar; de un nuevo ardid del demonio para manipular la realidad y alejar a las personas de Dios. Pero... eso... no es así. Sólo hay que ver su pobreza de medios, su sencillez y su humildad, para darse cuenta de que eso sólo puede venir de Dios, tan alejado de los valores mundanos tan en boga; mundanidades dedicadas a corromper las almas para alejarlas de Dios. Sólo hay que dejarse empapar de las propuestas vertidas en el presente escrito, delante del Señor, en la oración, para apreciar cómo vibra el corazón en sintonía entre dichos textos y el Señor que habita en el centro de nuestro ser. Eso sí... siempre que nuestro corazón no esté ocupado por la suficiencia y altanería de quien dice buscar a Dios pero sólo se busca a sí mismo, y le utiliza como excusa para ello. En ese caso... sólo apreciará su propia suficiencia y no podrá reconocer a Dios en nada.

Pero es que, además, la falta de predicamento y de eco de este proyecto en las almas, a pesar de sus casi veinte años de andadura, habla a favor de que esa actitud sea una muestra más del rechazo visceral a las cosas de Dios, propia de esta época (en su fase más aguda); ya que si se tratara de algo mundano, sin el sello de Dios, habría crecido y se habría extendido como una plaga cosechadora de éxitos, como así constatamos en todo lo que hoy ocurre.

Pero es que aún puedo añadir una razón mejor y, siguiendo a Jesucristo, afirmar: "Si no creéis en mí, al menos creed a las obras, ellas dan fe de que es el Padre quien me ha enviado". («Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras» [Jn 10, 37-38] «: las obras que el Padre me ha concedido llevar a cabo, esas obras que hago dan testimonio de mí: que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí.» [Jn 5, 36-37]) Porque el presente proyecto de construcción de la Ciudad de Dios no se apoya en el aire de un propósito bienintencionado o una teoría especulativa sin más, sino que lo hace sobre una visión de la realidad (cosmovisión) "novedosa", que demuestra racionalmente la coherencia entre fe, razón y revelación en un todo sin fisuras que conforma toda la realidad, incluida la parcial o relativa empleada por la ciencia de hoy en día; ciencia que se arroga la suficiencia de erigirse en un absolutismo excluyente, y en la que los principios y fundamentos de la fe quedan al margen. Pues esa coherencia racional de todas las cosas es lo que conocemos con el nombre de «Verdad». Luego esta «Verdad» demostrable, más allá de todo parcialismo excluyente (y recogida en «Historias espirituales» [*ex libris 11 (2003-2018)*], «Sobre Lenguaje» [*ex libris 01 (1983-2006)*], «Sobre los porqués del hombre y los misterios de la fe» [*ex libris 03 (1994-1996[2006])*], «La vida: camino de misión» [*ex libris 04 (1998-2002[2019])*], etc., todas obras de mi autoría), es lo que da soporte y empuje a todo lo vertido en los presentes «Estatutos...» y sus consecuencias. Y así, estos escritos u obras de pensamiento y experiencia, vienen a ser como las saetas a las que alude el Salmo 127 (126): «La herencia que da el Señor son los hijos; su salario, el fruto del vientre: son saetas en manos de un guerrero los hijos de la juventud. / Dichoso el hombre que llena con ellas su aljaba: no quedará derrotado cuando litigue con su adversario en la plaza.» Porque, previamente, el salmo había afirmado con rotundidad la presencia de Dios en ello: «Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas. / Es inútil que madruguéis, que veléis hasta muy tarde, que comáis el pan de vuestros sudores: ¡Dios lo da a sus amigos mientras duermen!»

Luego el mayor negocio que lograrse pueda es ser amigo de Dios. ¿Y cómo se es amigo de Dios?

Jesucristo responde: «Mi madre y mis hermanos son estos: los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen.» (Lc 8, 21) «Mejor, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen.» (Lc 11, 28) «Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer.» (Jn 15, 14-15) Pero... ¡jojo!, que Jesús (Dios) nos elige como amigos... pero nosotros podemos decirle que no con las obras, aunque porfiemos que sí con la palabra. Y Él siempre respeta nuestra

decisión (aunque no deje de esperar y confiar en que podamos cambiar de criterio, como indica en la parábola del hijo pródigo).

Luego... si además de hacerse presente el anticipo de la Nueva Jerusalén, que aparece como bajada del Cielo, también se hace accesible la concepción del hombre, del ser humano, como templo vivo de Dios, y surge ante nuestro ojos la Nueva Creación anunciada, pilares esenciales profetizados para la Iglesia de Filadelfia...: Es que **el tiempo se ha cumplido** y la Iglesia de Filadelfia llama a las puertas. (La "puerta estrecha", eso sí.)

También podemos ignorar la coyuntura y mirar para otro lado, con la secreta intención de que, "si no lo veo... no me afectará", y "si no hago caso, no sucederá". Pero las profecías auténticas no están pronunciadas y escritas para que no se cumplan, sino para servir de consuelo a quienes lo esperan, con la certeza de tal cumplimiento, y la seguridad y factibilidad de realización de tal posibilidad. Y... la realización de una esperanza... ¡es una utopía cumplida! Por eso anticipa Isaías: «Mirad: voy a crear un nuevo cielo y una nueva tierra: de las cosas pasadas ni habrá recuerdo ni vendrá pensamiento.» (Is 65, 17) Y si la tierra también es nueva, es porque tal evento se produce dentro de la historia y no solamente más allá de ella; luego es, dentro de esa historia, cuando no habrá recuerdo de la opresión sufrida, al igual que los israelitas tampoco volvieron a ver a sus opresores egipcios: «Moisés respondió al pueblo: "No temáis; estad firmes y veréis la victoria que el Señor os va a conceder hoy: esos egipcios que estáis viendo hoy, no los volveréis a ver jamás. El Señor peleará por vosotros; vosotros esperad tranquilos.» (Ex 14, 13-14) Pero para ello, como prueba de confianza, hay que ponerse en marcha: «El Señor dijo a Moisés: "¿Por qué sigues clamando a mí? Di a los israelitas que se pongan en marcha".» (Ex 14, 15a)

Pues... siguiendo la profecía de Ezequiel a los huesos secos (cf. Ez 37, 1-14)... ésta es la arenga: ¡"Huesos secos", cubriós de carne y recuperad vuestra humanidad perdida! ¡Uníos entre sí y conformad un cuerpo, cada uno gratuitamente con su don, para el bien común! ¡Acoged el Espíritu de Dios, en el nombre del Señor Jesús, y poneos en pie! ¡Llenaos de vida, salid de vuestros sepulcros y poneos en marcha en la construcción de la Nueva Jerusalén, esperanza y sentido del mundo! ¡Arriba el Corazón!

(Domingo 2 de junio [La Ascensión del Señor]
a domingo 9 de junio de 2019 [Pentecostés])

¿Y... por qué no... comenzar constituyendo pequeñas "Comunidades de Filadelfia", como paso previo; a modo de "casitas" que acaben por coordinarse para conformar la añorada Ciudad de Dios? (¿Tal como le ocurre al pan consagrado, partido y repartido; o a los "ojuelos" de aceite que coalescen?)

*Edición del martes 16 de julio de 2019:
Nuestra Señora del Carmen.*